



PARTE CUARTA:
LA SINTESIS SANJUANISTA

*Juan de la Cruz era un gran admirador de la generosidad divina
y trataba de imitar a Señor tan dadivoso, no se cansaba nunca
de sembrar la palabra de Dios y la doctrina que poseía.
En su cabeza tenía bien elaborada la síntesis de su doctrina.
Acertar a dar con la clave más exacta
de todo su magisterio escrito va a ser una gozada.*



1.- Ya hemos hablado de la capacidad sintética de Juan de la Cruz y hemos puesto algunos ejemplos muy claros. El lector que se acerca a los escritos sanjuanistas ¿cómo tiene que entrar a la síntesis de toda la doctrina ahí depositada? ¿Le ayudará eficazmente el mismo Juan de la Cruz en esa tarea, poniéndole en la mano la clave de esa síntesis?

Antes de contestar a estas preguntas, es un hecho que cualquier lector un poco asiduo, encuentra en las Obras del Santo una inmensa variedad de elementos:

- Canciones o poemas puros. Algunas canciones explicadas o comentadas en prosa por el propio autor.
- Parangones domésticos, refranes o proverbios populares; metáforas, símbolos; “figuras, comparaciones y semejanzas”, como dice él.
- Descripciones detalladas de los fenómenos espirituales más diversos y de los reflejos en la parte sensible o sensitiva del sujeto humano.
- Cuadros clínicos de los defectos de la gente espiritual, hechos a base de los siete pecados o vicios capitales (cfr. 1N c. 1-7). Estos cuadros suponen un don de observación finísima, una dosis de humorismo considerable y una experiencia de ambientes y vidas ajenas de amplio margen.
- Consejos prácticos, a más no poder: fruto de esa experiencia, propia y ajena, que caracteriza al magisterio sanjuanista. Esto aparece particularmente en algunas de sus Cartas, en las Cautelas y Avisos a los religiosos, etc.
- Páginas llenas de santa cólera contra directores o padres espirituales o confesores desaprensivos, ignorantes, celótipas, destructores de la obra y acción del Espíritu Santo en las almas (cfr. especialmente LB 3, nn. 29-62; Subida-prólogo, nn. 3-5).
- Grandes denuncias proféticas contra gente de la alta jerarquía que ni con la vida ni con la palabra cumplen con su deber de ejemplaridad y estímulo al pueblo de Dios (2S 7,12; 3S 22,4).
- Alusiones claras al momento eclesial de ruptura de la cristiandad y con doctrinas heterodoxas (3S 15,2; 2S 29,10).
- Páginas de corte polémico y apologético (CB 29, 1-4; LB 3, 62; LB 1, 15).
- Textos y más textos de la sagrada Escritura acompañados de su correspondiente interpretación exegética, no siempre del mismo valor y eficacia demostrativa.
- Sentencias o dichos espirituales en los que condensa, como queda dicho, doctrina y sabiduría ascético-mística secular, siempre vieja y siempre nueva.
- Citas de Santos Padres y de algunos escritores profanos; todo ello con una sobriedad que contrasta con el uso y abuso de citas o autoridades ya reinante en su tiempo. Abuso del que haría bien merecida chacota Cervantes en el prólogo de su novela Don Quijote de la Mancha.
- Exclamaciones y ponderaciones que sirven para detectar y puntualizar las verdades en las que el autor ponía un mayor interés o empeño doctrinal y afectivo, etc.
- Encontramos también pasos que tienen todo el ritmo y la unción de las verdaderas y más inspiradas oraciones litúrgicas (cfr. LB 4,9).

2.- Todos los elementos o materiales elencados y otros muchos que dejamos por reseñar, no están ahí en más o menos bello desorden y profusión. Basta de hecho ir adquiriendo un conocimiento progresivo de los escritos del doctor místico para que, en la mente del estudioso, se den los fenómenos siguientes:

- a) En la medida en que va leyendo y se va sirviendo de los criterios hermenéuticos y de las claves de interpretación que le hemos proporcionado vislumbra o entreve la cohesión íntima existente entre los varios elementos o piezas que integran dichas obras.
- b) Se convence cada vez más de que tales escritos contienen un cuerpo de doctrina sabiamente articulado. Así ese vislumbrar o entrever se le va convirtiendo en comprobación auténtica.
- c) En un tercer momento o fase de la asimilación le nace el deseo de hacerse con una síntesis doctrinal más completa y entonces se le presenta la tentación o la idea de emprenderla desde los más variados puntos de vista.

3.- *Síntesis: ¿desde dónde?*

Refiriéndome a los posibles lectores, por la experiencia que tengo, percibo: que unos escogerán como punto de partida la teoría de los dos contrarios; o de las formas contrarias que se excluyen mutuamente del sujeto. Axioma éste de corte escolástico en la forma pero que da más de sí de lo que se pudiera creer a primera vista (cfr. 1S 4, 1-2 y ss).

Otros iniciarán acaso con la doctrina o afirmación del más profundo centro del alma (cfr. LB 1, 8-14, LA 1,8-15); del vacío y de la plenitud; de los grados de amor (cfr. especialmente 2N c.19 y 20).

Un tercero se fijará en la vida nueva que se infunde y en el hombre nuevo paulino, o la nova creatio o creatura bíblica que nace y se desarrolla hasta ir alcanzando paulatinamente la plenitud de su configuración con Cristo o transfiguración en él. Realidad presente a todo lo largo y ancho de los escritos sanjuanistas, es decir en todas las dimensiones de sus libros y en todas las dimensiones del misterio de Dios en Cristo: “la anchura y la longura y la altura y la profundidad”, como dice él, traduciendo a san Pablo (CB 36,13).

Habrà quien se apoye en el escueto TODO-NADA o quien haga hincapié en el dinamismo de las virtudes teologales y quiera sacar a luz todo el proyecto teologal presente en los libros sanjuanistas (cfr. 2S 6, todo el capítulo y 2N 21, todo el capítulo también).

No faltará quien defienda que el mejor sistema para sintetizar es seguir simplemente el núcleo fundamental de las grandes Obras: salida nocturna o evasión liberadora de la propia casa en busca del Amado y subida al Monte de la Perfección; noche oscura o itinerario nocturno; ejercicio de amor entre el alma y el Esposo Cristo; llama de amor viva.

Se puede emprender también la síntesis al aire o al socaire de alguna de las grandes comparaciones: el fuego y el madero (cfr. 2N cc. 10 y 11); el sol y el cristal o vidriera que representan respectivamente a Dios y al alma. Sol y fuego = Dios; madero y vidriera = hombre (cfr. 2S c.5).

O también se emprenderá la síntesis siguiendo la realidad de *la búsqueda de Dios*, en la que anda tan afanoso el hombre, aunque no lo crea, y de la que Juan de la Cruz habló no poco.

4.- *Total:*

Todos estos procedimientos y otros parecidos que se puedan ir pensando, fundándose siempre en los textos, son más o menos buenos; y en proporción directa con su bondad nos acercarán

mejor o peor al término deseado de conocer y captar suficientemente el mensaje que Dios y la Iglesia nos quieren transmitir por medio del doctor místico; nos harán entender y gustar el evangelio de la salvación y santificación que nos escribió este evangelista y testigo de lo eterno que fue san Juan de la Cruz.

5.- ¿Por cuál de estos caminos nos aventuramos?

Me lo llevo preguntando durante muchos años y la respuesta más plausible me ha parecido siempre la misma. Para hacernos más fácilmente con la síntesis, y con plena garantía, nos bastará emprenderla desde el mismo punto de vista en que se puso y se mantuvo el autor al escribir, tratando de precisar y desentrañar la idea fundamental que inspiró todas sus páginas y que fue algo que de modo constante, consciente e inconscientemente, estaba influyendo en él y sobre él.

6.- Los hombres geniales suelen sintetizarlo todo en una expresión, sustanciarlo todo en pocas palabras que a ellos se lo dicen todo, por ejemplo, a san Juan Evangelista se lo decía todo, así creo, DIOS ES AMOR (Un 4, 8,16). Juan de la Cruz era de lo más aficionado al dicho, aviso-sentencia breve que diese abundante materia para la rumia espiritual, para la reflexión y meditación. Puesto a reducir todo a una expresión en la que se viese todo de un golpe de vista optó por *“LA UNION DEL ALMA CON DIOS”*. La unión del alma con Dios (= del hombre, de la persona humana) es, pues, el núcleo del mensaje sanjuanista en torno al cual núcleo se van agregando otros para formar ese todo de su magisterio.

7.- Es muy significativo el dato de que apenas comienza a escribir la Subida, hace saber urgentemente al lector que la cumbre del Monte, que es “el alto (= el más alto) estado de la perfección” él la va a llamar en su libro “unión del alma con Dios” (Subida-argumento). Ya en el mismo título de las canciones se proclama ese cambio. Así en el códice del Cántico A de Sanlúcar de Barrameda, al final del cual trae poesías del santo, el poema de la Noche Oscura lleva este título: “Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual”. Igual en códice de Jaén del Cántico B.

8.- Esta fórmula por la que opta es mucho más clara y más directa que cuando se habla de perfección, de la perfección que necesita o supone una explicación anterior o ulterior, una personalización, so pena de quedarse como en un tratado abstracto de las cuestiones allí encerradas, de las realidades vividas y poseídas. Aquí y así se dan cita los dos protagonistas de toda la vida espiritual y de todos sus libros: *Dios y el hombre*.

En vistas a esa unión perfecta escribe cuanto escribe, aspirando a esa unión perfecta moviliza todas las fuerzas: todo lo humano y lo divino. Es decir, la acción y el trabajo de Dios y la colaboración del hombre. Por razón de esa meta habla de lo positivo que lleva a ella, que arrastra hacia ella, y escribe también sobre lo negativo que puede apartar, separar, alienar de ella y desviar al caminante. Desde la meta, ya alcanzada en perfección se traza el camino a recorrer, convirtiéndose Juan de la Cruz en canta y contautor de la dichosa ventura corrida y vivida.

9.- Juan de la Cruz apelará a la realidad de la unión perfecta con Dios, cuando necesite, por ejemplo, reforzar una serie de ideas o afirmaciones. De esa meta siempre propuesta y siempre, directa o indirectamente, explícita o implícitamente recordada, adquirirá su último vigor o razón de ser toda la argumentación y, lo que es más importante, todo el comportamiento moral-teológico y la vida espiritual que está enseñando a vivir a quien se deje llevar por él.

Ejemplos:

- 1S 11, 2-3: el por qué último de la mortificación de los apetitos desordenados es la unión con Dios a que se aspira;
- 2S 7, 11: la razón de lo que llama “una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior”, no es otra que la unión espiritual entre el alma y Dios;
- pero el ejemplo más notable de esta dialéctica lo constituye el cap. 5 de 2S en el que justamente “se declara qué cosa sea unión del alma con Dios”. En 2S 4,8 se justifica la interrupción del discurso que lleva y la inserción de ese capítulo quinto y la clarificación de todo lo anterior y de lo que vendrá desde una mejor explicación por parte del autor y de una mayor comprensión por parte del lector y dirigido de la realidad de la unión con Dios.

10.- En torno, pues, a esta noción, mejor aún, realidad –ya que las nociones en tanto sirven en cuanto que nos acercan a la realidad– se agrupan otros temas, otras realidades tan sustanciales que, bien asimiladas, nos irán poniendo en las manos las aplicaciones sucesivas, la encarnación de esa realidad única que en cualquiera coyuntura que se ofrezca hay que saber descubrir.

11.- La terminología habitual usada por fray Juan es la de *unión del alma con Dios*. Sirviéndose de la sinécdoque, como era lo más corriente, usa la parte por el todo y dirá alma por hombre, por persona humana. Las menos veces escribirá: “la unión de los hombres en (=con) Dios (CB 37, 3; CA 36, 2). Para mi gusto completando la expresión se debería decir: *comunió*n del alma, o del hombre con Dios, anunciando ya con este matiz las grandes riquezas de la koinonía que caracteriza las relaciones del hombre con las Tres Personas de la Santísima Trinidad, con cada una de ellas y con todas juntas.

12.- Estas tres realidades: *Dios, el hombre (=el alma) la unión* son como un avance y a la vez una síntesis de todo el magisterio sanjuanista. Y son los puntos luminosos que han de guiar a cualquier simple lector o estudioso.

Antes de emprender la síntesis sanjuanista por el camino de la unión que estimo el más eficaz de todos los sugeridos, voy a seguir el de *la búsqueda de Dios*, en el que ya se aclaran muchas cosas.

LA BÚSQUEDA DE DIOS (1)

1.- Como ya dejamos dicho en la F48 el primer escrito perdido de Juan de la Cruz trataba de este tema. Y ya vimos la crítica jocosa que le hizo santa Teresa en el Vejamen.

Decir búsqueda de Dios puede significar que Dios es el buscador o también que Dios es el buscado. En Juan de la Cruz la expresión recubre ambas cosas.

2.- *Dios busca al hombre*

Cuando Juan de la Cruz en un momento difícil de la vida interior se pone a planificar todo el camino espiritual, pone como primera piedra la siguiente: “Cuanto a lo primero, es de saber que si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella; y, si ella le envía a él sus amorosos deseos, que le son a él tan olorosos *como la virgulica del humo que sale de las especias aromáticas de la mirra y del incienso* (Cant 3, 6), él a ella le envía *el olor de sus ungüentos, con que la atrae y hace correr tras él* (Cant 1, 2-3), que son sus divinas inspiraciones y toques” (LI B 3, 28).

La integración de los textos del Cantar de los Cantares ilustran lo que quiere decir acerca de esa mutua búsqueda aunque dé la prevalencia a Dios al decir: “mucho más la busca su Amado a ella”.

3.- La búsqueda del hombre por parte de Dios ya la ha cantado Juan de la Cruz en el Romance sobre el evangelio “in principio erat Verbum”. El poeta hace decir al Hijo, hablando con el Padre:

“*Iré a buscar a mi esposa
y sobre mí tomaría
sus fatigas y trabajos
en que tanto padecía;
y porque ella vida tenga
yo por ella moriría
y sacándola del lago
a ti te la volvería*” (Versos 259-266)

4.- *Parábola de la oveja y de la dracma perdidas*

La primera de estas parábolas evangélicas escenifica perfectamente la búsqueda del hombre por parte de Dios. La recuerda Juan de la Cruz al hablar del matrimonio espiritual (CB 22,1)

Además de quedar bien claro el hecho de que es Dios-Cristo el que ha buscado a la oveja perdida y la dueña de casa la que se ha desvivido por encontrar su dracma, se anuncia la alegría por el hallazgo de quien ha buscado.

Alegría contagiosa la del buen Pastor; y a la vista está cómo el santo interpreta estas parábolas de la búsqueda y la misericordia en toda su plenitud, aplicándolas al matrimonio espiritual del alma con Dios.

La unión perfecta del hombre con Dios es el verdadero encuentro y la meta ilusionada de la búsqueda por parte de los dos protagonistas: Dios y el hombre

5.- *Búsqueda que atrae y arrastra*

En el comentario de fray Juan a la canción: “A zaga de tu huella/ las jóvenes discurren al camino...” (CB 25 – CA 16) va a dar, casi necesariamente, al tema y explica: “La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando quién la hizo. La suavidad y noticias que

da Dios de sí al alma que le busca es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando a Dios (CB 25, 3).

Cristo, el Amado, ayuda a salir y a correr en su busca, siendo él el primer buscador, que busca tanto que atrae y arrastra, y hace que le busquen por las mil huellas que ha dejado de sí con este propósito: huellas de suavidad y noticia derramada por las que va conociendo a Dios y acercándose a él. Este estilo del Amado es un nuevo testimonio y prueba de que Dios es el primero en buscar y en adelantarse a la criatura (LI 3, 28).

Esto mismo lo encarna fray Juan en una de su ardientes oraciones: “¡Oh Señor Dios mío!; ¿quién te buscará con amor puro y sencillo que te deje de hallar muy a su gusto y voluntad, pues que tú te muestras primero y sales al encuentro a los que te desean?” (D 2).

6.- *El hombre busca a Dios*

Sin temor a simplificar excesivamente las cosas, me atrevo a decir que los grandes libros de Subida-Noche y Cántico en sus dos redacciones están embebidas y atravesadas desde un extremo a otro por esta búsqueda de Dios por parte del hombre, búsqueda que viene a ser como constitutiva o constituyente del hombre mismo.

La lectura más simple de los versos “En una noche oscura...” o de las 40 canciones del Cántico lo deja ya al descubierto. En la primera canción “en una noche oscura”, el verbo principal “salí”, que lo es también de la segunda (aunque implícito), el mismo verbo “salí” de la primera canción del Cántico presentan una salida, no a buscar aventuras intrascendentes, sino en busca de una persona que arrastra y enamora y sin cuya presencia y cercanía no se acierta a vivir. A base de esta condición de “buscadora y enamorada de Dios” que tiene el alma se va desarrollando el comentario y el libro entero.

7.- *Subida-Noche*

Como diría el santo, “para mayor claridad de lo dicho y de lo que se ha de decir” (2N 10, 1) pongo aquí unos leves apuntes:

- Se sube al Monte en busca de Dios que estaciona, que mora en lo más alto, en la cumbre.
- se camina en la noche “a oscuras y sin nada” en busca del Amado;
- lo que favorece la subida, la escalada y el caminar nocturno favorece y sostiene asimismo la búsqueda, y lo que entorpece la ascensión y el caminar entorpece o retarda la búsqueda.
- El apegarse a sí mismo y a las cosas, valorándolas como no se debe, disminuye, sin remedio, el ansia por la meta a la que va encaminada la búsqueda.
- Los medios próximos, concretamente las virtudes teologales que son las que hacen que se opere la conquista de la cima del Monte y el encuentro con el Amado, febrilmente ansiado, son por lo mismo las que sostienen al alma en la búsqueda, señalándose entre ellas la caridad o el amor por Dios, por Jesucristo (1S 13, 4-6). Lo que dice con frase más plena: “Es menester otra inflamación mayor de otro amor mejor, que es el de su Esposo, para que, teniendo su gusto y fuerza en éste, tuviese [tenga, en el caso] valor y constancia para fácilmente negar todos los otros” (1S 14, 2).
- Estas equivalencias doctrinales que no necesitan mayores comentarios, se hacen letra expresa y apremiante en ocasiones, como en 2S 7, 5, donde Juan de la Cruz opera un dis-

cernimiento finísimo de lo que es el buen camino, el buen espíritu y su contrario, centrándose justamente en *la búsqueda*.

- Le oímos dictaminar: “El verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso, y más se inclina al padecer que al consuelo, y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerle, y a las sequedades y aflicciones que a las dulces comunicaciones, sabiendo que eso es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y esotro, por ventura, *buscarse a sí mismo en Dios*, lo cual es harto contrario al amor. Porque buscarse a sí en Dios, es buscar los regalos y recreaciones de Dios, mas buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger *por Cristo* todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; y esto es amor de Dios” (2S 7, 5).
- Y podría añadir: “Y esto es buscar a Dios de verdad; buscar en Dios, en Cristo los propios gustos y consolaciones es no conocer a Cristo; quienes así proceden caminan “amándose mucho a sí”, no “amándole mucho a él”, a Cristo (2S 7, 12).

En estas dos fórmulas tan contrapuestas: amándose mucho a sí, amándole mucho a él queda sintetizado lo esencial de la búsqueda falsa y falseada y de la búsqueda verdadera y auténtica de Dios.

8.- Oración y búsqueda

El camino de la oración es particularmente un camino de búsqueda de Dios, de su Reino, de su rostro; pero ha de ser un itinerario conjunto de oración y virtudes (3S 44, 2)

A través de la oración, de la meditación, de la consideración se va buscando a Dios y así va realizando el alma también la salida, que luego podrá cantar como dichosa ventura. Nueva relación de *salir* y de *buscar* con que nos sorprende fray Juan diciendo en su comentario: “La cual salida se entiende de la sujeción que tenía el alma a la parte sensitiva en buscar a Dios por operaciones tan flacas, tan limitadas y tan ocasionadas como las de esta parte inferior son, pues a cada paso tropezaba en mil imperfecciones e ignorancias” (1N 11, 4). Y confiesa el alma: “Salí de mí misma, de mi bajo modo de entender y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar de Dios” (2N 4, 1). Desvinculada de sí misma buscará a Dios cada vez con más libertad y ligereza de movimientos.

9.- Dejarse encontrar por Dios

El mejor modo, por otra parte, de buscar a Dios viene a ser dejarse encontrar por él, sin huirle. El punto más crítico de la noche pasiva del espíritu consistirá precisamente en esa confrontación y cuerpo a cuerpo de Dios con el hombre.

La confrontación se planea entre: grandeza y miseria, fuerza y flaqueza, pureza e impureza, divino y humano (2N 5, 5-7, 6, 1-4). El primer término de estos binomios pertenece a Dios y el segundo al hombre, como es claro. Lo que hace que el alma tan probada siga adelante en la búsqueda del Señor y que no deserte, no es otra cosa que el amor que se le va pegando y que la va dinamizando y fortaleciendo. Es de tal vehemencia el amor de esta persona que “con las ansias y fuerzas que la leona u osa va a buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los halla (2Re 17, 8; Os 13, 8), anda herida esta alma a buscar a Dios” (2N 13, 8). Además de servirse de la comparación de la osa salvaje a la que han quitado sus oseznos o de la leona, como prototipos de este amor impaciente aduce fray Juan ejemplos o prototipos humanos, tales como María Magdalena y la esposa del Cantar de los Cantares, y, tratando de señalar las razones últimas o motivaciones, hace esta semblanza: “Esto tiene la fuerza y vehemencia del amor, que todo le parece posible y

todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deba emplear ni buscar, sino a quien ella busca y a quien ella ama; pareciéndole que no hay otra cosa que querer ni en qué se emplear sino aquello y que todos andan en aquello; que por eso cuando la Esposa salió a buscar a su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que, si le hallasen ellos, le hablasen diciendo de ella que penaba de su amor (Cant 5, 8) Tal era la fuerza del amor de esta María – Magdalena, de la que viene hablando antes – que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara, aunque más le fuera defendido(=prohibido, impedido) (2N 13, 7).

10.- *Búsqueda apasionada*

Este que aquí en 2N c. 13 llama amor impaciente y cuyo perfil acaba de darnos, es el segundo grado de la escala de amor que propone seis capítulos más adelante. Vuelven a aparecer María Magdalena y la Esposa del Cantar de los Cantares.

Dice así: “El segundo grado hace al alma buscar sin cesar a Dios; de donde cuando la Esposa dice que, buscándole de noche en su lecho, cuando según el primer grado de amor estaba desfalleciendo y no le halló, dijo: *levantarme he y buscaré al que mi alma ama* (Cant 3, 2). Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David (Sal 104, 4), diciendo: *Buscando siempre la cara de Dios*, y buscándole en todas las cosas, en ninguna repare hasta hallarle, como la Esposa que, en preguntando por él a las guardas, luego pasó y las dejó (Cant 3, 3-4). María Magdalena ni aun en los ángeles del sepulcro reparó (Jn 20, 14) (2N 19, 2). Aparece aquí el verbo “reparar” un par de veces; lo mismo aquí que en otros textos sanjuanistas no significa sencillamente ver o fijarse en algo sino detenerse, pararse afectivamente en algo, de modo que se interrumpa la búsqueda.

11.- *La vitalidad y vivacidad de este amor en este buscar y más buscar al Señor, al Amado.*

Las describe a continuación en un texto muy movido: “Aquí, en este grado, tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado, en todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado; en cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es hablar y tratar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquiera cosa, todo su cuidado es el Amado” (2N 19, 2). El adverbio “luego” está aquí significando prontamente, sin dilación, inmediatamente.

El amor va subiendo de grado y va el alma afianzándose en la humildad, “y le parece vive de balde”, y va cobrando ánimo, fuerzas y constancia (2N 19 3 = tercer grado de amor); con la capacidad de sufrimiento en que va creciendo en ninguna manera “busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa, ni anda deseando ni pretendiendo pedir mercedes a Dios, porque ve claro que hartas la tiene hechas”, y, desarrimada de todo, no se para ni detiene, ni se quieta en nada y sigue y sigue buscando (2N 19, 4 = cuarto grado); y sigue apeteciendo a Dios y “siempre piensa que halla al Amado. Y, cuando se ve frustrado su deseo, lo cual es casi a cada paso, desfallece en su codicia”. En este hambriento grado se ceba el alma en amor, porque según el hambre es la hartura (2N 19 = quinto grado); sin desfallecer corre con la fuerza propia de la esperanza fortificada por el amor; corre y “vuela ligero”, y corre y vuela, y el símil que pudiera reflejar sus sentimiento sería el de un ciervo sediento y alado (2N 20, 1 = sexto grado) Se atreve el alma a Dios cada vez con más vehemencia, cada vez con más osadía en la oración y fuera de ella (2N 20, 2 = séptimo grado).

“El octavo grado de amor hace al alma asir y apretar sin soltar, según la Esposa dice (Cant 3, 4) en esta manera: *hallé al que ama mi corazón y ánima, y túvele, y no le soltaré* (2N 20, 3). No quiere soltar al que, después de tanta búsqueda, ha encontrado.

“El nono grado de amor hace arder al alma con suavidad [...] por razón de la unión (=encuentro) que tienen con Dios” (2 N 20, 4). “El décimo y último grado de esta escala secreta de amor hace al alma asimilarse totalmente a Dios, por razón de la clara visión de Dios” (2N 20, 5), pero “ya no es de esta vida” (2N 20, 4). La búsqueda del Señor, tarea constante de esta vida, se ve así coronada con el encuentro eterno con el Amado. Con la fuerza e ímpetu del amor con que ha andado buscando a Dios, al Amado se ha ido “el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma y subiendo a Dios. Porque el amor es fuego, que siempre sube arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera” (2N 20, 6).

12.- *Estas síntesis*

que he ido dando del pensamiento de Juan de la Cruz se pueden extender y expansionar sin fin, solamente con insistir en que lo que importa al alma es su Dios, su Amado; y todo lo demás, todas las realidades, todos los bienes le sirven para algo en tanto en cuanto que le son medios, caminos, resonancias, huellas del Amado que está siempre más allá y que cuando lo encuentra tiene que seguir buscándolo. La vocación de búsqueda es vocación de trascendencia, de preferencia, de enamoramiento, de opción constante por el Amado.



LA BÚSQUEDA DE DIOS (II)

Cántico Espiritual

1.- Si de las dos obras Subida-Noche que, en realidad, forman una sola, un auténtico díptico, pasamos al Cántico Espiritual nos encontramos de lleno con la búsqueda de Dios o del Amado, como con uno de los elementos básicos de las *canciones que tratan del ejercicio de amor entre el alma y el Esposo Cristo*. Inspirado y dependiente, más que ninguna otra obra sanjuanista, el Cántico Espiritual, del Cantar de los Cantares, no podía quedar fuera de él la búsqueda ansiosa y amorosa del Amado. Lo mismo que se ha dicho del Cantar de los Cantares se puede afirmar del Cántico sanjuanista: “El tema de la separación y la búsqueda es en toda la literatura amorosa, tanto o más frecuente que el de la presencia y posesión feliz” (Biblia de Jerusalén: Cant, nota a 1-7).

2.- Del libro de la Noche hemos escuchado las características y el talante del alma enamorada. Presa de amor impaciente, quedaba polarizada toda la persona en un momento dado en la búsqueda del Amado. Esas descripciones nos pueden ir ya dando la medida y la idea de lo que será este “amor buscador” de Dios en las incidencias del Cántico, en la acción dramática del libro y, sobre todo, en la vida concreta de la persona enamorada. No podremos menos de verla o considerarla como esposa llena de celos y recelos, de sobresaltos, de ternura, padeciendo de ausencia, etc.

3.- Para captar mejor ciertos lances en este drama de amor, no se olvide que “el Cántico Espiritual es una historia de amor con todos sus matices de enamoramiento, búsqueda, queja, hallazgo, exclusión de otro afecto, aventura, noviazgo y unión perfecta. Tres mundos: sensible, espiritual y

místico, se entrelazan y jerárquicamente se complementan y absorben” (Giuseppe de Genaro, *Consideraciones sobre el “Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz: Aloisiana 2* (1961), p.164).

4.- *Recorriendo el Cántico*

Ayudará para la mejor comprensión del tema y de la realidad de la búsqueda señalar algunos de los puntos más característicos en este sentido.

Salir

- La protagonista de las obras de Juan de la Cruz, muy en especial en el Cántico, busca a Dios porque está enamorada de él, y porque se siente reclamada, herida amorosamente y buscada por Él.
- La irrupción en escena de la Esposa en la primera canción no es otra cosa que salir en busca: *salí tras ti clamando*, gritando, voceando. Juan de la Cruz, registrada esta vehemencia del alma enamorada, quiere justificar ese clamor, o mejor, domesticarlo y dimensionarlo debidamente, y comienza su obra de intérprete y teólogo. Pero no hay que olvidar que lo mismo aquí que en las demás obras suyas, este tema que nos ocupa recibe el mismo tratamiento que en la Biblia, en la que “la búsqueda de Dios” nunca tiene el sentido de una investigación racional, intelectual o filosófica sobre Dios y sus atributos”.

5.- *El itinerario*

Entablando el drama, va suministrándonos el autor claves o criterios válidos para descifrar el itinerario del alma enamorada que, por eso mismo, hay que catalogar tranquilamente entre “los buscadores de Dios”, de que tanto hablan los Salmos.

He aquí algunos de esos puntos firmes:

- Hay que buscar a Dios, al Amado *siempre en escondido*. Su trascendencia lleva a este criterio y a esta actitud irremisiblemente.
- Saber el lugar donde Dios está escondido es necesario para buscarle en la dirección justa y dar con él: para buscarle a lo cierto.
- Se impone una llamada, un camino a la interioridad donde mora el Amado. Recuerda el paso de los Soliloquios del pseudo-Agustín, pero que es doctrina totalmente agustiniana: *“No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera; que estabas dentro”* (CB 1, 6)

6.- *Dentro y escondido*

El alma es el aposento y la morada de Dios, es el templo donde él habita. Después de otros detalles y comentarios, estos mismos criterios se convierten en apóstrofes y exhortaciones al alma: “¿Qué más quieres, ioh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? (CB 1, 8).

Anotemos lo que es y lo que significa el Amado para el alma: riquezas, deleites, satisfacción, hartura, reino; y todo esto como sellado por ese posesivo *tu*.

Y sigue insistiendo sobre la interioridad: “iGózate y alégrate en tu interior recogimiento con él pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más cierto, ni más presto, ni más cerca que dentro de ti!” (CB 1, 8).

Tres valores positivos: cierto, presto, cerca; y cuatro contravalores: distraerse, cansarse, no hallarle, ni gozarle con tantas ventajas como en lo interior.

Y una vez más: “¡Oh alma [...] si lo quieres volver a oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible: es *buscarle en fe y en amor*, sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber; que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán, por donde no sabes, allá a lo escondido de Dios” (CB 1, 11).

Aunque no nombre la esperanza (uno de los despistes de fray Juan), es claro que también la esperanza interviene, guía y alienta y esfuerza en esta búsqueda.

Como elogiando al alma que siga sus consejos, dice: “Muy bien haces, ¡oh alma!, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a él teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar. [...] Ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de él, que eso es buscarle en fe” (CB 1, 12).

7.- Escondido el Amado en el seno del Padre, allí, en definitiva, hay que buscarle. Esto quiere decir que la vida es un camino de búsqueda ininterrumpida hasta las estrellas: hasta la posesión de Dios en plenitud. Hay que buscarle aquí abajo con un proceso equivalente de escondimiento, escondiéndose, es decir, saliendo de todas las cosas según la afección de la voluntad, y entrándose en sumo recogimiento dentro de sí mismo, siéndole todas las cosas como si no fuesen (CB 1, 6).

El Amado escondido en el seno del Padre está también escondido en el seno del alma juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, y ahí hay que buscarlos con amor.

Interpretando los pensamientos del alma, la hace decir: “Puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento?” Respuesta al canto: “La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar y, cuando la halla, él también está escondido como ella” (CB 1, 9).

Este escondimiento tan total se va logrando por el camino de “la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma”. Hay que esconderse como Moisés (Ex 33, 22), en la caverna de la piedra”, para que por lo que se refiere “a conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir: *¿Adónde te escondiste?*” (CB 1, 10).

8.- Llamados a la imitación de Cristo, que no es simple actividad de tipo moral sino participación teologal de los bienes de Dios que se van alcanzando a través de la unión con Dios, a través de la internada en el misterio de Cristo, estamos igualmente llamados a la trascendencia. Siempre imitándole y siempre encontrándole, pero siempre en su busca por no lograr alcanzarle en plenitud hasta la vida eterna, cuando cesará la búsqueda que quedará transformada en plenitud de encuentro.

9.- Camino teologal

Los instrumentos y caminos de la búsqueda del Amado de que dispone el alma son, en conformidad con la acción dramática de Cántico: los gemidos y oraciones, los deseos y afectos salidos del corazón y mandados, enviados en su busca para ver si lo localizan y le entregan el mensaje del corazón (CB c. 2). Estas vivencias ya son fruto, expresiones del amor, pero “por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande [...] ella misma por la obra le quiere buscar” (CB 3, 1).

Al tomar esta decisión está significando que “para hallar a Dios de veras no basta sólo orar con el corazón y la lengua ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también, junto con eso, es menester obrar de su parte lo que en sí es; porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona que muchas que otras hacen por ella” (CB 3, 2).

10.- Como quien obedece al mandato del Amado que dice: *buscad y hallaréis* (Lc 11,9), el alma se determina a salir a buscarle por la obra, pues no quiere quedarse sin hallarle.

No quiere ser como tantos “que no querrían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo”. Hay también algunos que no quieren ni “levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder algunos de sus gustos, consuelos y quererres inútiles” (CB 3, 2).

Para buscarle hay que salir de toda esta barahúnda y egoísmos, y salir de la casa de su propia voluntad pues si no “aunque más voces den a Dios, no le hallarán”.(CB 3, 2-3).

La canción o el himno del buscador auténtico de Dios es la estrofa tercera del Cántico:

*Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*

El comentario al primer verso no puede ser ni más corto ni más pleno: “esto es, mi Amado, etc.,” (CB 3, 1), aunque en ese etcétera está incluido lo que dice que hará en los cuatro versos siguientes. Todo eso para buscar “mis amores”, no en un sentido romántico, ni personalizado, sino personal: *mi Amado*.

11.- *Iré por esos montes y riberas:* por *los montes*, que son altos, entiende las virtudes altas y arduas que tiene que ir practicando y por las cuales irá ejercitando la vida contemplativa. Por las riberas, que son bajas, “entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales” y con esto irá ejercitando la vida activa. Lo explica de un modo más pleno diciendo: “Para buscar a lo cierto a Dios y adquirir las virtudes, la una (= la vida contemplativa) y la otra (= la vida activa), son menester. Es, pues, tanto como decir: buscando a mi Amado, iré poniendo por obra las altas virtudes y humillándome en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice porque el camino de buscar a Dios es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal” (CB 3, 4).

12.- *Ni cogeré las flores:* Para ir realizando esta búsqueda de Dios “se requiere un corazón desnudo y fuerte, libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios”. Se requiere y se exige libertad y fortaleza para buscarle sin detenerse encandilados o alucinados o enmelados o enviscados en las cosas, en la nada y para que nada ni nadie nos detenga en buscar al Amado. Los bienes temporales, sensuales y espirituales pueden impedir el camino expedito en la búsqueda del Amado, cuando quien le busca se apega a ellos (CB 3, 5).

13.- *Ni temeré las fieras / y pasaré los fuertes y fronteras:* en estos versos “pone los tres enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne; que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo; por los fuertes, el demonio, y por las fronteras, la carne”

(CB 3, 6). Juan de la Cruz arma y protege al alma, del mundo con la virtud teologal de la esperanza, del demonio con la fe y de la carne (de sí mismo) con la caridad. Comprender o al menos vislumbrar la amplitud y el alcance de esta doctrina en la teoría y en la práctica es abarcar todo el campo de acción de la búsqueda de Dios, todo el camino.

14.- En dos canciones gemelas: la 4ª y la 5ª, se continúa la búsqueda a través de las criaturas, que, interrogadas, responden y encaminan a Dios, remiten a él, al Amado, “cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y a todos los cielos”; las criaturas, dirá, “dieron al alma señas de su Amado, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia”. Con esto se le aumentó el amor, y por consiguiente, le creció el dolor de la ausencia” (CB 6, 1), y la urgencia de encontrarse con él, de poseerle. La conclusión a que ha llegado el alma es no querer más mensajeros: “tú seas el mensajero y los mensajes”, dice en una especie de ultimátum al Amado (CB 6, 7).

Si las criaturas irracionales con las que ha dialogado en la canción sexta le han dado contestación adecuada, le han dado noticias y pistas que la encaminan en la búsqueda y la hieren acentuando el ansia, ¿qué no harán los ángeles y los hombres, criaturas más nobles que las otras?

15.- Ángeles y hombres hablan ya con su mismo ser, con las excelencias que tienen de Dios y, además, por lo que inspiran y enseñan acerca de los misterios de la fe. Los ángeles enseñan interiormente por secretas inspiraciones; los hombres exteriormente por las verdades de las Escrituras que nos explican, que nos aclaran, que nos acercan.

Unos y otros, así lo reconoce el alma, “*de ti me van mil gracias refiriendo: esto es, danme a entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de tu Encarnación y verdades de fe que de ti me declaran y siempre me van más refiriendo; porque, cuanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de ti. Y todos más me llagan, porque en cuanto los ángeles me inspiran y los hombres de ti me enseñan, de ti más me enamoran, y así todas de amor más me llagan*” (CB 7, 6-8). Así agradece el alma el beneficio de este doble magisterio y así resume el contenido del mismo y los efectos saludables: enamorar más y más.

16.- Dejando a un lado a los ángeles y sus inspiraciones, quiero llamar la atención sobre las enseñanzas de la Sagrada Escritura, su excelencia y finalidad en este itinerario en busca del Amado. La lectura, el estudio, las explicaciones de la Escritura tienen que servir para enamorar al creyente, al buscador del rostro del Amado. Habría que llamar a esas cátedras bíblicas, cátedras de enamoramiento del Señor.

17.- Sigue el desarrollo del Cántico, identificando nuevos estímulos en la búsqueda ansiosa y animosa del Señor; cuanto más va sabiendo de Cristo, más se entusiasma por dar con él y a más cosas va dando de lado, llegando a comprobar -esto ya queda dicho en la primera canción- que el Esposo-Amado “es el tesoro escondido en el campo del alma, por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas” (Mt 13, 44; cfr CB 1, 9-10); esto es, supo, quiso y pudo renunciar a todo por él.

Rastreada la huella de Dios en la creación, captada y como sorprendida su figura más y mejor en los misterios de la fe, muy en particular en el misterio de la Encarnación redentora, y estimulada por ese “un no sé qué que quedan balbuciendo” todos los mensajeros, la persona humana se siente con el alma y el corazón fecundados de inteligencia y amor de Dios y engolosinada por la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes o excelencias que se le han ido descubriendo en este proceso de búsqueda.

18.- Fatigada ya de buscar tantos remedios a su dolor, al mal de ausencia que padece, se va ya de una vez con la querrela de su amor impaciente al Esposo, que es el responsable, la causa de

tanta aflicción amorosa y le pide que se entregue, que se deje encontrar, que se le descubra abiertamente (CB 9, 1): vuélvese a su Esposo, que es la causa de todo esto y dícele la siguiente canción:

*¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste?*

En cualquier coyuntura o circunstancia de la vida y en medio de las cosas que tiene que hacer o en que tiene que emplearse esta persona “siempre tiene presente aquel ¡ay! de su salud, que es su Amado (CB 10, 1). Una vez más nos pone ante los ojos la figura de María Magdalena y la de la esposa del Cantar de los Cantares como personificando este amor impaciente de quien “con ardiente amor anda buscando a su Amado (CB 10, 2). Hay que advertir la expresión “aquel ¡ay!”, que pinta muy al vivo la situación doliente del alma que suspira por quien es su salud, que se encuentra “como el enfermo, que gime por la salud” (CB 9, 6)

19.- “Y yo le di de hecho / a mí, sin dejar cosa”(CB 27)

Hay que entregarse a Dios de modo que “no solamente según la voluntad, sino también según la obra, quede ella de hecho sin dejar cosa, toda dada a Dios” (CB 27, 6).

Tratando de aclarar cómo hay que buscar a Dios “de hecho”, recurre a un texto de los Proverbios, donde hablando de la Sabiduría, se dice: “Si le buscare el alma como al dinero, le hallará”(2, 4). Alegado el texto bíblico da por hecho que le encontrará “esta alma enamorada que con más codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas y a sí misma por él” (CB 11, 1). Y le encontrará porque el Amado se hace el encontradizo cuando ve estas disposiciones en el alma, haciéndole “alguna presencia de sí espiritual, en la cual le mostró algunos profundos visos de su divinidad y hermosura, con que la aumentó mucho más el deseo de verle y el fervor” (Ibid.)

20.- Juan de la Cruz no escribió *El avaro* como Molière, pero nos ha dejado algunas páginas impresionantes sobre la avaricia, sobre la dinámica del amor al dinero y a las riquezas, y allí se ve cómo el avariento se entrega a este su dios cuando llega al extremo de “olvidar a Dios y poner el corazón que formalmente debía poner en Dios, formalmente en el dinero, como si no tuviese otro dios” (3S 19, 8).

Buscando al Amado con más codicia que el avaro al dinero, es claro que todo su corazón estará puesto en ese Amado tan lejano y tan cercano y como fruto de esa presencia que ha hecho en ella, (lo cual no es más que uno de los componentes de que Dios busca al alma) brota incontenible esta oración, en la que todo se dice, todo se pide, todo se exige de una vez para siempre:

*¡Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura,
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura!* (Canción 11).

21.- La respuesta a esta petición en los términos tan absolutos en que esta planteada depende de quien es el dueño de la vida y de la muerte y el alma lo sabe de sobra.

Hay una especie de maduración interna entre lo que se pide y lo que se va a recibir. Por eso el alma no se queda en una espera fatalista, lo más contrario al amor ardiente que la posee, sino que sigue buscando y en ese trance, al no encontrar “medio ni remedio alguno en todas las criaturas, vuélvese a hablar con la fe, como la que más al vivo le ha de dar de su Amado luz, tomándola por medio para esto” (CB 12, 2). En la canción 9 se había vuelto al Esposo, ahora se vuelve a la fe, y agarrada a este mozo de ciego, a este lazarillo de que habla en la primera canción (CB 1, 11), seguirá su búsqueda y aun después del encuentro que se opera en el desposorio (CB canción 13) y en el matrimonio espiritual (CB canción 22) no deja de caminar, siempre en ruta, siempre en pie de búsqueda, siempre peregrina del Absoluto, siempre suspirando, gimiendo (el gemido es anejo a la esperanza: CB 1, 14), siempre llorando por el encuentro definitivo en el que se anegará toda búsqueda gloriosamente.

22.- Finalizando

La tarea de buscar a Dios ha de ser constante. Un autor carmelita descalzo para quien lo más emblemático del carisma y del mensaje teresiano es la búsqueda de Dios, la configura diciendo que “sin pausa, sin demora, sin intermisión; en todas las edades, en todos los años, en todos los meses, en todas las semanas, en todos los días, en todas las horas y en todos los instantes, debemos caminar en busca de este Divino Dueño” (Antonio de san Joaquín).

Esta realidad de la búsqueda y el andar empeñados de por vida en ella, en la mente de Juan de la Cruz, tiene la virtud de movilizar todas las energías, toda la fortaleza de la persona humana a la conquista de Dios y a llegar a la unión perfecta con Él. Importante también sobre manera por la relación que guarda esta actitud buscadora con la vida teologal, con el dinamismo de las virtudes teologales, “que integran, orientan, impulsan y transforman la persona y la vida, confiriéndoles una proyección total hacia Dios. Vida de fe, de esperanza y de caridad con todo lo que entraña de exigencias divinas y de renunciaciones humanas, espirituales y terrenas”, por cuanto se desvive por encontrarse con el Amado.

Y está claro que “si consideramos la actividad contemplativa en general, podemos decir que su objeto principal es la búsqueda de Dios”

23.- Buscar a Dios para tributarle actos de culto es uno de los principales tonos o modos de esa búsqueda. Tiene Fray Juan páginas preciosas sobre esto, relacionadas con la escalada al *Monte de la Perfección* o al *Monte Carmelo*, al que se sube “para hacer de sí mismo altar en él, en que ofrezca a Dios sacrificio de amor puro y alabanza y reverencia pura” (1S 5, 7).

En la Biblia *buscar el rostro de Dios* es como una expresión técnica que significa la búsqueda de Dios. Y podemos pensar ahora en la canción 12 del Cántico Espiritual (CB):

*iOh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados”*

Quien lea el comentario a los dos últimos versos verá cómo va apareciendo, cómo va formándose, cómo va retratándose la figura, los ojos, el rostro del Amado en ese espejo, en ese cristal limpio que es la fe y el amor. Cuando buscamos a una persona, lo que queremos es encontrarnos con su rostro, con sus ojos; no vamos a dialogar por la espalda, sino cara a cara.

24.- Toda la plenitud de revelación, de superabundancia, de gracia, de don y de palabra de Dios que ha llegado al hombre con la persona de Cristo, no significa sino que Dios ha resuelto de una vez para siempre la realidad del encuentro del hombre con Dios, del encuentro con el hombre en Jesús y a través de Jesús. Así él, Jesús, es el espacio, si se puede hablar así, de ese encuentro y la expresión la búsqueda de Dios está significando necesariamente ambas cosas:

- Dios busca y encuentra al hombre;
- El hombre busca y encuentra a Dios.

EL ROSTRO DE LA UNIÓN CON DIOS



1.- La unión del alma con Dios de que habla continuamente Juan de la Cruz y a cuya realización más alta en este mundo condiciona y endereza todas sus enseñanzas no es: ni unión *panteísta* (2S 5, 7; CB 22, 5, CA 27, 3; CB 31, 1; LI B 2, 34, LI A 2, 30), ni la unión *hipostática*, como en Cristo la unión de las dos naturalezas humana y divina en la persona del Verbo (CB 37,3 CA 36,2; CB 39,5; CA 38,4), ni la unión *natural o por inmensidad*, que siempre existe en el hombre (cfr 2S 5, 3), ni la unión *beatífica o por gloria*.

Juan de la Cruz quiere ciertamente llevar las almas al cielo, pero no en este mundo. A esa visión y patria definitiva aspirará fuertemente el alma perfecta. Por ese mismo anhelo y ansia está demostrando no poseer aún esa visión beatífica, o esa unión por gloria (cfr. LB 1,1; LA 1,1, y las cinco últimas canciones del CB: 36-40) La situación y el quehacer del alma lo representa así: “En la siguiente canción (la 36) y en las demás que se siguen, se emplea en pedir al Amado este beatífico pasto en manifiesta visión de Dios” (CB 36,1).

2.- Unión por gracia

Excluidas esas otras especies de unión, sólo queda en pie una: la unión por gracia. Para evitar confusiones lo dice del modo más explícito al poner ante los ojos del alma cómo la vida espiritual perfecta que posee, sustancialmente no es más que la redención aplicada a las almas particulares o individuos, a las personas. Y le recuerda al alma que esta vida o redención subjetiva se inaugura o establece por medio de la gracia que se le infunde en el bautismo (CB 23,6; 2S 5,5; CB 33, 1-3). Esa unión por gracia no cambia ni de contenido ni de signo sobre la marcha o en el período de su desenvolvimiento o desarrollo ni en la culminación de ese desarrollo.

3.- Esto por lo que se refiere a declaraciones explícitas; pero, aunque no lo asegurase de ese modo, resulta clarísima la doctrina por todas y a través de todas las descripciones que hace de la vida espiritual. Decir, por ejemplo, que el alma se hace, que es Dios por participación, no por naturaleza y que la persona humana transformada tiene como bienes, como dones o dádivas los propios bienes que Dios tiene por su misma naturaleza y que el alma goza de todo cuanto es y tiene el mismo Dios, pero de un modo participado no es sino decir, repetir que se trata de unión por gracia, por amor, etc.

Estas son ideas-base sobre las que opera, pasa y repasa multitud de veces, especialmente en las canciones finales del Cántico.

4.- No hace falta ni decirlo: no siempre que en las Obras sanjuanistas recurre la expresión “unión del alma con Dios”, no siempre, digo, significa el estado de vida espiritual más alto posible en este mundo. A veces con esa expresión está designando otros grados o estados vida espiritual inferiores, v. gr. en CB 14-15 hablando del desposorio espiritual lo llama esta “divina unión” (n.4), “divina unión del alma con Dios” (n.29). Otras veces al usar tales expresiones: unión del alma con Dios, unión con Dios, unión divina, etc., se refiere sencillamente al primer grado, es decir, a la simple ausencia de pecado mortal y al estado de gracia, o bien, a un segundo, tercero, cuarto grado... Todo habrá que precisarlo en cada caso por el contexto. No hay dificultad mayor, cuando se lee con atención y discernimiento.

5.- Resumiendo y remansando lo que llevamos dicho se concluye que la unión del alma con Dios, o sea la unión divina por antonomasia es la meta de las explicaciones de Juan de la Cruz. “A ésta, dice, se endereza y encamina nuestra pluma” (2S 24,4). A esa misma meta aspira el alma y, además, -y esto es lo más importante- a ese punto mira toda la actividad divina en el gobierno y conducción de las almas. Dios, el alma y el santo buscan a una “la cumbre del *“Monte”*, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios” (Subida-argumento).

Ficha
75

UNIÓN POR GRACIA CANTADA POR JUAN DE LA CRUZ

1.- Lo que los teólogos de profesión de Salamanca, Alcalá y Baeza, universidades conocidas por Juan de la Cruz, enseñaban con sus términos filosófico-teológicos acerca de la gracia de Dios, se quedaba corto frente al lenguaje poético-místico con que aquel frailecillo, “carmelita de sandalias y escaso de figura” presentaba el mundo de la generosidad divina, su amplitud, su profundidad, su ternura, todo ello envuelto en la experiencia de lo divino. Con un lenguaje bíblico y poético, escanciado en las lirás de sus canciones, nos hace pregustar los bienes de que disfrutaremos en la bienaventuranza.

2.- Juan de la Cruz como buen enamorado se fijaba mucho en los ojos; los de Dios le traían embelesado y los mira y remira en no pocas de las canciones de su Cántico Espiritual., especialmente en la 5, 10-13, 19, 31-33, 36. Al llamar el alma a Dios “lumbre de sus ojos” dice que lo hace “al modo que el amante suele llamar al que ama *lumbre de sus ojos*, para mostrar la afición que le tiene”. Una de las principales canciones tejidas de ese lenguaje amoroso es la 32 que suena así:

*Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían. (CB 32)*

3.- Antes de llegar al descanso y tranquilidad de que el alma disfruta ha andado cansada y fatigada “con sus apetitos, porque es herida y movida y turbada de ellos como el agua de los vientos, y de esa misma manera la alborotan, sin dejarla sosegar en un lugar ni en una cosa” (1S 6, 6). Hablando ahora con el Esposo Cristo, le recuerda agradecida la obra de transformación que se ha operado en su vida. No quiere que “se le atribuya a ella algún valor y merecimiento y, por eso, se le atribuya a Dios menos de lo que se le debe y ella desea”. Se lo atribuye todo a él y se lo regresa juntamente. Ha sido la fuerza de su mirada la que ha ido obrando el prodigio.

4.- En un diálogo de enamorados, ahora se recrea repasando lo acaecido; a acrecentar su alegría le sirve, por la fuerza del contraste, el recuerdo de los tiempos de otro signo cuando “no sólo no merecía ni estaba para que la mirara Dios, mas ni aún para que tomara en la boca su nombre” (CB 33, 2). “La bella gracia y mera voluntad de Dios”, que nosotros traduciríamos por “pura gratuidad”, es la que ha hecho que Dios la mirase y engrandeciese. Por eso le dice: “cuando tú me mirabas”, lo hacías con afecto de amor, porque el mirar de Dios es amar, y los ojos del Esposo imprimían en el alma su gracia. Explicación de este verso al canto: “Por los ojos del Esposo entiende aquí su Divinidad misericordiosa, la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace *consorte de la misma Divinidad* (2Pe 1, 4).

5.- El alma tiene conciencia humilde de la dignidad a que ha sido elevada por la mano de Dios, de un modo enteramente gratuito.

Es una historia de amor benevolente cien por cien, porque la mirada de Dios es amar. Y esa mirada ha hecho cuatro bienes en el alma: limpiarla, agraciarla, enriquecerla y alumbrarla; así como el sol cuando envía sus rayos, que enjuga y calienta y hermosea y resplandece” (CB 33,1).

6.- “Limpia” la mirada de Dios al alma, a la persona humana, cuando recibe las aguas bautismales. No en vano el bautismo es llamado “*baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo*” (Tt 3, 5), porque significa ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual “nadie puede entrar en el reino de Dios” (Catecismo de la Iglesia Católica, 1215).

Así queda ya el alma adornada con la que se llama la primera gracia, la gracia inicial, en la que está condensado todo el futuro de la santidad, como en la semilla está toda la biografía del árbol que acabamos de plantar. La primera gracia es, pues, el primer fruto de la mirada amorosa de Dios; y cayendo el alma en la cuenta de lo que esto significa se atreve a decir al Esposo Cristo: *no quieras despreciarme*: “porque si antes merecía esto por la fealdad de su culpa y bajeza de su naturaleza, que ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia y vistió con su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y más veces, aumentándole la gracia y hermosura, pues hay ya razón y causa bastante para ello en haberla mirado cuando no lo merecía ni tenía partes para ello” (CB 33, 3).

7.- El alma ha quedado agraciada, enriquecida y alumbrada y “muy agradable a Dios”. Y el comportamiento del Señor hacia ella es de lo más exquisito que se pueda pensar: “nunca más se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenía” y “nunca más le da en cara con ella, ni, por eso, le deja de hacer más mercedes, pues que *él no juzga dos veces una cosa* (Nah 1, 9).

8.- Aunque Dios olvide de esa manera el pasado del alma no le conviene a ella echar en olvido sus pecados primeros. Este recuerdo tranquilo y confiado le ha de servir para tres cosas: no presumir, vivir siempre agradeciendo, confiar mayormente en Dios, cada vez más generoso (CB 33, 1).

9.- Conocedora de toda esta dinámica divina y consciente de su responsabilidad, va explicando más y más sus ruegos a Dios: “/que, si color moreno en mí hallaste/ ya bien puedes mirarme/ después que me miraste,/ que gracia y hermosura en mí dejaste”/.

El contenido de esta oración es bien claro: al mirarla Dios graciosamente quitó toda la fealdad de las culpas e imperfecciones ; y, dándole la primera gracia, ya bien puede ser vista y mirada, “ pues con tu vista de amor, gracia y hermosura en mí dejaste”.

10.- En todo esto hay una especie de círculo amoroso y divino: “cuando Dios ve al alma graciosa en sus ojos, mucho se mueve a hacerla más gracia, por cuanto en ella mora bien agradado”. El amor gratuito del Señor es la raíz y fuente de esa gracia y engrandecimiento; y porque la encuentra así honrada y engrandecida y hermozada, por eso se mueve a derramar ríos de gracia más grande sobre ella para honrarla más todavía.

11.- La progresión de las mercedes de Dios al alma es al infinito y cómo esto sea “no hay poderlo ni aún imaginar”. Como se ve, no dice: no hay poderlo entender o comprender sino que dice “ni aun imaginar”; y la imaginación llega más allá del entendimiento. La realidad supera todos nuestros parámetros.

12.- Lo único que sabemos es que “lo hace como Dios, para mostrar quién es”. Algo sí, no obstante, se puede dar a entender “por la condición que Dios tiene de ir dando más a quien más tiene, y lo que le va dando es multiplicadamente según la proporción de lo que antes el alma tiene”. (CB 33, 8).

13.- Teniendo conciencia clara del proceder de Dios que cuando mira con sus ojos imprime su gracia en el alma, le dice también: “ por eso me adamabas”. Amar es un verbo más conocido; ahora tiene que explicar este otro “adamar” que “es amar mucho; es más que amar simplemente; es como amar duplicadamente; esto es, por dos títulos o causas (CB 32, 5). Dios anda así de enamorado del alma, y no hace más que “adamarla”, pero siempre será “porque él quiso con mirarla darle gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabello y formándola con su caridad la fe de su ojo” (CB 32, 5). Vuelve y vuelve sobre lo mismo Juan de la Cruz haciendo saber una vez más que “poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor. Y así, es tanto como decir: porque habías puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, *por eso me adamabas*, esto es, por eso me dabas más gracia. Esto es lo que dice San Juan: que *da gracia por la gracia que ha dado* (1, 16), que es dar más gracia; porque sin su gracia no se puede merecer su gracia”. Y “cuando Dios ve al alma graciosa en sus ojos, mucho se mueve a hacerla más gracia, por cuanto en ella mora bien agradado” (CB 33, 7).

14.- Con esta finura y unción presenta Juan de la Cruz la gracia por la que Dios y el hombre se unen entre sí. La unión de la que habla continuamente y a la consecución de la cual empuja y solicita a las almas de un modo tan decidido y determinado es esa unión por gracia. Una de las cualidades de la gracia santificante es la capacidad de crecer, de desarrollarse, como canta tan delicadamente en la canción 32: la canción de la mirada de Dios. Por un solo grado de gracia que el hombre posea tiene ya en sí la unión con Dios. Aumentando los grados de gracia aumenta también la unión (LB 1,13). Desde este lenguaje y presupuestos teológicos de Juan de la Cruz nos podemos preguntar: cuando, dándonos el contenido general de su grande obra Subida del Monte Carmelo, inicia con el título: “trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divi-

na unión” ¿quiere acaso decir que intenta instruir al pecador para que sepa escoger y llevar el camino que le conduzca a la justificación, a la conversión, a la primera gracia? No por cierto; pues apenas comienza el prólogo del libro pone o propone claramente el grado de unión con Dios a que quiere que lleguen las almas: al sumo grado, a la cumbre más alta escalable en este mundo y en este orden de gracia.

APUNTE SOBRE LA TERMINOLOGÍA Y SU ALCANCE



1.- Los términos más corrientes en la pluma de fray Juan para designar la meta más alta a la que encamina a las almas vienen a ser tres que se recuerdan fácilmente: *unión, perfección, matrimonio espiritual*. Bastará un simple apunte sobre el particular.

Unión, sin añadiduras: 1S 14, 3; 2S 13, 1; 2S 26, 13; 2S 32, 4. *La unión* con artículo, es decir, la unión por antonomasia, por excelencia: 1S 2 (título): Subida-prólogo, 3; 1S 3, 5; 2S 11, 12; 2S 26, 10; 2S 27, 9; 2S 4, 6-7; 3S 14, 2; 2N 13, 9.

A la palabra fundamental: unión, la unión se añade alguna otra: estado, Dios, alma, divina, amor, que la precisa mayormente, y se hacen todavía algunas otras combinaciones con todas estas palabras.

Perfección: simplemente perfección: 1S 5, 6; o añadiéndole otros términos: alto estado de la perfección: Subida-prólogo 1; 1S 11, 1; Estado perfecto de unión por amor: 2N 2, 2.

Matrimonio espiritual: CB-argumento, 1-2; CB 12, 8, CB 14-15, 30; CB 22: en esta canción se habla de propósito del estado de matrimonio espiritual y se da algo así como la definición del mismo: n. 3. CB 40, 5, 7 muestra la Esposa a su Amado, el Hijo de Dios las perfecciones y disposiciones que tiene de él recibidas “con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual, a que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante”.

2.- Textos más directos y explícitos, en los que habla de la unión con Dios

1º. 1S 11, 2-3.

2º. 2S c.5.

3º. CB canción 22; CA, canción 27.

4º. LI B 3, 24-25; LLA, 23-25.

En el primero se insiste más que nada sobre la importancia de la unión de voluntades.

En el segundo se subraya ese mismo tipo de unión y se presentan también otros elementos.

En el tercero se hace una descripción mucho más detallada y completa.

En el cuarto y último se señalan y contrastan las diferencias que corren entre la unión más alta (= matrimonio espiritual) y el estado inferior inmediato (= desposorio espiritual).

3.- Para referirme todavía al primer pasaje y también al segundo, ambos del libro de la Subida, pienso que algunos autores no han sabido interpretar bien cuanto escribe el santo. Y esto por falta de atención al contexto y al modo de escribir del doctor místico que puede hablar muy bien no de la noción completa del más alto estado de perfección, sino sólo de un elemento muy significativo que tiene una relación directa con la voluntad; así en 1S 11, 2-3.

De aquí querer deducir que la unión de voluntades lo es todo es dejar fuera el elemento más típico, característico que distingue la más alta unión con Dios de los grados anteriores e inferiores que es la comunicación de las personas: de Dios y de la persona humana (L B 3, 24-25). Este hecho implica una posesión de Dios tan singular que comporta la experiencia de la Santísima Trinidad, pues no se trata de una comunicación de Dios al alma, a la que no responda una percepción o captación espiritual por parte del hombre. Se trata de una experiencia altísima (experiencia dada, no experimento hecho, pues de Dios no se hacen experimentos, se reciben humildemente experiencias regaladas gratuitamente.

4.- Quizá este sea el lugar más oportuno para advertir algo francamente sustancial para enjuiciar bien la doctrina sanjuanista. Habla de esa unión más alta en este estado de vida; pero no quiere decir que todas las almas estén llamadas a la mismísima altura o profundidad de vida espiritual. Sus palabras son diáfanos:

“... es verdad que una alma, según su poca o mucha capacidad, puede haber llegado a unión, pero no en igual grado todas, porque esto es como el Señor quiere dar a cada una. Es a modo de como le ven en el cielo, que unos ven más, otros menos; pero todos ven a Dios y todos están contentos, porque tienen satisfecha su capacidad.

De donde, aunque acá en esta vida hallemos algunas almas con igual paz y sosiego en estado de perfección, y cada una esté satisfecha, con todo eso, podrá la una de ellas estar muchos grados más levantada que la otra, y estar igualmente satisfechas, por cuanto tienen satisfecha su capacidad. Pero la que no llega a pureza competente a su capacidad, nunca llega a la verdadera paz y satisfacción, pues no ha llegado a tener la desnudez y vacío en sus potencias, cual se requiere para la sencilla unión” (2S 5, 10-11).

Esta viene a ser como la verdad serena, que se ha revuelto malamente cuando sobre ella han caído las discusiones de los autores de si todos sí, de si todos no están llamados al matrimonio místico. Estas afirmaciones sanjuanistas sobre la capacidad diversa de las personas, etc., se pueden ilustrar, del modo más inocente y eficaz al mismo tiempo, con la comparación puesta por Teresa de Lisieux de los diversos vasos. Cada uno de ellos está contento cuando está lleno. Está satisfecho el pequeño, si está lleno; y no lo estará el más grande, aunque tenga más líquido que el pequeño, si no está lleno.

5.- La experiencia altísima de Dios se la califica de oscura, permanente, inmediata, trinitaria. Me voy a referir ahora sólo al último punto: *trinitaria*: Si es experiencia de Dios como es en sí, es necesariamente trinitaria: De Dios Trino y Uno (cfr. 2S 27, 1; CB 39, 4; en el n. 3 habla de la experiencia y transformación ya al descubierto en el cielo). Dios es lo que es: Uno y Trino porque se conoce y se ama. El alma en el paraíso será Dios por participación porque verá y amará, etc., a Dios Trino y Uno tal como es en sí. Aquí en la tierra, el alma perfecta es llamada, y es de hecho Dios por participación en el grado más alto posible al tener este tipo de unión experimental que es, en verdad, el más alto estado a que puede llegar en este destierro, en esta mortalidad.

6.- Juan de la Cruz va afirmando los hechos del modo más decidido y claro en cuanto puede. Véase, por ejemplo, CB 26,11: hay que leer bien no sólo ese número de la canción sino también las páginas anteriores para captar el contexto en que se hace tal afirmación. Véase también LB 4, 14-17 y CB 22,6.

7.- Todas las dificultades que se puedan presentar contra las afirmaciones del santo cuando habla de esa tan profunda intimidad con Dios no debilitan las afirmaciones mismas. Probablemente Juan de la Cruz tenía mejor conocidas que nosotros las dificultades, pero no le impedían ni retraían de las aseveraciones que creía necesarias.

8.- La comunicación tan alta de las personas de que habla fray Juan, que a algunos podría parecer una exageración o algo fuera de razón (cfr. LB-prólogo, n.2 y LB 1,15), no viene, es obvio, a borrar sino a perfeccionar y potenciar dones y disposiciones anteriores, especialmente la unión de voluntades (LB 3, 24-25; CB 22,5) que crece siempre más y más en el estado de matrimonio espiritual o alianza perfecta, “calificándose” y “sustanciándose” más el amor en el alma y el alma en el amor (LB-prólogo, n.3).

EL DIOS DE SAN JUAN DE LA CRUZ



1.- Dios llena las páginas de san Juan de la Cruz, como llenó su vida y su magisterio oral. Todo lo demás era en orden a esta realidad única, en torno a la cual (mejor en torno a Quien) había organizado toda su vida. Ese mismo fenómeno encontramos en sus libros. Dios está presente en la estructura de los tratados, en el desarrollo de las ideas de tal modo que asume el carácter de tema único. Esta especie de “ubicuidad” divina o estar presente a un mismo tiempo en todas las páginas es señal de algunas cosas fundamentales: del enamoramiento de Dios de que era presa; de la grande preocupación práctica y apostólica que le movía a escribir. Para resolver problemas teóricos y prácticos o por lo menos iluminarlos de verdad, nada mejor, pensaba él, que presentar a Dios tal cual es en la realidad, como nos lo comunica o presenta la fe, no tal como nos lo pintamos o imaginamos nosotros, recortándolo, tantas veces, a la medida de nuestro entendimiento o de nuestros gustos.

Testimonia también esa “ubicuidad” el fondo biográfico sobre el que se mueve y cuya expresión es, en general, toda la obra escrita del doctor místico. Se trata, en última instancia, de la biografía del alma enamorada de Dios y de Cristo; y entre ellas su propia alma.

2.- *Temas capitales*

Puestos a buscar los temas capitales de su doctrina acerca de Dios, de la realidad de Dios, podemos reducirlos a tres: Trascendencia, Presencia y Condescendencia de Dios, en torno a los cuales giran teórica y prácticamente (biográficamente, tantas veces) todos los demás temas y todo el magisterio sanjuanista. Ni hay que olvidar nunca que la doctrina que aquí presentamos lleva en la pluma del santo una carga de experiencia viva que lo ambienta y unge todo, aunque no todas las páginas estén tan inspiradas o algunas resulten reiterativas y menos agradables al lector.

3.- *Trascendencia de Dios.*

Por trascendencia de Dios se entiende aquí la distinción de ser que existe entre Dios y las criaturas, entre el ser de Dios y el ser de las criaturas. Dios es real y objetivamente distinto de todas las cosas creadas y creables. El término trascendencia, trascendente no tiene, pues, un sentido “espacial” (por más que a espacio suene nuestro lenguaje), sino ontológico con todas las consecuencias que nacen de aquí para los demás seres en el campo del ser, del conocimiento, del lenguaje y del comportamiento moral y religioso del hombre. Dios posee una plenitud de ser y de vida que lo coloca sobre, más allá y fuera de todo lo creado.

4.- Juan de la Cruz expresa esta verdad, base y cimiento de toda otra verdad, de mil maneras, hasta con fórmulas del más puro sabor escolástico: “Dios no cae debajo de género y especie, y ellas -las realidades finitas y contingentes- sí” (3S 12,1: cfr. S. Tomás de Aquino, I, q.3, a.5; *Contra Gentes*, libr. 1, c.25).”Dios es de otro ser que sus criaturas, en que infinitamente dista de todas ellas” (3S 12,2).

“La distancia que hay entre su divino ser y el de ellas es infinita” (2S 8,3).

5.- *Atributos divinos.*

Esa misma doctrina enseña sobre los atributos de Dios. La razón es manifiesta: los atributos divinos no se diferencian realmente del ser de Dios ni unos de otros.

Aparte la condensación de materia en algunos pasajes (1S c.4; LB 3, 2-6), trata en otras partes el mismo tema, deteniéndose particularmente en alguno. Ejemplos:

- *La hermosura de Dios.*

Juan de la Cruz grande artista, místico y enamorado, habla muchísimo de la hermosura o belleza divina. El alma enamorada anhela ardientemente que Dios “la descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia y que la mate con esta vista desatándola de la carne” (CB 11,2). Esa misma alma enamorada ya colocada o situada en el estado de perfección cantará las últimas cinco canciones del Cántico Espiritual que hablan de la bienaventuranza o estado beatífico “que sólo ya el alma... pretende” (CB, argumento, 2; CB 36,2). En la primera de esas últimas cinco estrofas que comienza: */Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura /* en menos de una página repite la palabra hermosura 25 veces (CB 36, 3-8).

- *Simplicidad* (LI B 3, 17).

- *Inmutabilidad* (3S 21, 2: cfr. LI B 2, 36; 4, 6).

6.- *Incomparabilidad:* Enseña expresamente que la incomparabilidad, infinitud, incomprehensibilidad de Dios son verdades de fe (3S 12,1; 2S 9,1).Un ejemplo notable de esta identidad real y de sus aplicaciones a la vida práctica tenemos en 1S, c.4, donde en una serie de razonamientos bien concatenados y, además, bien anclados en la realidad existencial del hombre, habla, contraponiéndolos, de Dios y de las criaturas. Habla poniendo frente por frente ante todo “el ser” de entrambos. A continuación: la hermosura, la gracia y el donaire, la bondad, la sabiduría, el señoría y libertad de entrambos. Para concluir que quien se apega desordenadamente, es decir, con amor o afecto desordenado, a las realidades creadas no puede unirse en la medida de ese apego o asimiento desordenado, con Dios que trasciende, que sube inmensamente por encima de todo eso. Y esto sucede porque esa persona asida, atrapada por lo que no es Dios, se sitúa, se clava en esa “misma distancia” que hay “de todo lo que las criaturas son en sí a lo que Dios es en sí” (1S 5,1).En otro lugar habla Juan de la Cruz del simple ser de Dios y en ese *SER* es El todas las virtu-

des y grandezas y excelencias de sus atributos y presenta como en un canastillo los siguientes atributos: santo, piadoso, clemente, limpio, puro, verdadero, liberal, humilde (LI B 3, 6). Inmenso y profundo (2S 19, 1); inaccesible y escondido (CB 1, 12); omnipotente, sabio, bueno, misericordioso, justo, fuerte, amoroso (LI B 3, 2).

7.- Cuando en este lugar de LB 3, n.2 se pone a enumerar atributos divinos no se le olvida añadir: "etc.". Y después de poner "etcétera" indicando, como es lógico, que se omite lo que quedaba por decir, añade de inmediato: "y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos". Una referencia doctrinal-poética a la "innumerabilidad" de los atributos conjugada con otras "innumerabilidades" se puede ver en CB 37, 7, al desarrollar la comparación de "las granadas" símbolo de "los misterios de Cristo, y los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de Dios, que del conocimiento de estos misterios y juicios se conocen en Dios, que son innumerables".

8.- Dios Trino y Uno

La verdad de la trascendencia divina (del ser y de los atributos de Dios) no se le queda a Juan de la Cruz en un tema filosófico, o de corte más o menos racional. La verdad exacta aparece en toda su plenitud y eficacia cuando afirma: "... y como cada una de estas cosas (está hablando con toda profusión de atributos y más atributos divinos) sea el mismo ser de Dios en un solo supuesto suyo, que es el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo, siendo cada atributo de éstos el mismo Dios.." (LB 3,2).

Ante esta afirmación identificadora caen por su base todas las dificultades que se pudieran tener acerca de la doctrina del ser y de los atributos de Dios como es en sí y que trascienden el orden que llamamos natural, el ser de las criaturas, etc., Así es Dios en sí mismo y en la manifestación de lo que es en sí "se incluye la revelación del misterio de la Santísima Trinidad y unidad de Dios" (2S 27,1).

9.- Además de llevarnos a esta conclusión, con esas mismas palabras nos alerta suficientemente para caer en la cuenta de que toda su doctrina, todas sus afirmaciones sobre estos temas hay que saber llevarlas y reconducirlas al Dios de la salvación, del que sabemos por la revelación que es Amor, que es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aun en la afirmación más puramente filosófica no hay que quedarse en el Dios de los filósofos.

La vida íntima y trascendente de Dios, como es en sí, es la meta y la patria sobrenatural del hombre:

*"donde de el mismo deleite
que Dios goza, gozaría;
que, como el Padre y el Hijo
y el que de ellos procedía
el uno vive en el otro,
así la esposa sería
que, dentro de Dios absorta,
vida de Dios viviría"*

(Romance "in principio erat Verbum" versos 159-166)

El Dios trascendente con Quien se une el alma y en Quien se transforma no es sino el verdadero Dios Trino y Uno.

10.- Afirmaciones bien rotundas lo hacen ver del modo más claro: “para que pudiera llegar a la visión de Dios Trino y Uno, Dios ha creado el alma a su imagen y semejanza (CB 39, 4); y refiriéndose a la otra vida, asegura que no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las Tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado” (CB 39,3: véase también 2N 20,5: acerca del décimo grado de amor)

Lo mismo en esta vida, no se podrá hablar de unión y transformación perfecta en Dios, si no se uniese y transformase también en las Tres Personas de la Santísima Trinidad (CA 38,2 el texto más explícito que en CB 39,3).

11.- Una iluminación particular acerca de la trascendencia de Dios, además de ser una gracia o merced muy grande (CB 7,9-10), es por lo mismo una sacudida formidable en el campo del conocimiento y también de la palabra o del lenguaje (2N 17,6), de modo que deja a la intemperie más que nunca todo nuestro entender y nuestro decir acerca de la realidad de Dios, de su vida, de su misterio, de su acción convenciéndonos o haciéndonos ver que lo más que sabemos, que lo único que sabemos y podemos es “balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar a decir y dar a entender qué hay que decir” (CB 7,10: un no sé qué que quedan balbuciendo). Y otra cosa queda también clara: “... las cosas inmensas esto tienen: que todos los términos excelentes y de calidad y grandeza y bien le cuadran, mas ninguno de ellos le declaran, ni todos juntos” (CB 38,8).

12.- Juan de la Cruz hace una planificación de todo el campo doctrinal y de todo el camino espiritual a base de la trascendencia de Dios, y fundándose en los textos bíblicos de 1Cor 2, 9, y de Is 64, 4 y también de Heb 11, 6., como dejamos dicho en la Ficha al examinar textos básicos de su doctrina.

La sustancia viene a ser ésta: el mismo Dios de la visión beatífica: Dios Trino y Uno, es el que se une con el alma en este mundo: “no hay otra diferencia sino ser visto Dios o creído” (2S 9, 1)

13.- *Catequesis sanjuanista sobre la trascendencia* (Carta 13)

Doy este título a una carta de fray Juan. Un carmelita descalzo, cuya identidad desconocemos, escribe al santo diciéndole “los grandes deseos que le da nuestro Señor de ocupar su voluntad en solo él, amándole sobre todas las cosas” y le pide algunos avisos para poder conseguir este ideal. Fray Juan se alegra por tantos deseos y asegura que “mucho más me holgaré que los ponga en ejecución”.

Echándose a lo profundo recrea ante los ojos de su destinatario la doctrina de la trascendencia de Dios sobre todas las cosas buenas, suaves, convenientes y deleitables, la trascendencia de un Dios “incomprensible e inaccesible” a las fuerzas puramente humanas.

Para lograr que la voluntad se desprenda de todo y lo trascienda en vuelo teologal hacia Dios le hace saber que se une con Dios por el amor, empleando toda esta energía de voluntad en amar con todo afecto a Dios y “puramente sobre todas las cosas, lo cual es poner toda la fuerza de la voluntad en él”. No tiene que olvidar “que ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operación de la voluntad, porque es muy distinta la *operación* de la voluntad de su *sentimiento*: por la operación se une con Dios y se termina en él, que es amor, y no por el sentimiento y aprehensión de su apetito, que se asienta en el alma como fin y remate. Sólo pueden servir los sentimientos de motivos para amar, si la voluntad quiere pasar adelante, y no más; y así, los sentimientos sabrosos de suyo no encaminan al alma a Dios, antes la hacen asentar en sí mismos; pero la operación de la voluntad, que es amar a Dios,

sólo en él pone el alma su afición, gozo, gusto y contento y amor, dejadas atrás todas las cosas y amándole sobre todas ellas”. Sigue ampliando esta doctrina tan puramente teologal para terminar diciéndole: “Conviene, pues, saber, que el apetito es la boca de la voluntad, la cual se dilata cuando con algún bocado de algún gusto no se embaraza ni se ocupa; porque cuando el apetito se pone en alguna cosa, en eso mismo se estrecha, pues fuera de Dios todo es estrecho. Y así, para acertar el alma a ir a Dios y juntarse con él, ha de tener la boca de la voluntad abierta solamente al mismo Dios, vacía y desapropiada de todo bocado de apetito para que Dios la hincha y llene de su amor y dulzura, y estarse con esa hambre y sed de solo Dios, sin quererse satisfacer de otra cosa, pues a Dios aquí no le puede gustar, como es; y lo que se puede gustar, si hay apetito, digo: también lo impide. Esto enseñó Isaías cuando dijo: *todos los que tenéis sed, venid a las aguas*, etc., (55, 1) donde convida a los que de solo Dios tienen sed a la hartura de las aguas divinas de la unión de Dios, y no tienen plata de apetito”.

Y concluye la carta: “Mucho, pues, le conviene e importa a Vuestra Reverencia, si quiere gozar de grande paz en su alma y llegar a la perfección, entregar toda su voluntad a Dios, para que así se una con él, y no ocupársela en cosas viles y bajas de la tierra. Su Majestad le haga tan espiritual y santo como yo deseo”.

1.- Con versos del Cántico hemos ilustrado “la gracia de Dios”, “la unión por gracia”.

El poema de *La Fonte* compuesto en la cárcel de Toledo es una confesión ardiente de la trascendencia de Dios.

Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe.

*iQue bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!*

5 Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche.

En esta noche oscura de la vida,
que bien sé yo por fe la fonte frida,
aunque es de noche.

10 Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen della viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.

15 Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
20 aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente
25 bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

30 Bien sé que tres en sola una agua viva
residen, y una de otra se deriva,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
35 aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a escuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo
40 en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

Toda la composición es un ir proclamando y gustando contemplativo los misterios de la fe: desde Dios Uno y Trino hasta la Eucaristía, pasando por la creación del universo. Es un Credo, una oración, y un extraordinario canto con júbilo a la trascendencia de Dios.

PRESENCIA (O INMANENCIA) DE DIOS

1.- Dios, sumamente trascendente, es al mismo tiempo un Dios cercanísimo a nosotros, íntimamente presente en el hombre y en todas las cosas.

Por más que se enfatice, justamente, la trascendencia, no se excluyen sino más bien se incluyen y postulan estas dos realidades: trascendencia- presencia.

Y si del término abstracto bajamos al adjetivo concreto: trascendente presente y se lo aplicamos al Dios vivo aparecerá mucho más clara la afirmación: Dios es sumamente presente porque es sumamente trascendente. Su trascendencia es presencia en y desde lo contingente.

2.- Modos o especies de presencia

Juan de la Cruz enumera sencillamente con la tradición católica y espiritual: presencia natural; presencia sobrenatural; presencia por vía de afección espiritual. Cfr. CB 1, 6ss; CB 11, 2-3; muy claro; 2S 5, 3; LB, 4, 14ss).

Sustanciando de algún modo la doctrina tenemos: Con su presencia natural (= per inmensitatem: esencia, presencia, potencia) Dios se encuentra en "las criaturas todas, en la cual (=con la cual presencia) les está conservando el ser que tienen; de manera que si de ellas de esta manera faltase, luego (=inmediatamente, en ese mismo momento) se aniquilarían y dejarían de ser" (2S 5,3).

3.- Siendo el alma humana criatura, creada por la mano de Dios, del Amado (CB 4,3), se sigue que Dios está presente en todas las almas, "aunque sea la del mayor pecador del mundo"; por lo mismo, este tipo de presencia y de asistencia no falta nunca del alma (CB 11, 3-4).

Puede por tanto aun el alma más pecadora del mundo encontrar en esta seguridad y certeza un motivo de consuelo y un punto de partida para una revisión de su conducta y para una vuelta o retorno o conversión hacia Dios (cfr. CB 1,8: idea ésta muy fecunda para el aprovechamiento espiritual propio y para el ministerio pastoral).

4.- Con su presencia sobrenatural o por gracia, llamada también inhabitación de la Santísima Trinidad, "Dios mora en el alma agrado y satisfecho de ella" (CB 11,3).

No todas las personas, sigue enseñando Juan de la Cruz, tienen este tipo o clase de presencia divina "porque las que caen en pecado mortal la pierden. Y ésta no puede el alma saber naturalmente si la tiene" (CB 11,3).

5.- El tercer tipo o género de presencia es "por afección espiritual, porque en muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales de muchas maneras, con que las recrea, deleita y alegra" (CB 11, 3-4; LB 3,28).

Refiriéndonos en concreto a este último tipo de presencia, tenemos que el alma enamorada no sólo recibe visitas de afecto por parte de Dios sino que ella, a su vez, se hace presente a Dios y le hace llegar sus mensajes sirviéndose de sus deseos, afectos, lágrimas, oraciones, suspiros, etc., (cfr. CB 2,1; LB 3,28).

- Formulación

Juan de la Cruz afirma o presenta la verdad de la presencia de Dios de los dos modos bíblicos y tradicionales conocidos:

Dios está en las criaturas, en el alma, en el hombre; el hombre, el alma, las criaturas están presentes en Dios (CB 39,11; LB 4,5; CB 8,3; LB 3,28).

No hace falta decir que bajo las dos formulaciones inversas señaladas se enuncia una e idéntica verdad. Una de las páginas mejores sobre cómo están las cosas en Dios y cómo Dios está: moviendo, rigiendo y dando ser y virtudes y gracias y dones a todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual y presencial y sustancialmente”, puede verse en LB 4, 4-7).

- *Dimensiones*

Las dimensiones, por hablar de alguna manera, de la presencia de Dios se extienden tanto cuanto la realidad misma de la unión con Dios, siendo equivalentes a los efectos prácticos, y también en la teoría: unión y presencia (cfr. 2S 5, 3-5). Recubren todo el que se suele llamar orden natural y sobrenatural: naturaleza, gracia y gloria. Queda dicho en una de sus frases tan feliz como bien rodada: “así como con su presente ser da ser natural al alma y con su presente gracia la perfecciona, que también con su manifiesta gloria la glorifique” (CB 11,4).

Las tres presencias indicadas “todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida” (CB 11,3). Como sobrepuesta a estas tres presencias oscuras y encubiertas hay que añadir la presencia clara y descubierta de Dios en la visión beatífica: suprema aspiración y vocación del alma (cfr. CB 1,4 y CB las cinco últimas canciones: 36-40, y, prácticamente toda la Llama, es decir, la Llama en su línea esencial, dejando aparte lo que son digresiones y cuasi-digresiones).

Juan de la Cruz se da cuenta perfecta de toda la profundidad del misterio de la presencia sobrenatural de Dios en el hombre y de sus dimensiones cuando buscando la última razón explicativa de las riquezas encerradas en la unión más alta con Dios en este mundo se refiere insistentemente al hecho de que el alma es Dios por participación: “Y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación” (2S 5,7).”Está el alma hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida” (CB 22,3).”Dado que Dios le haga merced de unir-la en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación...” (CB 39,4).”Estando unida como está aquí con él y absorta en él, es Dios por participación de Dios” (LB 2,34).

Las mismas afirmaciones se repiten en proporciones de plenitud definitiva hablando de la visión beatífica y suprema manifestación de la presencia de Dios en los bienaventurados.

En verdad, el misterio de la presencia de Dios en el hombre no es otro que el de la participación, y sus perspectivas ilimitadas son las mismas.

- *Importancia*

La conciencia de las dimensiones de este misterio y la realidad de los efectos que comporta explican la importancia que le atribuye el santo y el lugar que ocupa en su doctrina y en su manuducción de las almas (cfr. CB 1,6).

Es significativo que se detenga a hablar expresamente de los varios modos de presencia de Dios cuando quiere iluminar toda su doctrina, temiendo que el lector no haya sido capaz de entenderle y de seguirle. Así hace, por ejemplo, en 2S c. 5

5.- En ese capítulo con carácter de paréntesis quiere hacer comprender qué entiende por unión del alma con Dios. Y entrando en materia no hace más que hablar de la presencia de Dios;

la presencia sobrenatural o por gracia que coincide con la unión sobrenatural del alma con Dios en todos sus grados. Y ¿esto por qué? Porque se trata de unirse del modo más alto posible en este mundo con un Dios presentísimo, no con un Dios ausente o lejano. Y está presentísimo por más trascendente que sea, mejor, está presentísimo porque es trascendentísimo.

El Cántico Espiritual parte del mismo punto de vista. El alma enamorada se lanza tras el Amado y se lamenta de la ausencia. El santo se acerca a ella para recordarle el misterio de la presencia de Dios, escondido, pero presente. La presencia de Dios y el lugar de su escondrijo orientarán los pasos del alma del modo más seguro (CB 1,8).

La Llama no es otra cosa que un coloquio amistoso con Dios presente, que se deja sentir del modo más cercano a la vida del cielo. Basta leer LB 1,1 y n.36 para convencerse plenamente.

Dios no está inactivo en el alma, y su trabajo no es sino amor comunicativo, según el principio siguiente: "cuando uno ama y hace bien a otro, hácele bien y ámale según su condición y propiedades" (LI B, 3, 6). Estando Dios en el alma, le hace las mercedes y le da las experiencias como quien él es, y como él quiere. Desde la altura de este axioma se lanza a afirmar la experiencia de Dios, Trino y Uno, la comunión con él desde el área de los atributos divinos: "...siendo él omnipotente, háctete bien y ámate con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría; y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace mercedes con santidad; y siendo él justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo él misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia y piedad y clemencia; y siendo él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como sea verdadero, sientes que te ama de veras; y como él sea liberal, conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interés, sólo por hacerte bien; y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma bondad y con suma estimación te ama, e igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias alegremente(Sab 6,17), con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: yo soy tuyo y para ti y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a tí" (LI B. 3, 6)

A través de esta página espléndida se puede ver la amplitud de la experiencia de Dios y cómo cada atributo divino enriquece a quien la recibe en su sensibilidad, en su mente, en todo su ser, impulsándole a vivir e imitar la bondad, la liberalidad, la humildad, la misericordia de Dios, etc.,

COMPARACIONES SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS

Ficha

80

1.- *Ideal acariciado, exigencias espirituales*

Como tantas veces para hacer más asequible y recordable su doctrina se sirve en este caso de no pocas comparaciones. Recojo aquí sólo tres de las más principales que han de ser consideradas con una lectura personal y directa:

- El sol (o rayo de sol) y el cristal (o vidriera): 2S 5,6-7

- El fuego y el madero (2N c.10-11; iS 11,6; 2S 8,2; LB, prólogo, n.3) el centro de la tierra y la piedra: (LB 1,11-13).

Dios es el sol, el fuego, el centro. El alma, la persona humana, es el cristal, el madero, la piedra. El primero y el segundo de estos parangones responden a la formulación: Dios está en el alma; el tercero sintoniza con la formulación inversa: el alma está en Dios, como dejamos dicho.

2.- El sol y el cristal

Una lectura elemental de esta parábola sanjuanista se puede presentar como sigue:

- Un hecho: “el rayo del sol dando en una vidriera”.
- Dos casos: 1º.) La vidriera tiene manchas o nieblas. El sol no la podrá iluminar, esclarecer y transformar en su luz. 2º.) La vidriera está limpia de todas aquellas manchas “y sencilla”. En este caso, el sol la podrá transformar en su luz plenamente.

Existe, pues, esta proporción: cuanto más manchas, tanto menos luz recibirá; cuanto más limpia, tanto más se llenará de luz.

En ambos casos la luz es idéntica, pero los efectos son diversos según el estado en que se encuentre la vidriera. En el segundo supuesto: si la vidriera está limpia, pura y tersa del todo, “de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo. Aunque, a la verdad, la vidriera, aunque se parece al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del mismo rayo; mas podemos decir que aquella vidriera es rayo o luz por participación.”

Aplicación: el alma es como la vidriera; el sol es Dios.

- Un hecho: en el alma siempre está morando “esta divina luz del ser de Dios por naturaleza”. Quitadas las tinieblas y manchas del pecado mortal Dios-luz mora también en el alma por su gracia.
- Dos casos: 1º.) El alma tiene manchas de pecados veniales e imperfecciones. La luz de Dios no la iluminará totalmente. 2º.) el alma quita, con la ayuda de Dios, todo velo o mancha de creatura y une su voluntad perfectamente con la de Dios, “queda esclarecida y transformada en Dios, y le comunica Dios su ser sobrenatural de tal maneja, que parece el mismo Dios y tiene lo que tiene el mismo Dios...; todas las cosas de Dios y del alma son unas en transformación participante. Y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación”.

3.- Segunda y tercera comparación

No hace falta que nos detengamos en la exégesis detallada de las otras dos comparaciones. Únicamente hay que advertir que tienen más dinamismo que la anterior. La del madero, en concreto, representa bien todo el camino a recorrer en la transformación. Logradísima la descripción de los diversos momentos de la “embestida” del fuego sobre el madero hasta que logra, sucesivamente, apoderarse de él y “transformarlo en sí y ponerle tan hermoso como al mismo fuego”.

“Las muchas cosas” que, filosofando, como él dice (n.2), saca de la comparación las encierra de inmediato en siete puntos (Ibid., nn.3-9) y en los capítulos siguientes no hace más que usufructuar la comparación que lleva “delante de los ojos” (Ibid., n.10).

La comparación de la piedra y el centro de la tierra le viene muy bien para explicar el verso: *de mi alma en el más profundo centro*. Y saca buen partido de la comparación, partiendo, según sus

conocimientos de la física, de la ley de atracción de las materias semejantes. La gravitación mueve a la piedra “al centro de su esfera”, hasta el medio de la tierra y allí llegará si se le quitan los impedimentos que puede encontrar en su camino, en su recorrido.

“El centro del alma es Dios”, trascendente en este caso con la trascendencia especial que significa no poder alcanzarle en plenitud sino en el más allá. “El amor es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios”.

Al final de la comparación sanjuanista de la piedra y el centro más profundo aparece una vez más el símil del cristal limpio y puro embestido de tal manera de la luz que, por la copiosidad de la luz que recibe, “venga él a parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede recibir de ella, que es venir a parecer como ella” (LB 1,13).

4.- El ideal acariciado

Por cuanto vamos diciendo se perfila claramente cuál puede ser el ideal de quien quiere llegar a la unión perfecta con Dios. Juan de la Cruz se ha encargado de configurar ese mismo ideal señalando que consistirá en tener en sí y en unirse con Dios que mora y asiste en el alma: solo, agrado, contento, satisfecho, como en casa propia, mandándolo y rigiéndolo y gobernándolo todo.

Propone e ilumina este ideal en LB 4, 14. En una distribución sinóptico-pedagógica del texto se pueden apreciar las siguientes afirmaciones:

– *Hecho universal y su razón de ser*

Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas; porque, si esto no fuese, no podrían ellas durar. Hay diferencia en este morar, y mucha: “en unas mora solo; en otras no mora solo; en unas mora agrado; en otras mora desagradado; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo. En otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar nada ni hacer nada”.

A continuación se puntualiza con sentido práctico: “El alma donde menos apetitos y gustos moran propios es donde él más solo y más agrado y más como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola y tanto más secreto mora, cuanto más solo”. El lenguaje sanjuanista es limpidísimo. La proporción directa establecida: tanto más secreto, cuanto más solo, la explica y matiza el mismo santo. Hay que advertir que la realización o no de cualquier punto de los propuestos trae consigo también la realización o no de todo lo demás. Se da una especie de circulación de su contenido, algo así como en el caso de vasos comunicantes. Así, por ejemplo, el vivir la soledad espiritual tal como el santo la entiende (cfr. CB canciones 31 y 35) hace que se den todas esas cosas juntas: que Dios esté agrado, como en casa propia, gobernando y rigiendo, etc., El que Dios gobierne y rija y mande trae consigo el estar solo y agrado, y así sucesivamente.

Lo mismo funciona el engranaje o mecanismo negativo: cuando no está solo porque nosotros no estamos solos, no está agrado, no está como en su casa, etc. En definitiva: todo esto es inseparable para bien o para mal. Cada persona para entender lo que aquí se nos propone podrá examinar, a elección, el aspecto que más le diga: solo, agrado, etc.

5.- Exigencias y consejos prácticos

Las exigencias espirituales y prácticas para lograr esta meta de unión y de presencia a Dios y con Dios son idénticas a las que nacen o se originan del hecho de la trascendencia de Dios. Esto mismo demuestra una vez más que Dios es y puede estar sólo tan íntimamente presente y operante en sus criaturas porque es tan altamente trascendente.

Consejos prácticos encaminados a mantener viva esa conciencia de Dios presente, menudean en las Obras de Juan de la Cruz: ejemplos: primera parte de la carta del 8 de julio de 1589 a la madre Leonor de san Gabriel; 2S 5, 4, 6-7-8; 3S 23, 4; CB 1, 6-7, 8-9-10-11; LB 4, 15, etc., sin olvidar no pocos de sus avisos o “Dichos de Luz y Amor”, supliendo por todos esta elevación, aunque no sea un consejo práctico sino indirectamente: “¡Señor Dios mío!, no eres tú extraño a quien no se extraña contigo; ¿cómo dicen que te ausentas tú?” (n.54).

Juntamente como consignas y como visión práctica de lo que puede hacer el recuerdo y la fe y estima de la presencia de Dios, del Espíritu Santo en una persona, es estupenda la invitación que hace a una monja carmelita descalza atormentada por los escrúpulos. En la Ficha Epistolario queda ya examinada.

Desde o a través de los consejos prácticos y de dirección espiritual que daba el santo en relación con el ejercicio de la presencia de Dios se echa de ver que los principales agentes de esa intimidad con Dios son las virtudes teologales, ya que ellas “integran, orientan, impulsan y transforman la persona y la vida, confiriéndoles una proyección total hacia Dios”.

En este sentido el consejo que da a otra carmelita descalza, Leonor de San Gabriel, y la reflexión que le hace es un monumento:

“... por cuanto los bienes inmensos de Dios no caben ni caen sino en corazón vacío y solitario, por eso la quiere el Señor porque la quiere bien, bien sola, con gana de hacerle él toda compañía. Y será menester que Vuestra Reverencia advierta en poner ánimo en contentarse sólo con ella, para que en ella halle todo contento; porque, aunque el alma esté en el cielo, si no acomoda la voluntad a quererlo, no estará contenta; y así nos acaece con Dios, aunque siempre está Dios con nosotros, si tenemos el corazón aficionado a otra cosa, y no solo” (Cta. 15, 8-7-1589).

En este pasaje tan rico de contenido aflora, como se ve, el tema de *la soledad de amor*:

“*corazón vacío y solitario*”, de las ganas que tiene Dios de hacernos “*toda compañía*”, etc.,

- Conclusión

El progreso en la vida espiritual se identifica con un proceso de interiorización en busca de la presencia de Dios, mejor, en busca de Dios presente, de Dios que se hace presente hasta con el sentimiento de ausencia que provoca (mal de ausencia) en el alma.

La realidad de Dios presente (= dinámicamente presente y actuante) ha de pautar toda la vida espiritual del cristiano, con los mismos fueros del Dios trascendente.

LA CONDESCENDENCIA DE DIOS (I)

1.- He de decir que escoger como tema fundamental sobre el Dios de san Juan de la Cruz la condescendencia no es nada habitual. Comencé a hacerlo ya hace más de veinte años, y desde entonces he escrito no poco sobre esta materia. Cada día estoy más seguro de que es una clave perfecta para estudiar y entender a San Juan de la Cruz. Y creo que el de la condescendencia de Dios hacia el hombre es el camino práctico, y el estilo de Dios para, sin dejar de ser trascendente, hacerse lo más presente posible en el hombre, sirviéndose máximamente de la madeja de pensamientos, palabras y obras de la criatura humana, hablándole así su lenguaje. Por ser menos explorado este punto por otros sanjuanistas, va a ser más amplia la exposición.

2.- Tema viejo éste de la condescendencia o synkatábasis divina. Afortunadamente reapareció solemnemente en el Concilio Vaticano II, de la mano de san Juan Crisóstomo, en la Constitución conciliar *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación:

“Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable condescendencia de Dios, “para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita”.

La palabra de Dios expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres” (n.13).

3.- En realidad, el paso conciliar no presenta mayor novedad frente a lo que ya se leía en la “Divino Afflante Spiritu” de Pío XII, del 30 de setiembre de 1943. Hablando de los géneros literarios en la Sagrada Escritura se llega a esta especie de planificación doctrinal: “porque a la manera como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todo “excepto el pecado” (Hb 4,15), así las palabras de Dios expresadas por lenguas humanas se han hecho en todo semejantes al lenguaje humano, excepto en el error; y esto fue lo que ya san Juan Crisóstomo exaltó con suma alabanza como una synkatábasis o condescendencia de Dios providente, y afirmó que se da una y muchas veces en los Libros Sagrados” (AAS 35 (1943), p 316).

Volviendo al texto conciliar transcrito, hay que decir que viendo en las *Actas del Concilio*, el primer esquema *De fontibus revelationis* (1962 -vol I, parte III, 14); el segundo, reformado, *De divina revelatione* (1963 -vol. III, parte III, 782); el tercer texto, enmendado, (1964 - vol. III, parte III, 69); el texto aprobado, en sesión pública, del 18 de noviembre de 1965 (vol. IV, parte VI, 597), viendo todo esto y recorriendo también las intervenciones de los Padres, los modos propuestos y admitidos al texto, hay que decir que los cambios o retoques de ese paso concreto fueron pocos y muy poco significativos.

Esto subraya más y mejor la posesión pacífica de la doctrina de la condescendencia divina tal como se la propone y contrasta con los momentos dramáticos por los que pasó la Constitución entera.

4.- La encarnación de Dios en palabras escritas o habladas y en la naturaleza humana se llama y es, pues, condescendencia o bajada de Dios hasta el hombre con vistas a la salvación y exaltación del hombre mismo.

Se da, por consiguiente, esta condescendencia en la Biblia y en el misterio del Dios hecho hombre que se llama Jesucristo.

5.- Terminología sanjuanista

Juan de la Cruz no usa nunca el sustantivo *condescendencia*; el verbo *condescender* lo usa cinco veces diciendo que Dios *condesciende*. Otra vez lo usa hablando de los padres espirituales que no aprueban ni condescienden con ideas o caprichos de sus dirigidos. En san Juan de la Cruz la realidad de la condescendencia divina se estructura y matiza dentro del itinerario espiritual de las almas. Aunque trate el tema más detenidamente en un par de casos, el espíritu de la condescendencia divina y su capacidad de ejemplaridad pedagógica para el hombre viandante está impregnando y como encauzando cuanto escribe el doctor místico. Según va desarrollando el tema, desde su punto de vista práctico, lo va iluminando con la Biblia. Esto hablando en general.

6.- Contexto especial

El tema-tema de la condescendencia de Dios lo aborda en un contexto muy especial y que hoy no nos resulta ni tan grato ni nos parece tan corriente. Su planteamiento es tajante:

Dios da a las almas visiones sobrenaturales imaginarias. No se las da ni para que las quieran tomar, ni para que se arrimen a ellas, ni para que hagan caso de ellas. Entonces, ¿para qué se las da, pues con ocasión de ellas, lo mismo que de otros fenómenos parecidos, puede el alma caer en muchos yerros y peligros, o por lo menos en multitud de inconvenientes? (2S 16,13). Este es el tono de la duda. Promete responder a ella y afirma resuelto: “es de harta doctrina bien necesaria” no sólo para los dirigidos sino también para los directores y padres espirituales. Pesadilla doble sanjuanista ésta: director y dirigidos/as; confesor y confesados/as; padres e hijos/as espirituales.

Y todo esto con una capacidad insospechada en los padres de influir en los hijos el propio espíritu con todos sus defectos, corregidos no, aumentados sí (2S 18, 5-6; LB 3, 30).

7.- La necesidad de este adoctrinamiento le lleva a impartirlo, además de otros factores, por la poca discreción que ha echado de ver “en algunos maestros espirituales” (2S 18,2), que dan consigo y con sus dirigidos y dirigidas en laberintos inimaginables y caen en confusionismos absurdos.

Al resolver la duda enseñará “el estilo” y fin que Dios lleva en este tipo de comunicaciones especiales a las almas; “el cual por no lo saber ruchos, ni se saben gobernar ni encaminar a sí ni a otros en ellas a la unión” con Dios.

8.- El capítulo destinado a desatar la duda propuesta se intitula: “En que se declara el fin y estilo que Dios tiene en comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos, en lo cual se responde a la duda que se ha tocado” (2S c.17).

La duda particular propuesta queda generosamente rebasada al encuadrarla en una perspectiva total más amplia y rica.

Para explicar bien las cosas hace intervenir a los dos protagonistas de siempre: Dios y el hombre.

Dios quiere levantar al hombre de su bajeza a su divina unión. Este es el intento divino. La sabiduría de Dios toca desde un fin a otro fin, desde un extremo a otro extremo. Nada escapa a su control ni a su alcance. Nada le coge por sorpresa. Su providencia y providencia son exactísimas. Esa “providencia” y cuidado que se invocaban en el texto conciliar transcrito.

9.- Dios es sapientísimo y, además, amigo de apartar a las personas de tropiezos y lazos en el camino hacia él. ¿Por qué, entonces -y aquí de nuevo replantea la duda- ofrece y comunica a las

almas las mencionadas visiones imaginarias sobrenaturales si en ellas pueden encontrarse y de hecho se encuentran con tantos inconvenientes y peligros?

Estos deterioros y peligros o fenómenos peyorativos interesan y afectan a virtudes tan fundamentales como la humildad y la fe que se ponen en gran contingencia de averiarse (2S 18, 2). Por lo mismo este proceder divino puede antojársenos extraño y contrastante. Pero no lo es. Para demostrar lo contrario, los tres fundamentos que invoca, integrados en uno, nos dan la motivación, el peso y la medida y el alcance de la condescendencia divina. Es decir, de su adaptación o acomodación al modo de ser y obrar del hombre.

Tres fundamentos doctrinales

- “Quae autem sunt, a Deo ordinatae sunt” (Rm 13,1), que traduce así: *las obras que son hechas, de Dios son ordenadas*”. El texto paulino se refiere a las autoridades o potestades civiles ordenadas o constituidas por Dios. Juan de la Cruz, basándose en una lectura especial dentro de la Vulgata misma (“ordinatae” en vez de “ordinatae”) hace así de este paso el primer fundamento de su argumentación.
- La sabiduría de Dios *dispone todas las cosas con suavidad* (Sap 8, 1) “Y es como si dijera: la Sabiduría de Dios, aunque toca desde un fin hasta otro fin, es a saber, desde un extremo hasta otro extremo, *dispone todas las cosas con suavidad*”.
- Estos dos primeros fundamentos los toma de la Biblia; el tercero y último es de los teólogos que dicen: *Dios mueve todas las cosas al modo de ellas* (OC, p.270. notas 2 y 3).

11.- Aplicando estos principios al caso “hombre”, a lo antropológico, tenemos que Dios para mover y levantar al hombre desde el fin y extremo de su bajeza al otro fin y extremo de su alteza en su divina unión, tiene que hacerlo *ordenada y suavemente y al modo de la misma persona humana*. No sólo, pues, de la humanidad o de la especie humana sino de la persona humana, de cada persona humana.

Estas, tales son las vías pedagógicas de Dios, y a ellas se atiende ordinariamente, respetando el curso y orden que lleva el hombre en su conocer y saber por medio de los sentidos a través de las formas e imágenes de las cosas creadas. Y así va manifestando y ejercitando su condescendencia.

Por eso “para levantar Dios al alma al sumo conocimiento, para hacerlo suavemente ha de comenzar a tocar desde el bajo y fin extremo de los sentidos del alma, para así ir la llevando al modo de ella hasta el otro fin de su sabiduría espiritual, que no cae en sentido” (2S 17, 2-3).

12.- Acomodándose Dios a este proceso antropológico tan connatural y a la psicología del hombre que Él ha creado, se comprende cómo y por qué va llevando al alma instruyéndola primero por formas, imágenes y vías sensibles, a su modo de entender, ahora naturales, ahora sobrenaturales y por discursos hasta el sumo espíritu de Dios. Esta es la causa por que Dios da las visiones y formas, imágenes y demás noticias sensitivas. Le gustaría a Dios dar luego “en el primer acto la sabiduría del espíritu, si los dos extremos, cuales son humano y divino, sentido y espíritu, de vía ordinaria pudieran convenir y juntarse con un solo acto. Pero han de intervenir primero otros muchos actos de disposiciones que ordenada y suavemente convengan entre sí, siendo unas fundamento y disposición para las otras, así como en los agentes naturales (cfr. 2N 9,1; 2N 10, 1ss: donde a través del símil poderoso del fuego y del madero se ilustra toda esta doctrina); y así las primeras disposiciones sirven a las segundas y las segundas a las terceras” y así sucesivamente.

13.- Como se ve por todos estos pasos el sujeto agente que va llevando, instruyendo, al hombre, es Dios mismo que así va “perfeccionando al hombre al modo del hombre, por lo más bajo y exterior hasta lo más alto e interior” (2S 17, 3-4). Sin mayores comentarios se capta de inmediato cómo se va entrelazando la acción de Dios con lo antropológico, sirviéndose Dios de su pedagogía ordenada, suave y adaptada al hombre para beneficio y promoción de ese mismo hombre.

14.- *Aplicaciones concretas*

A continuación ofrece una secuencia mucho más pormenorizada de lo que ya ha dicho en sustancia, es decir, hace ver cómo funciona esa acción de Dios por la que se va el hombre recogiendo y perfeccionando o promoviendo sucesivamente. Se comienza por los sentidos externos.

Va Dios perfeccionando esos sentidos corporales del hombre: ver, oír, oler, gustar y tocar “moviéndolos a que use de buenos objetos naturales perfectos exteriores”. Los ejemplos que pone son muy simples: oír sermones, misas; ver cosas santas; mortificar el gusto en las comidas; macear con penitencias y santo rigor el tacto”. En esta moción de Dios entra lo de hacerlo con orden, suavidad y acomodación al hombre. Y en esto ya tenemos indicado el tono de lo que se puede llamar la ascética sanjuanista: orden, suavidad y discreción, o sea, acomodarse al sujeto que va siendo llevado adelante.

15.- Sigue Juan de la Cruz trazando, o, mejor, examinando el trazado del camino del hombre bajo esa acción de Dios. Ya algo dispuestos los sentidos exteriores, los suele Dios perfeccionar más, haciéndoles algunas mercedes sobrenaturales y regalos para confirmarlos más en el bien, ofreciéndoles algunas comunicaciones sobrenaturales, así como visiones de santos o cosas santas corporalmente; olores suavísimos y locuciones y en el tacto grandísimo deleite”.

El fin y fruto de estas intervenciones divinas es “que se confirma mucho el sentido en la virtud y se enajena del apetito de los malos objetos”, Valor, pues, positivo y negativo por los efectos de promoción o desarraigo que producen esas intervenciones divinas.

16.- *Sentidos corporales internos*

En el camino sucesivo de interiorización vienen los sentidos internos de la imaginativa y fantasía. “Juntamente se los va Dios perfeccionando y habituando al bien con consideraciones y discursos santos, y en todo esto instruyendo al espíritu” (2S 17,4).

Dispuestos ya con este ejercicio natural del discurso y meditación imaginaria, suele Dios ilustrarlos y espiritualizarlos más con algunas visiones imaginarias, en las cuales juntamente se aprovecha mucho el espíritu y se va desenrudeciendo y reformando poco a poco. Así va llevando Dios de grado en grado al alma hasta lo más interior (2S 17, 4-5). La vía ordinaria es así, conforme a lo dicho.

17.- Juan de la Cruz que insiste tan meticulosamente en el recorrido, ciñéndose al “hombre mismo” sabe de sobra y allí lo dice que aunque esto sea así, Dios es muy quien para hacer excepciones y que “a veces hace Dios uno sin otro, y por lo más interior lo menos interior, y todo junto, que eso es como Dios ve que conviene al alma o como le quiere hacer las mercedes” (ibid., n.5). Un caso estrepitoso de verdadera excepción por lo que se refiere a favores o comunicaciones sobre o preternaturales a los sentidos externos es el de santa Teresa, en la que tanto abundarán las visiones imaginarias, pero que no tiene ninguna (ni visión ni locución, etc.) por vía de los sentidos externos.

18.- En todo este proceder lleno de condescendencia divina importa mucho subrayar la acción ininterrumpida de Dios sobre el alma a través de esos canales o vehículos de los sentidos y de las

aprensiones sensibles, exteriores e interiores, naturales y sobrenaturales, dándoles o quitándoles objetos o sustituyéndoselos, “como al niño, dirá el santo, que, por desembarazarle la mano de una cosa, se la ocupan con otra porque no llore dejándole las manos vacías” (3S 39,1). Dios, va en definitiva: instruyendo, haciendo espiritual, perfeccionando, llevando, arrastrando hacia sí a todo el hombre por mediación de sus sentidos.

19.- Queda así delineada la condescendencia de Dios y clarificado el por qué del proceder divino que es, por los cuatro costados, tan exquisitamente humano. Es tan esclavo Dios, siendo tan libre, de este comportamiento que él mismo se ha impuesto al respetar la psicología humana de la que, por otra parte, es también el autor o estructurador, que uno se queda maravillado. “Y esto se crea, dice, que si nuestro Señor no hubiese de llevar el alma al modo de la misma alma..., nunca le comunicaría la abundancia de su espíritu por esos arcaduces tan angostos de formas y figuras y particulares inteligencias, por medio de las cuales da el sustento al alma por meajas” (2S 17,8).

Saber que el alma tiene capacidad infinita para recibir (2S 17,8) y que más propio y ordinario le es a Dios -ex parte Dei- comunicarse al espíritu... que al sentido (2S 11,2) y ver que prefiere seguir el camino de esa condescendencia aumenta más la sorpresa, conociendo por otra parte que Dios establece las excepciones que a él se le ocurren y de las que nadie puede pedirle cuentas, pero aun en esos casos acondicionará por dentro a las personas para, de hecho, poder acomodarse a ellas en particular.

LA CONDESCENDENCIA DE DIOS (II)

Ficha

82

Comportamiento humano y comportamiento divino

1.- ¿Cómo ha de comportarse el hombre frente a esos dos mundos o tipos de actividades a que se ha referido el santo últimamente al hablar de los sentidos interiores?

Respuesta: por lo que se refiere al ejercicio de la meditación y discurso natural con los que comienza a buscar a Dios, es claro que hay que dejarlo sólo en la sazón y tiempo debidos, según las normas y señales que el mismo santo establece con todo cuidado (2S cc.13-15).

2.- Pero, frente a todo lo que le llega por caminos sobrenaturales o preternaturales hay que tomar medidas radicales y de la más plena eficacia: renunciar a todas esas comunicaciones con humildad y recelo. En este comportamiento no hay ninguna imperfección ni propiedad, sino todo lo contrario, es decir: perfección, desapego, desapropio y puerta abierta para nuevas y más altas mercedes y favores divinos (2S 11, 7-11; 2S 16, 10-12).

Precisamente en relación con el estilo de Dios que, siempre movido por su condescendencia y adaptación al hombre, le lleva a conceder a quienes él quiere comunicaciones sensitivas e imaginarias, nace a veces una pila de complicaciones muy serias, de las que son culpables y víctimas las almas y más culpables y responsables aún quienes las gobiernan y dirigen, mejor aún, las mal-

dirigen o desgobiernan o desencaminan en lugar de encaminarlas y bien-guiarlas, como es su obligación por razón de su oficio (LB 3,56).

3.- De hecho, en la cadena de defectos que se van engarzando sucesivamente en la conducta del padre espiritual, que estima o aprecia más de lo debido las visiones o revelaciones sobrenaturales, hay un defecto peligrosísimo que el doctor místico puntualiza y denuncia así:

“Y no sólo eso sino que ellos mismos, como ven que las-dichas almas tienen tales cosas de Dios, les piden que pidan a Dios les revele o les diga tales o tales cosas tocantes a ellos o a otros, y las almas, bobas, lo hacen pensando es lícito quererlo saber por aquella vía.

Que piensan que, porque Dios quiere revelar o decir algo sobrenaturalmente como él quiere o para lo que él se quiere, que es lícito querer que nos lo revele y aun pedírselo” (2S 18,7).

4.- A un Juan de la Cruz tan suave y dulce esto lo saca de quicio y, apenas denunciado este sistema impropio que significa al menos pecar venialmente (2S 21, 4), promete atacar a fondo la cuestión: “... diremos y probaremos después cómo, aunque Dios responde a veces a lo que se le pide sobrenaturalmente, no gusta de ello, y cómo a veces se enoja, aunque responda” (2S 18,9).

5.- Llegado al punto de “decir y probar” repropone el tema cargando cada vez más la mano: “Capítulo 21 en que se declara cómo, aunque Dios responde a lo que se le pide algunas veces, no gusta de que usen de tal término. Y prueba cómo, aunque condesciende y responde, muchas veces se enoja”.

Entrando ya en faena, declara: “... aunque les responde, ni es buen término ni Dios gusta de él, antes disgusta; y no sólo eso, mas muchas veces se enoja y ofende mucho” (2S 21,1). Así tenemos a Dios abocado al enojo y a Juan de la Cruz recogiendo una nueva duda: “diréis: pues, si así es que Dios no gusta, ¿por qué algunas veces responde Dios?”

Contestación: “digo que algunas responde el demonio. Pero las que responde Dios, digo que es por la flaqueza del alma que quiere ir por aquel camino, porque no se desconsuele y vuelva atrás, o porque no piense está Dios mal con ella y se sienta demasiado, o por otros fines que Dios sabe, fundados en la flaqueza de aquel alma, por donde ve que conviene responder y condesciende por aquella vía.”

6.- Con esta aclaración quedan identificados los motivos por los que Dios es capaz de hacer algo que no le gusta. Todos ellos: flaqueza del alma, riesgo de desconsuelo, desánimo, etc., están claramente proclamando la condescendencia de Dios, una condescendencia muy concreta, es decir, hacia unas personas bien caracterizadas. No se trata, pues, de una condescendencia con la naturaleza humana, así en abstracto o en general, sino de una condescendencia personalizada.

7.- A través de esta aclaración se intuye también la peligrosidad, la zona y el punto de peligrosidad hasta donde Dios lleva o extiende su condescendencia.

Junto al caso que lleva en la mente y en la pluma relativo a la gente que pide a Dios revelaciones, respuestas, comunicaciones, sitúa otro, en el cual también Dios cede o accede, y también de mala gana:

“... como también lo hace con muchas almas flacas y tiernas, en darles gustos y suavidad en el trato con Dios muy sensible, según está dicho arriba; mas no porque él quiera ni guste que con

él se trate con ese término ni por esa vía. Mas a cada uno da, como habemos dicho, según su modo; porque Dios es como la fuente, de la cual cada uno coge como lleva el vaso, y a veces las deja coger por esos caños extraordinarios; mas no se sigue por eso que es lícito querer coger el agua por ellos, si no es al mismo Dios, que la puede dar cuándo, cómo y a quien él quiere y por lo que él quiere, sin pretensión de parte. Y así, como decimos, algunas veces condesciende con el apetito y ruego de algunas almas que, porque son buenas y sencillas, no quiere dejar de acudir por no entristecerlas, mas no porque guste de aquel término” (2S 21,2).

LA CONDESCENDENCIA DE DIOS (III)

Ficha



“Condescendencia enojada”. Iluminación bíblica

1.- Acaba de hablar de condescendencia disgustada, enojada de Dios ¿Encuentra Juan de la Cruz fundamento en la Biblia para afirmar este tipo de condescendencia enojada de Dios?, o, mejor, condescendencia de un Dios enojado?

Lo encuentra y se remite al caso bien claro para él, cuando se habla de la institución de la monarquía en Israel. El pueblo pide un rey a Samuel (1 Sam 8, 1ss). Disgustó a Samuel que dijeran los ancianos de Israel que habían ido a hablarle: “Danos un rey para que nos juzgue”, e invocó a Yahvé. Y recibió esta contestación: “Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te han rechazado a tí, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos... Escucha, sin embargo, su petición”. Y después del diálogo de Samuel con el pueblo y de la obstinación del pueblo en querer un rey, Yahvé dijo a Samuel: “Hazles caso y dales un rey” (1Sam 8,22).

Ejemplo claro éste de esa condescendencia de Dios que concede cosas a disgusto y que no nos convienen.

2.- A continuación de su alegato bíblico dice como iluminando su doctrina desde la misma Biblia: “A la misma manera condesciende Dios con algunas almas, concediéndoles lo que no les está mejor, porque ellas no quieren o no saben ir sino por allí” (2S 21,3).

Antes de la referencia bíblica ha puesto un ejemplo, una comparación casera: “Tiene un padre de familia en su mesa muchos y diferentes manjares y unos mejores que otros. Está un niño pidiéndole de un plato, no del mejor, sino del primero que encuentra; y pide de aquel porque él sabe comer de aquél mejor que de otro. Y, como el padre ve que aunque le dé del mejor manjar no lo ha de tomar, sino aquél que pide, y que no tiene gusto sino en aquél, porque no se quede sin su comida y desconsolado, dale de aquél con tristeza” (2S 21,3).

3.- Las palabras son serias: tristeza, mala gana, disgusto acompañan el comportamiento de Dios en estos casos: “... condesciende Dios con algunas almas, concediéndoles lo que no les está mejor, porque ellas no quieren o no saben ir sino por allí. Y así, también algunas alcanzan ternuras y suavidad de espíritu o sentido, y dáselo Dios porque no son para comer el manjar más fuerte y

sólido de los trabajos de la cruz de su Hijo, a que él querría echasen mano más que a otra alguna cosa” (2S 21,3).

4.- Cabe preguntarse: ante este tipo de condescendencia divina, ¿por cuál de las dos actitudes defectuosas de los hombres sienten Dios y Juan de la Cruz, su profeta, mayor disgusto? Responde el profeta sin titubeos: “... querer saber cosas por vía sobrenatural, por muy peor lo tengo que querer otros gustos espirituales en el sentido” (2S 21,4).

Rota una lanza a favor de la razón natural, de la ley y doctrina evangélica y del recurso concreto, mejor y más seguro en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades cual es “la oración y esperanza que él proveerá por los medios que él quisiere” (2S 21, 4-5), y no por los que casi como a la fuerza y caprichosamente le imponen algunas personas, recurre a la Escritura para probar aún más y mejor con algunas autoridades-hechos de la misma que Dios se molesta aunque condesciende o contemporice “enojado con los apetitos de las almas” (2S 21, 6-7ss).

5.- Los textos y hechos bíblicos los toma de 1 Reg. 28,6ss: 1Sm: la evocación de Samuel, ya muerto, por la pitonisa a instancias de Saúl: “se enojó Dios”, aunque permitió que apareciera Samuel. Núm. 11, 32-33: aunque les envió las carnes que pedían, las codornices, se enojó mucho contra ellos, como luego se lee en el salmo 78, 26-31: “la cólera de Dios estalló contra ellos”. Núm. 22,32: el caso de Balam, contra el que se enojó el Señor porque fue a los madianitas, “aunque (le) dijo Dios que fuese, porque tenía él gana de ir y lo había pedido a Dios” (2S 21, 6).

6.- Como quien saca una conclusión (de todos estos casos y del anteriormente referido de la petición de un rey para el pueblo) para él clara y amplia, dice: “De esta manera y de otras muchas condesciende Dios enojado con los apetitos de las almas” (2S 21,7). Y como queriendo aún apoyarse y arrimarse más a la Escritura (LB, prólogo, n.1), dice: “De lo cual tenemos muchos testimonios en la Sagrada Escritura, y sin eso, muchos ejemplos”. Escritura y experiencia. “Pero no son menester en cosa tan clara”. No son menester, viene a decir, ni más testimonios de la Biblia ni ejemplos sacados de su experiencia. De esto último nos hubiera gustado conocer más casos de los que podemos rastrear por su biografía.

7.- Volviendo a lo práctico toda su intencionalidad añade: “Sólo digo que es cosa peligrosísima, más que sabré decir, querer tratar con Dios por tales vías, y que no dejará de errar mucho y hallarse muchas veces confuso el que fuere aficionado a tales modos” (2S 21,7). Y en última instancia apela a la experiencia de quienes se hayan aventurado por esos caminos raros: “y esto, el que hubiere hecho caso de ellos me entenderá por la experiencia” (Ibid. n.7).

Culminación en Cristo

1.- Sin esquivar ninguna dificultad doctrinal que se le pueda poner, aunque nazca, o precisamente porque nace de sus mismas afirmaciones bíblico-rationales-experienciales, afronta otra duda, ante la que da la impresión de crecerse, no de amilanarse: “Capítulo 22 en que se desata una duda, cómo no será lícito ahora en la ley de gracia preguntar a Dios por vía sobrenatural, como lo era en la ley vieja. Pruébese con una autoridad de san Pablo”. Estamos ante uno de los mejores, si no el mejor, capítulo de Juan de la Cruz, lleno de vibraciones y de entusiasmo.

El careo que hace entre el antiguo y el nuevo Testamento, entre la ley vieja y la ley nueva y de gracia, entre la ley de Moisés y la ley evangélica, se resuelve a base de la realidad o acontecimiento salvífico que es Cristo que había de venir y que, ya llegado, permanece como plenitud y culminación de cualesquiera visiones, revelaciones, manifestaciones, comunicaciones, entregas parciales de Dios “porque en darnos, como nos dio a Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar” (2S, 22, 3: aquí se impone una lectura directa y pormenorizada de todo el texto sanjuanista, de la interpelación del Padre eterno, de la distinción entre el Antiguo y nuevo Testamento, etc.: 2S 22, 3-8).

2.- La condescendencia peligrosa de Dios señalada en los dos campos de búsqueda de nuevas revelaciones o de gustos y contentos sensibles frente a Palabra definitiva y a la ciencia sabrosa y suprema de la Cruz, respectivamente, queda rebasada y ultrasuperada por la condescendencia suprema positiva y benévola y auténtica de Dios. Realmente, y este es el evangelio de Juan de la Cruz, no se puede pedir más.

Esa condescendencia hecha hombre es y se llama Jesucristo en quien se funden la palabra y la obra, el hecho, el acontecimiento Cristo con todas sus consecuencias, riquezas y posibilidades.

3.- La encarnación del Hijo de Dios, (tomada en el sentido pleno en que Juan de la Cruz la toma de encarnación redentiva que culmina en la resurrección de Cristo según la carne: CB 5, 4), se convierte, es palabra que está de continuo diciendo, proclamando su dicho. Así estamos ante la realización condescendiente de las promesas mesiánicas en virtud de las cuales los hombres, “los de abajo” poseían al Esposo que había de venir “ en esperanza de fe que les infundía” (Romance 4: versos 127-148).

Que Dios se haga hombre, trate con los hombres, more, hable, coma, beba con ellos, que se asemeje en todo menos en el pecado, todo esto es lo que forma parte o integra la condescendencia, la synkatábasis de Dios en su floración más pura.

4.- Lo que hablaba Dios antes “en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo”.

Decir y dar integran ese lote de Dios Padre a quien Juan de la Cruz hace hablar así de Cristo su Hijo: “él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación; lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por Hermano, compañero.y maestro, precio y premio” (2S 22,5: OC, p.297, nota 3).

Por eso quien ahora se atreve, se lanza a preguntar a Dios o quiere visiones y revelaciones no sólo hace una necedad sino agravia a Dios Padre “no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad”.

Agravia también, y seriamente, al mismo Jesucristo faltándole en la fe y como obligándole otra vez a encarnarse “y pasar por la vida y muerte primera” (2S 22,5).

Fallo inapelable de Dios Padre contra las faltas de fe y de amor que se detectan, sin dificultad, bajo ciertas conductas y mentalidades impertinentes e insustanciales. Y de la conducta se sube a la convicción mental equivocada y de esa aberración mental se baja de nuevo al comportamiento, como Juan de la Cruz lo tiene observado y claramente denunciado (3S 12,1; 1S 2, 7).

5.- El remedio contra una cosa y otra lo alarga Juan de la Cruz con la serie de expresiones que pudiéramos llamar del más exquisito corte teresiano “pon los ojos sólo en él”; “míralo tú bien, que ahí lo hallarás ya hecho y dado todo eso y mucho más en él”. “Si buscas palabras de consuelo: “mira a mi Hijo, sujeto a mí y sujetado por mi amor y afligido y verás cuántas te responde”; “mírale a él también humanado y hallarás en eso más que piensas” (2S 22, 5-6).

Este “*humanado*” es como un clamor y hasta como un señuelo para que se busquen y se encuentren en Cristo *todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios* (Col 2, 3) y se encuentre en Cristo Jesús la condescendencia de Dios hecha hombre.

6.- La realidad de la condescendencia de Dios tal como la trata Juan de la Cruz está llena de ramificaciones: condescendencia e Iglesia, condescendencia y sacramentos, etc.,

Por el momento nos basta con los aspectos tratados, sin olvidar que el espíritu de la condescendencia de Dios está influyendo y pautando y hasta vertebrando el magisterio sanjuanista. De hecho, todo él camina bajo este signo lo mismo que bajo el signo de la trascendencia e inmanencia o presencia activa y dinámica de Dios. Entiendo, como he aludido anteriormente, que la realidad de la condescendencia divina comprende, mejor, es el camino, las vías por las que Dios sumamente trascendente va haciéndose sumamente presente y vivo en la historia de la salvación y en la santificación de cada uno de los redimidos, término este último usado con predilección por Juan de la Cruz en sus conversaciones.

7.- Punto final de este tramo de la condescendencia divina

En el Antiguo Testamento parece que Dios está soñando con hacerse hombre, semejante a los hombres. Pero comienza al revés: por hacer al hombre a su imagen y semejanza. A través de toda la revelación, para que el hombre le comprenda, no se le aleje, le habla en términos humanos y se presenta el mismo Dios en figura de hombre, multiplicando los antropomorfismos de modo que el Dios trascendente “tiene ojos, manos, dedos, brazos, pies, rostro y espalda, boca, narices, labios y lengua,... habla, grita, escucha, mira, huele, ríe, silba, camina, duerme, se despierta ... y lanza flechas como un guerrero”.

8.- Parece, pues, que Dios está soñando con hacerse hombre. Más aún, jugando a ser hombre y del juego se pasa al anuncio, a la promesa firme de serlo de verdad un día. Juan de la Cruz pinta esta situación de espera de una manera tan sencilla y ardiente. El pueblo creyente vive ilusionado con la realidad de las promesas recibidas y su deseo se desata en oración constante:

“...con oraciones
con suspiros y agonía,
con lágrimas y gemidos
le rogaban noche y día

que ya se determinase
a les dar su compañía.
Unos decían: “ioh si fuese
en mi tiempo el alegría!”
Otros: “iacaba Señor;
al que has de enviar, envía!”
Otros: “ioh si ya rompíes
esos cielos, y vería
con mis ojos que bajases,
y mi llanto cesaría!”
Otros decían: “ioh dichoso
el que en tal tiempo sería
que merezca ver a Dios
con los ojos que tenía
y tratarle con sus manos
y andar en su compañía
y gozar de los misterios
que entonces ordenaría!”
(Romance: versos 175-188; 195-202).

9.- Así en el Nuevo Testamento, esos sueños dorados y juegos divinos, cumpliendo las promesas, se hacen carne, se hacen hombre de carne y hueso de Dios soñador que desbordó el sueño y el juego y por amor al hombre se hizo y es hombre para siempre: Emmanuel, Dios con nosotros. Tiene un nombre propio y se llama *Jesús*. En él, en el acontecimiento *Cristo* como acción salvífica y sacramento primordial de Dios culminan todos los deseos salvadores de Dios y de los hombres. Se encuentran Dios y el hombre.

10.- *Las palabras, los antropomorfismos* del Antiguo Testamento eran también más que juegos y sueños divinos, una muestra de la condescendencia de Dios para con el hombre destinatario de su mensaje. Mucho mayor y mejor signo de la condescendencia divina que las palabras, por muy inspiradas que estén, es la Encarnación del Hijo, como la dignación amorosa más grande de Dios. Los dos temas o acontecimientos: Encarnación del Verbo, es decir, asunción de la naturaleza humana (de nuestra estirpe, familia, no sólo de nuestra especie) y Encarnación de la palabra escrita o hablada de Dios en escrituras y palabras: locuciones humanas, guardan un paralelismo doctrinal sorprendente. Se da una especie de inducción magnética de uno sobre otro tema. Felizmente, borrado el tema como simple tema, sobrenada o queda siempre a flote y sobrevuela lo que más interesa: *Jesucristo, condescendencia de Dios hecha hombre para siempre.*

En la Iglesia y los Sacramentos

1.- Del misterio personal de Cristo, de ese Cristo *humanado*, que es, como acabamos de decir, la condescendencia de Dios hecha hombre, pasa Juan de la Cruz al misterio del Cristo total o de la Iglesia. Pasa o deriva de un misterio a otro en sus versos, en el gran Romance sobre el evangelio “in principio erat Verbum” y pasa también en su prosa donde suena ya más a Iglesia institucionalizada.

2.- En el Romance se subraya la condescendencia al ponerse a hablar, todavía en un lenguaje profético, de ser la cabeza rectora de los que componen la Iglesia, anunciando que:

*“... en todo semejante
él a ellos se haría,
y se vendría con ellos,
y con ellos moraría,
y que Dios sería hombre,
y que el hombre Dios sería,
y trataría con ellos,
comería y bebería,
y que con ellos contino
él mismo se quedaría
hasta que se consumase
este siglo que corría,
cuando se gozaran juntos
en eterna melodía,
porque él era la cabeza
de la esposa que tenía,
a la cual todos los miembros
de los justos juntaría,
que son cuerpo de la esposa,
a la cual él tomaría
en sus brazos tiernamente
y allí su amor la daría;
y que así juntos en uno
al Padre la llevaría,
donde de el mismo deleite
que Dios goza, gozaría;
que, como el Padre y el Hijo
y el que de ellos procedía,
el uno vive en el otro,
así la esposa sería,
que, dentro de Dios absorta,
vida de Dios vivirá” (Versos 135-166).*

Sin mucho esfuerzo mental, aquí asistimos al enaltecimiento, a la ascensión, a la elevación de la naturaleza humana en virtud del Dios descendido, bajado, *condescendiente* (condescendido) con nosotros y formándose una Esposa con los ángeles y sus hermanos los hombres.

3.- En su prosa decíamos hace derivar también la realidad de la condescendencia a la Iglesia institución, en la que encarna Cristo su condescendencia: “Y así, en todo nos habemos de guiar por la Ley de Cristo-hombre [y de su Iglesia y ministros, humana y visiblemente, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallaremos abundante medicina por esta vía. Y lo que de este camino saliere no sólo es curiosidad, sino mucho atrevimiento. Y no se ha de creer cosa por vía sobrenatural sino sólo lo que es enseñanza de Cristo-hombre], como digo, y de sus ministros, hombres” (2S 22, 7).

4.- En el caso de la Iglesia, depositaria de la condescendencia del Señor y condescendencia ella misma, conserva toda su validez el siguiente gran principio sanjuanista:

“Y así, lo que Dios decía entonces, ninguna autoridad ni fuerza les hacía para darle entero crédito, si por la boca de los sacerdotes y profetas no se aprobaba. Porque es Dios tan amigo que el gobierno y trato del hombre sea también por otro hombre semejante a él y que por razón natural sea el hombre regido y gobernado, que totalmente quiere que a las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no las demos entero crédito ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre. Y así, siempre que algo dice o revela al alma, lo dice con una manera de inclinación puesta en la misma alma, a que se diga a quien conviene decirse; y hasta esto, no suele dar entera satisfacción, porque no la tomó el hombre de otro hombre semejante a él” (2S 22, 9).

5.- La fe de Juan de la Cruz en la condescendencia de Dios es enorme, como se ve por este último paso. Y es tan enorme que aun cuando parece que Dios de alguna manera interfiere rompiendo el camino o modo más normal, aun entonces, según él, esa intervención queda como mediatizada o en suspenso hasta que pase por el camino llano y ordinario de solventar las cosas: razón, evangelio, oración, confirmación humana, trámite la mediación de la Iglesia.

6.- Condescendencia y Sacramentos

Una de las ramificaciones más notables de la condescendencia divina la encontramos en los Sacramentos. Uno de los santos Padres que más se ha distinguido en la doctrina de la condescendencia o *synkatábasis* de Dios en la Sagrada Escritura es asimismo quien mejor se ha hecho cargo de esa misma condescendencia o adaptación al hombre en los sacramentos. Me refiero a San Juan Crisóstomo que en una de sus homilías sobre el evangelio de San Mateo (Homil. 82, 4) se explica de esta manera, después de unos razonamientos iniciales: “Nada sensible, en efecto, nos ha dado Cristo, sino que en cosas sensibles, todo es espiritual. Así también por el bautismo, por una cosa sensible, se nos da la dádiva del agua; mas lo que se realiza es espiritual: el nacimiento y la regeneración, es, decir la renovación. Si fuéramos incorpóreos, él nos hubiera legado dádivas puramente incorpóreas; pero como el alma está unida con el cuerpo, nos ha dado lo espiritual en lo sensible. ¡Cuántos nos dicen ahora: quisiera ver la figura del Señor, su talle, sus vestidos, su calzado! Pues he aquí que le ves y le tocas y le comes. Tú desearías ver sus vestidos, y él se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas y le tengas dentro de ti mismo”.

Juan de la Cruz conocía de sobra este texto del Crisóstomo. Lo leía todos los años en su Breviario durante la Octava del Corpus. Lo leyó y saboreó y meditó especialmente en su carcelilla de Toledo en 1578.

En el Catecismo Romano o de San Pio V al hablar de la institución de los sacramentos se habla ese mismo lenguaje, igual que el que encontramos en el Catecismo Cristiano de Carranza de 1588, donde hablando de los sacramentos se dice: “Pudiera Cristo darnos su gracia y comunicarnos los frutos de su pasión sin medio de sacramentos corporales, como lo hizo con muchos estando acá en el suelo; pero, porque somos carnales y rudos y tardos para alcanzar cosas espirituales, nos quiso llevar a nuestro modo por estas cosas visibles a las invisibles, y por las corporales a las espirituales”.

Es el mismo lenguaje sustancial que dará Juan de la Cruz en sus escritos místicos: Dios da lo espiritual (al menos comienza a darlo) por vías sensibles, porque el hombre no es ángel o incorpóreo.

Ficha

86

EL HOMBRE SANJUANISTA

1.- Con este título quiero decir el hombre tal cual lo piensa, lo considera y lo quiere Juan de la Cruz. El hombre existe porque Dios se encuentra en él con su presencia natural. Por medio de la gracia Dios se hace presente sobrenaturalmente estableciendo en él su morada, su templo, su habitación. En la bienaventuranza celestial será glorificado por la presencia clara y manifiesta de ese mismo Dios en la visión beatífica.

La existencia natural del hombre, la sobrenatural por gracia y por gloria llevan la impronta, el carácter de Cristo, suprema condescendencia de Dios Padre. Se puede afirmar por lo mismo que el hombre es natural y sobrenaturalmente cristiano (CB 5,4).

En ninguna de estas situaciones humanas se compromete la suma trascendencia de Dios que es y sigue siendo siempre lo que tiene que ser: el ser distinto de todas sus criaturas.

En estas palabras sumarias quedan de algún modo indicadas las perspectivas auténticas del hombre: las teológicas.

2.- La doctrina de Juan de la Cruz sobre el hombre no es nada teórica. Tiene un fin y objetivo práctico y por lo mismo enseñará, más bien, recordará las verdades antropológicas naturales y sobrenaturales en la medida en que las crea necesarias para darse a entender y tributar a Dios el homenaje que le debe por haber colmado a la naturaleza humana de tantas riquezas.

Debido a ese intento puramente práctico y a la ausencia de teorías puras, su doctrina es tan importante sí, pero también muy amplia.

3.- Al hablar de Dios como principal protagonista de la unión con el hombre hemos dado las grandes verdades divinas de que habla Juan de la Cruz: trascendencia, presencia o inmanencia y condescendencia. Al iniciar ahora el tratamiento acerca del segundo protagonista: el hombre habrá que configurarlo debidamente para irrumpir después en la unión del hombre con Dios y de Dios con el hombre.

Vicisitudes humanas. Juan de la Cruz recuerda con toda sencillez las vicisitudes histórico-teológicas de la humanidad:

- Creación; elevación al orden sobrenatural,
- caída (Romance 4°; 2N 24,2; 3S 26,5; 1S 1,1; 1S 15,1);
- la espera y esperanza del Mesías prometido y su venida (Romance 4° - 9°);
- la redención sobre el árbol de la Cruz (CB 23. 2-5: Un Pastorcico. Última estrofa).

4.- Dirigiéndose al hombre concreto que va instruyendo en los caminos de Dios le recordará los beneficios divinos:

- de la creación (CB 34,4; CB 5,3; CB 11,1);
- de la redención (CB 11, 1);
- el fin para el que ha sido creado y redimido (CB 29,3; CB 39,4, 7-8; LB 3,84; Carta 11 “de Segovia y febrero” a una aspirante a carmelita descalza).

El hombre creado por Dios y para Dios y redimido por Cristo: “criado solamente para sí” (CB 1,1) y “redimido solamente por sí mismo” (CB 1,1) y destinado a las alturas más altas (CB 39,7) está compuesto de cuerpo y alma. Esta verdad, sin mayores preocupaciones antropológicas, suena por todas las páginas del santo, cuando habla de la parte o porción inferior y superior del hombre, porción racional y sensitiva (v.gr. 1S1, 1-2; CB canción 18; etc.), aun teniendo muy presente que esas expresiones están apuntando tantas veces a lo puramente funcional y operativo más que a lo constitutivo.

Quien estudie la antropología natural según el doctor místico ha de tener en cuenta, fundamentalmente estas dos porciones para encuadrar en ellas todas las potencias y capacidades humanas: sensitivas, intelectivas, apetitivas.

5.- Principales temas humanos

La noticia del hombre y la serie de verdades que da Juan de la Cruz sobre el hombre, encuentran muchas veces su trama o su situación en algunos temas capitales sobre los que insiste de modo particular y que tienen gran carga doctrinal, hasta sistemática diríamos, en su mente y en la articulación de sus ideas. Aunque no mencione esas verdades o temas capitales, se las olfatea por todas partes.

Puestos a identificar esas verdades predilectas de Juan de la Cruz, escogemos cuatro fundamentales y en torno a las cuales se agrupan otras, que pueden ser, a veces, simples extensiones o aplicaciones de las principales y cardinales: unión sustancial entre el cuerpo y el alma, pecado original, capacidad receptiva del hombre, hombre nuevo.

6.- Unión sustancial entre el cuerpo y el alma

Este tipo de unión hace que en el hombre se tenga “verdaderamente una sustancia y una sustancia única, más allá de la multiplicidad de actos y facultades”. Juan de la Cruz enseña expresamente esta verdad, recordando en su estilo y dentro de su filosofía que las dos partes del hombre unidas sustancialmente constituyen un solo supuesto, una sola persona (1N 4, 2; 2N 1,1; 2N 3, 1) y hace no pocas aplicaciones doctrinales de esta conclusión o principio en un esfuerzo por iluminar los temas que le van saliendo al paso, y más que los temas las situaciones de la persona humana de que va hablando. Ejemplos en 2N 1, 1; 2N 3, 1; 1N 4, 2; 2N 1, 2; CB 13, 4. Cfr. también LB 2,13; LB 2,22; 2S 11, 1. CB, c.18: Aparte los ejemplos más concretos en esos lugares, la seriedad y el rigor ascético que lleva la vida espiritual encuentra una justificación plenamente realista en esta verdad de la unidad sustancial y operativa del compuesto humano. Las veces que Juan de la Cruz habla

del alma como metida, como presa en la cárcel del cuerpo (CB 18,1-2; 1S 3,3; 2S 8,4) no va ni mucho menos contra esta otra verdad, sino más bien a favor. Se trata de recreación ideas de sabor platónico-literario. La unidad del encarcelado con su cárcel sigue siendo, podemos decir, sustancial, no es puramente externa o accidental.

7.- *Pecado original*

El gran realismo que caracteriza la persona y la doctrina de Juan de la Cruz hace que ponga la verdad antropológica del pecado original (íse la explique como quiera!) en la base de sus enseñanzas. Pecado original con todas sus consecuencias y proyecciones.

Recuerda, por ejemplo, el desorden existente en el hombre por ese pecado de origen (1S 1,1; 1S 15,1). Pone en evidencia este hecho, como se ve por la cita con tres unos: 1S 1,1, no bien empieza a escribir y a fundamentar la doctrina de la renuncia o de la noche oscura, por las que hay que pasar, exigiéndose muchísimo. Exige tanto Fray Juan, pero sabe el porqué y para qué de esas exigencias teologales. No tiene otras. Y no habrá humanista cristiano que le supere en saber estimar y calibrar los verdaderos valores del hombre y en enseñarle el verdadero camino, sin olvidar nunca ese fallo inicial, para llevarlos a la perfección auténtica: "...no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor" (2N 11,4).

Cristo por medio de su muerte y pasión en el árbol de la cruz "alzó las treguas que del pecado original había entre el hombre y Dios" (CB 23,2).

La perfección que no viene a ser otra cosa que la redención vivida y aplicada (=unión con Dios, con Cristo) será un irse librando de los efectos del pecado original y de los demás pecados y una especie de retorno "al estado de la inocencia que había en Adán" (2N 24,2; CB 26,14)

8.- *Capacidad receptiva del hombre*

Con el lenguaje de la escolástica la podríamos llamar "potencia obediencial", mejor aún "potencia obediencial específica", capacidad de la criatura para recibir la acción de Dios, incluso por encima de los límites de su naturaleza, mas sin anularla". Hablando de lo específicamente humano la recuerda en un contexto en que quiere demostrar que la fe es noche oscura para el alma. Después de poner ejemplo de la luz del sol que mirada de hito en hito supera la potencia visiva, pone el ejemplo de la luz superior: "...así, dice, la luz de la fe, por su grande exceso, oprime y vence la del entendimiento, la cual sólo se extiende de suyo a la ciencia natural; aunque tiene potencia para la sobrenatural, para cuando nuestro Señor la quisiere poner en acto sobrenatural" (2S 3,1). Hasta que en el texto de la Subida se adoptó como código básico el llamado de Alcaudete, ya en 1929, se venía poniendo en el paso sanjuanista "obediencial" junto a potencia, desde la edición príncipe de 1618. Y eso es lo que quiere decir.

Esta realidad había impresionado fuertemente a Juan de la Cruz. Habla de ella con gran ardor en LB 3,18-26 al comentar el verso: *las profundas cavernas del sentido*: entendimiento, memoria y voluntad. Su profundidad se mide por su capacidad "pues no se llenan con menos que infinito". Y va calificando la capacidad que tienen de "profunda" (Ibid., n.18,22) y le duele que siendo "capaces de infinitos bienes", "de grandes bienes"(n.18), se vean entorpecidas para recibirlos cuando se apegan a otros bienes, y que baste "el menor de ellos" para causar este daño (n.18). Después de dar un repaso a cada una de las potencias(nn.19-21) concluye enardecido:

"Es, pues, profunda la capacidad de estas cavernas, porque lo que en ellas puede caber, que es Dios, es profundo e infinito; y así será en cierta manera su capacidad infinita, y así su sed es infinita, su deshacimiento y pena es muerte infinita" (n.22). Su lleno es el mismo Dios, y no otra cosa.

De esta capacidad que no se llena, ni se sacia ni se aplaca o satisface sino con lo que es infinito, mejor con Quien es infinito: Dios, hay continuas aplicaciones en los capítulos en que trata de los seis géneros de bienes que se puede gozar la voluntad: temporales, naturales, sensuales, morales, sobrenaturales y espirituales (3S cc.17-45).

Quien vive la vida teologal con la intensidad y eficacia con que enseña Juan de la Cruz tiene siempre dispuesto el vacío, la capacidad para ser lleno, ya que son las virtudes teologales las que “hacen el mismo vacío y oscuridad cada una en su potencia: la fe en el entendimiento, la esperanza la memoria y la caridad en la voluntad” (2S 6,1: más bien hay que leer el cap. entero).

Esta capacidad receptiva tiene relación estrechísima con la capacidad de renuncia evangélica, de noche oscura, de quedarse “a oscuras y sin nada” de lo que no es Dios, no por el simple o morboso gusto de la renuncia por la renuncia sino para ser repletos de Dios.

9.- *El hombre nuevo*

Vistos estos aspectos del hombre; de la unión sustancial de su persona, del pecado original, de su capacidad receptiva, lo que más interesa en la vida del cristiano y del creyente es su ser hombre nuevo.

Para encontrar la estructura básica fundamental del “hombre en Cristo” o del “hombre nuevo” hay que remontarse, siguiendo a Juan de la Cruz, a la estructura o configuración similar del misterio personal de Cristo. En ambos Cánticos: A 36,2; B 37,3, asegura: “Las subidas cavernas de esta piedra (=Cristo) son los subidos y altos y profundos misterios de sabiduría de Dios que hay en Cristo sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino, y en la respondencia que hay a ésta de la unión de los hombres en (=con) Dios”.

Respondencia es traducible por correspondencia, analogía, parecido, semejanza, paralelismo. Juan de la Cruz es así, no se asusta. Un misterio trata de aclararlo con otro más grande, lo mismo que en el orden práctico una dificultad enseña a superarla con otra mayor y el miedo lo quita con un espanto mayor, con un susto total (cfr. 2S c.7).

En el misterio personal de Cristo, de la unicidad de la persona se sigue la predicación recíproca de las propiedades y operaciones de las dos naturalezas. Lo que justamente se llamaba en teología y en el magisterio eclesiástico “comunicación de idiomas” (=propiedades) y para cuya recta formulación hay una serie de reglas.

10.- Hago mención de esta estructura básica o fundamental para que se vea la razón del pensar, del hablar, del expresarse del doctor místico, cuando le sorprendemos apurando el lenguaje y asimilándolo al modo de hablar acerca del misterio de Cristo, cuando está hablando del misterio del hombre nuevo en Cristo. Dice, por ejemplo: “... se hace tal junta de las dos naturalezas y tal comunicación de la divina a la humana, que, no mudando alguna ellas su ser, cada una parece Dios” (CB 22,5).

11.- *Etapas del hombre nuevo*

Las etapas del hombre nuevo en este mundo son tres: a) Origen, b) Crecimiento, c) Culminación.

Con gran fuerza sintética expresa los tres momentos: no dio poder “para poder ser hijos de Dios sino a los que son nacidos de Dios, esto es, a los que *renaciendo* por gracia, *muriendo* primero a todo lo que es hombre viejo, *se levantan* sobre sí a lo sobrenatural, recibiendo de Dios la tal renacencia y filiación, que es sobre todo lo que se puede pensar” (2S 5,5).

ORIGEN DEL HOMBRE NUEVO EN CRISTO

1.- Advertencia: se puede también llamar nacimiento, renacimiento, como algo propio de la persona humana, de un ser vivo, de alguien que amanece a la vida.

A mi entender, aquí empieza el planteamiento más conforme con la síntesis que tenía Juan de la Cruz en su cabeza y que trató de manifestar en sus escritos.

2.- Redención esponsal

En el origen fontal del hombre nuevo está Cristo, en cuanto que “nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto”(CB 39,6), es decir, la culminación de esta vida nueva. Lo mereció y alcanzó Cristo para nosotros. Su aportación, ya sólo por eso, es vital. Pero, además de alcanzar y merecer, es Cristo el que -conforme al prólogo del Evangelio de san Juan citado por nuestro santo- dio poder, la facultad de ser perfectos hijos de Dios a los que son nacidos de Dios (2S 5,5). Este hombre nuevo es engendrado por Cristo en la Iglesia (cfr. CB 30,7; CA 21,6); lo cual equivale, sin más a nacer de Dios. Y nacer de Dios significa “renacer por gracia” (2S 5,5) en la Iglesia para florecer y fructificar en ella y para ella.

3.- Cuando el hombre renacido alcanza la novedad perfecta en el matrimonio espiritual, el Esposo Cristo, el Amado, le descubre, es decir, le hace penetrar, le hace captar, principalmente “los dulces misterios de su Encarnación y los modos y maneras de la redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así es más sabrosa para el alma” (CB 23,1).

La simple lectura de la canción 23 del CB, en la que habla el Esposo, ya nos alerta acerca de la obra de Cristo en beneficio del hombre:

*Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.*

Si a la simple lectura se añade el comentario sanjuanista, estamos de lleno asistiendo al origen del hombre nuevo en Cristo, encontrándonos con el autor e iniciador y consumidor de esta novedad: *Cristo*.

La declaración general de la canción es breve y más clara que cualquier resumen o reducción sintética nuestra:

“Declara el Esposo al alma en esta canción la admirable manera y traza que tuvo en redimirla y desposarla consigo, por aquellos mismos términos que la naturaleza humana fue estragada y perdida, diciendo que, así como por medio del árbol vedado en el paraíso fue perdida y estragada en la naturaleza humana por Adán, así en el árbol de la Cruz fue redimida y reparada, dándola allí la mano de su favor y misericordia por medio de su muerte y pasión, alzando las treguas que del pecado original había entre el hombre y Dios”(CB 23,2).

4.- Aparece evidente el origen del hombre nuevo que, en virtud de la Cruz de Cristo, sobreviene y suplanta al hombre viejo y disfruta de la paz y amistad con Dios. En 2S 7,11 hablando del desamparo de la Cruz asegura que en ese trance Cristo “hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios”, es decir, dio origen a la humanidad nueva, hombres reconciliados por Cristo con Dios Padre (cfr. Rm 5,10-11; 2Co 5,18; Col 1,20 ss).

5.- Así Cristo Jesús es origen y cabeza de esta: nueva creación, de esta nueva creatura. En la declaración que sigue de los versos por separado de la mencionada canción 23, se da la equivalencia: redimir=desposar apuntada en la declaración general. Redimió=desposó Cristo consigo “la naturaleza humana y, consiguientemente, a cada alma, dándola él gracia y prendas para ello en la Cruz”(n.3).

A través de ese *consiguientemente*, deriva su discurso fray Juan a la persona concreta con la que está dialogando como con Esposa el Esposo Cristo, y va descubriéndole “sus maravillosos secretos como su fiel consorte, porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama”(CB 23,1).

Cristo le cuenta cómo desde la Cruz le alargó, le dio la mano de su favor y ayuda, levantándola de su bajo estado a su compañía y desposorio. Debajo, pues, del árbol de la Cruz Cristo le dio la vida, suscitó la nueva vida, al hombre nuevo, cuya vida es él, de modo que pueda decir un día con toda verdad y plenitud: *vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo* (Ga 2,20).

6.- En la fuente bautismal

La unión-redención esponsal “se hizo de una vez en la cruz, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual, dice literalmente, se hace en el bautismo con cada alma (CB 23,6).El texto añadido por el santo en la segunda redacción dice literalmente: *“Este desposorio que se hizo en la cruz no es del que ahora vamos hablando. Porque aquél es desposorio que se hizo de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma. Mas éste es por vía de perfección, que no se hace sino muy poco a poco por sus términos, que, aunque es todo uno, la diferencia es que el uno se hace al paso del alma, y así va poco a poco; y el otro al paso de Dios, y así, hácese de una vez”* (CB 23, 6)

7.- Desde este paso tan clarificador es desde donde se va tejiendo mejor que desde ningún otro punto la verdadera síntesis de todo el camino espiritual trazado por Juan de la Cruz. De la fuente bautismal, por obra de Cristo, surge la nueva criatura, el hombre radicalmente nuevo que por el agua y el espíritu queda incorporado al Cuerpo de Cristo. Este hombre nuevo sanjuanista es el hombre de la historia de la salvación con sus etapas anteriores, su novedad alcanzada en el umbral de su nueva vida en el bautismo, y su futuro siempre abierto a la novedad suprema y última.

A mi entender queda bien señalado cómo la unión del hombre con Dios, en fórmula sintética de fray Juan, es algo que se recibe gratuitamente, algo pasivo; luego, cuando se habla de unión con Dios según san Juan de la Cruz, no hay que olvidar nunca este punto; siempre se tratará de unión recibida. Se camina para ir haciéndose con la perfección en esa unión, perfección que, además, se nos dará también gratuitamente.

8.- Toda la dialéctica de la vetustez y de la novedad, que se encuentran en una misma persona, se puede expresar de esta manera:

sacramentalmente=bautismalmente liquidado el hombre viejo y sacramentalmente=bautismalmente nacido-renacido el hombre nuevo, hay que rematar al uno y hacer crecer al otro a lo largo de la existencia. Entrambas cosas a fuerza de virtudes y con el poder de Dios.

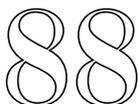
En el bautismo se entierra, sepulta, ahoga el hombre viejo y renace el nuevo, el hombre en Cristo. Entran en juego en el simbolismo bautismal la muerte y la resurrección de Cristo, que presiden la muerte y el nacimiento, la muerte y la resurrección del bautizado. Esa vida nueva se puede perder voluntariamente por pecados personales y se puede también recuperar por la misericordia del Señor.

9.- En este segundo caso el hombre nuevo renace o reaparece por la penitencia, que, por lo que se refiere al origen del auténtico arrepentimiento, de la recuperación de la amistad, etc., podemos catalogar entre las miradas de Dios, cuyo mirar es amar y hacer mercedes (cfr. CB 19,6; CB 31, 5,8; CB 32,3) y amar Dios más, es hacer más mercedes (CB 33,7). Cristo “inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea tanto, que la hace consorte de la misma divinidad”(CB 32,4).

10.- Al origen de este hombre nuevo así recuperado, acaso mil veces, está también Cristo.

En este hombre nuevo que marcha adelante o en fuerza del primer impulso bautismal o en fuerza de la recuperación, pero siempre en virtud y en fuerza de su ser cristiano, se presenta un momento en el que “determinadamente se convierte a servir a Dios” (1N 1,2). Se trata de la amorosa madre de la gracia de Dios que por nuevo calor y hervor de servir a Dios reengendra al alma (Ibid). La parábola sanjuanista de la madre natural frente a su niño tierno y de la madre sobrenatural de la gracia frente a la nueva vida (cfr. 1N 1,2, y 1N 12,1: ya examinados anteriormente), está reclamando, por lo que se refiere al contenido o a lo parabolizado, que para llegar a ser hombre nuevo por antonomasia en Cristo, hay que ser las dos cosas: hombre y nuevo. Hombre o varón perfecto en cuanto contrapuesto a niño, a pequeñuelo, y nuevo en cuanto contrapuesto y contrario a viejo.

Ficha



CRECIMIENTO DEL HOMBRE NUEVO EN CRISTO

1.- Nacido, renacido “al paso de Dios”, “de una vez”, el hombre nuevo, como vida reciente que es, tiene que crecer y desarrollarse, evolucionar. Pero esto “no se hace sino muy poco a poco por sus términos”, es decir, “al paso del alma y así va poco a poco” (CB 23,6). En otras palabras: “la muerte y resurrección, realizadas por el bautismo de manera instantánea y absoluta en el plano místico de la unión con Cristo celeste (cfr. Col 2,12s., 20; 3,1-4; Rm 6,4), deben realizarse de forma lenta y progresiva en el plano terrestre del viejo mundo en el que sigue sumergido el cristiano. Muerto ya en principio, debe morir de hecho, “dando muerte” día a día “al hombre viejo” pecador que vive aún en él” (Biblia de Jerusalén).

2.- En este crecimiento, evolución, aprovechamiento, muerte continua, interviene la propia persona que trabaja, haciendo y padeciendo, y así se va desarrollando. Interviene también Dios que se acomoda a ella, a su modo humano y personal.

“El movimiento para el bien, de Dios ha de venir solamente; mas el correr” es de entrambos, “que es el obrar Dios y el alma juntamente” (CB 30,6). Entrambos intervienen en lo que llamamos activo y pasivo. Se acentúa más, si queremos hablar así, la acción de Dios en lo pasivo; más la del hombre en lo activo, aunque alcanzando posiblemente el hombre el punto más alto de su actividad bajo la acción de Dios.

3.- *«Nuevo calor y fervor»*

Punto especialmente relevante en la realidad viva es el anteriormente aludido: el momento en que se da “el nuevo calor y hervor de servir a Dios”, cuando, con otras palabras, “determinadamente se convierte a servir a Dios”(1N 1,2). Momento puntual éste que deviene ciclo o periodo, como se verá enseguida.

La amorosa madre de la gracia que reengendra al alma, la invade y empuja de tal manera que estos así enfervorizados van a por todo. Quieren crecer, correr, volar, y progresar a presión. Y algunos llenos de impaciencia no humilde, se airan contra sí mismos, pues querrían ser santos en un día (1N 5,3),

En todo el despliegue de devoción, penitencias y superabundancia de prácticas piadosas hay una vulnerabilidad inmensa, “porque, al fin, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene; y, como éstos no han tenido lugar de adquirir los dichos hábitos fuertes -de lucha en las virtudes- de necesidad han de obrar, como flacos niños, flacamente” (1N 1,3). La semejanza con los niños les viene de que no se mueven ni obran por razón, sino por gusto (1N 6,6).

4.- *Fenómenos negativos y noche oscura*

Los capítulos 2-7 de 1N hacen ver cómo al amparo del fervor y consuelo no va precisamente creciendo el hombre nuevo sino más bien va prosperando el niño caprichoso y el hombre viejo que, con dos nombres distintos, son la misma persona.

Se pinta en ellos la existencia superpoblada de defectos de todos los colores: flora y fauna abundantes: soberbia, peor que la del fariseo del Evangelio; avaricia, lujuria espiritual blanquecina; iras desacompañadas e impacencias sin cuento; gula espiritual, golosinas múltiples, penitencias indiscretas “a lo bestia”, envidia y tristeza de las virtudes y prosperidades ajenas; acidia espiritual o tedio, huyendo de la Cruz, que les produce gran repugnancia y tristeza; huyen del camino estrecho de la vida como de la muerte; llenos de demonios meridianos a todas las horas del día y de la noche, etc.

5.- Toda esta flora y fauna de defectos, analizados al detalle algunos de ellos, hacen ver, como decimos, la opulencia del hombre viejo y la vida caprichosa del niño. Así sucede. El fin del santo, al demorarse en estas páginas maestras no era pintar defectos y defectos sino servir a los principiantes “para que, entendiendo la flaqueza del estado que llevan, se animen y deseen que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma de virtudes, y pasa a los inestimables deleites del amor de Dios” (1N 1,1). En una palabra, leídos estos capítulos, resulta evidente “cuán de niños es el obrar que estos obran” (1N 1,3).

6.- A los que Dios quiere purificar de estas imperfecciones para llevarlos adelante los meterá en la noche pasiva del sentido, la noche a la que se ha referido anteriormente (1N 2,8). Y, de todas todas, para bien de ellos les conviene entrar en la noche “para que se purguen de todas estas niñerías”(1N 6,6). Sacarlos de tales niñerías es ir haciéndolos hombres fuertes, hombres nuevos que van dando la talla en Cristo.

Capítulos homologables con éstos de la Noche, son los dedicados en 1S a los daños de los apetitos que: cansan, atormentan, oscurecen, ensucian, enflaquecen, llagan (cc. 6-10). Con la lectura de estos dos bloques se evidencia, de un modo existencial, que en el hombre hay un desorden radical, como el santo denuncia y ya hemos comentado: cfr. 1S 1,1; 1S 15,1. Se convence uno también de que el hombre nuevo para ir alcanzando sucesivamente la novedad perfecta en Cristo a que está llamado y destinado necesita urgentemente ser reordenado, reajustado, reformado. La

novedad suprema a que aspira es y se encuentra en la unión con Dios, desde la que está programado el itinerario conforme a la meta, los medios a emplear conforme al fin a conseguir, desde la que está pensado y programado el hombre nuevo mismo.

7.- Para llegar a esa meta y para caminar expeditamente hacia ella hay una senda que Juan de la Cruz llama noche oscura, a la que nos acabamos de referir en su aspecto pasivo. La nomenclatura completa de todos conocida es:

- Noche activa del sentido.
- Noche pasiva del sentido.
- Noche activa del espíritu.
- Noche pasiva del espíritu.

La noche oscura en todas sus fases y modalidades: sentido-espíritu, lleva como intento corregir y enmendar ese desorden y sus consecuencias en el hombre, librándolo de ellas y promoviendo al mismo tiempo a la perfección. Entran en la existencia del hombre para dos cosas: para quitarle las propiedades de niño, las niñerías, impertinencias, caprichos, etc., y para desnudarle del hombre viejo y revestirle del nuevo. Juan de la Cruz relee y recrea a su modo textos paulinos relativos a estos dos aspectos o cometidos de la noche.

8.- La persona que no ha crecido en espíritu, según él, puede apropiarse las palabras: “cuando era yo pequeñuelo hablaba como pequeñuelo, sabía como pequeñuelo, pensaba como pequeñuelo” (1 Co 13,11). Comenta este paso precisamente en 2S 17,6, en el capítulo dedicado a la pedagogía de Dios que se va acomodando al paso del hombre en su caminar hacia la perfección. Las propiedades de niño de que ha de librarse no son niñerías siempre moralmente defectuosas sino tantas veces limitaciones de la edad, condicionamientos, de los que hay que soltarse y libertarse para llegar a la madurez, “así como el niño ha menester dejar el pecho para hacer su paladar a manjar más sustancial y fuerte” (2S 17,6).

9.- Relee también y recrea estos otros textos del mismo apóstol: “el hombre nuevo, que es criado según Dios” (Ef 4,24: 2N 13,11); “desnuden al hombre viejo y se vistan el hombre nuevo, que, según Dios, es criado en justicia y santidad” (Ef. 4,22-24; LB 2,33); “queriendo Dios desnudarlos de hecho de este hombre viejo vestirlos del nuevo, que según Dios es criado” (Col 3,9-10: 2N 3,3).

Podemos asegurar que pocos habrán tomado más en serio que Juan de la Cruz lo de “despojarse” y “revestirse”. Conducido por todo el trasfondo bíblico sobre el particular, trata de inducir al hombre a la realización de este despojo y de ese revestimiento por todos los medios, haciendo lo que puede y debe; y dejando que Dios haga lo que él quiera y cuando quiera y hasta donde quiera. Dejar hacer a Dios es ya un gran quehacer del hombre. Con otras palabras todo este mundo activo-pasivo se llama noche: que “es quedarse como a oscuras y sin nada” (1S 3,1-4, donde del modo más sencillo explica la noción de noche: véase especialmente el n. 4).

1.- No podemos seguir aquí todo el desarrollo de las noches, todo el itinerario nocturno del hombre. Apuntada anteriormente la finalidad reordenadora y liberadora de las mismas en general, bastará poner de relieve algunos aspectos:

Las consignas, sobre todo algunas, que da en 1S c.13 para entrar modo activo en la noche del sentido enseñan a mortificar y regular el *gusto* que es precisamente el fuerte, es decir, el punto flaco o débil de los pequeñuelos, de los niños, de los principiantes. A robustecer debidamente la renuncia al sabor, al gusto, moventes de sus operaciones, contribuyen las motivaciones “por Cristo”, “por amor de Jesucristo”. Las reglas para subir al Monte, para escalar hasta la cima no son para niños sino para varones fuertes que van buscando la cumbre, que tratan de centrarse en el centro de su humildad, porque para subir hay que bajar hasta esas profundidades.

La noche activa del sentido y la noche activa del espíritu se dan al mismo tiempo, no existe distancia cronológica entre ellas, y “el alma practica activamente la noche del sentido porque y en cuanto ejercita la noche activa del espíritu”, sin que esto signifique que sean idénticas.

2.- La noche activa del espíritu se realiza especialmente en el campo de la voluntad que, movida por la caridad, enterada y formada en ella va dando consistencia a la persona humana y la hace crecer y evolucionar. A través de esta noche la voluntad libre y activamente va renunciando, va remontando el gozo que se le ofrece acerca de los seis géneros de bienes que se disputan la persona humana frente al Bien supremo, que es Dios. En este caminar nocturno “a oscuras y sin nada” de estos bienes finitos, va tomando cuerpo la figura del hombre nuevo en Cristo.

3.- Sin detenernos en la exposición bastará citar unos textos rodados, como los cantos de un río, v.gr. 3S 26,3: “el segundo provecho espiritual que saca en no se querer gozar acerca de lo sensible es excelente, conviene a saber: que podemos decir con verdad que de sensual se hace espiritual, de animal se hace racional y aún que de hombre camina a porción angelical, y que de temporal y humano se hace divino y celestial”.

Juntó a estos logros que van caracterizando al hombre nuevo, el hombre viejo queda estigmatizado, como sigue: “porque, así como el hombre que busca el gusto en las cosas sensuales y en ellas pone su gozo no merece ni se le debe otro nombre que estos que habemos dicho, es a saber: sensual, animal, temporal, etc.”.

4.- Y vuelven las luces del nuevo: “así, cuando levanta el gozo de estas cosas sensibles, merece todos éstos, conviene a saber: espiritual, celestial, etc.”.

El crecimiento del hombre nuevo en Cristo consiste más que nada en este irse haciendo, ir siendo e irse perfeccionando “en bienes y dones de Dios espirituales y celestiales” (3S 26,4). Y en fuerza de la comunicación con Dios que tiene la porción superior del alma “merece todos los dichos atributos” o apelativos mencionados (Ibid.).

5.- El desorden existente en el hombre y que denunciaba el santo ya de entrada en 1S 1,1, lo miraba él como desorden de la parte sensitiva frente a la racional o superior. Es decir, aun después de haber nacido el hombre nuevo por el bautismo, se detecta y señala una rebelión o no sujeción del sentido al espíritu, una como ruptura interior de la persona humana, una distorsión consiguiente y un desorden vertical: el sentido no está en orden, en obediencia al espíritu, y el espíritu no está apaciguado, sosegado, sumiso a Dios cuanto debiera.

6.- Hay que reconstruir y unificar esa persona, que encuentre su unidad y así pueda darse, entregarse, unirse con Dios. Como no se trata de corregir o reformar sólo en la superficie al hombre sino de rehacerle por entero, hay que atender a la unión sustancial entre el cuerpo y el alma (2N 1,1; 1N 4,2; 2N 1,2; CB 13,4) y a la unión operativa, que en este caso hace, como ya queda dicho, que la purificación sensitiva no haya sido suficiente ni siquiera para el sentido, “porque todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu” (2N 3,1).

7.- En la noche pasiva del sentido, ahora aludida y de la que más adelante veremos Quien y cómo la produce y la confrontaremos con la pasiva del espíritu, se opera una cierta reformatión y se alcanza un estirón en el crecimiento. El relato sanjuanista relativo al destete es sencillo (1N 12, 1; cfr. también 1N 1, 2)

Los resultados positivos de esta noche del sentido los califica Juan de Cruz de bonanza, que resume en dos expresiones: “curarse de muchas imperfecciones e imponerse en muchas virtudes” (1N 11,2).

Las imperfecciones son las examinadas en torno a los siete pecados o vicios capitales en lo espiritual: 1N cc. 2-7. Librarse de imperfecciones es librarse del hombre viejo e imponerse en virtudes o enriquecerse con tantos provechos espirituales es revestirse del hombre nuevo y procurar su crecimiento. Es simplemente, ir creciendo en Cristo.

8.- El cuadro de provechos que nacen de la noche pasiva del sentido es admirable: conocimiento de sí y de su miseria (1N 12,2-4); conocimiento de Dios, de su grandeza y excelencia sin par (1N 12,5-6); humildad espiritual (1N 12,7); por medio de esta virtud que adquiere mediante el conocimiento de sí mismo, la persona humana se purifica de todas las imperfecciones que le nacían del vicio de la soberbia; y esta humildad engendra, o de ella nace: el amor del prójimo (1N 12,8); se hacen sujetos y obedientes (Ibid.); quitaseles la presunción afectiva que en la prosperidad antes tenían tantas veces; pobreza espiritual, contraria a la avaricia (1N 13,1) se libra también de las imperfecciones en el campo de la lujuria espiritual que le procedían comúnmente “del gusto que del espíritu redundaba en el sentido” (Ibid., n.2); sobriedad espiritual contrapuesta a la gula espiritual. De esta moderación y sobriedad nacen otros cuatro provechos: delectación de paz; ordinaria memoria y solicitud de Dios; limpieza y pureza del alma; práctica de las virtudes “por junto”, como puede ser: paciencia y longanimidad, caridad de Dios, fortaleza y “finalmente, en todas las virtudes así teologales como cardinales y morales, corporal y espiritualmente se ejercita el alma en estas sequedades” (1N 13,5-6); mansedumbre espiritual: (virtud contraria a la ira) para con Dios, para consigo, para con el prójimo (1N 13,7); caridad con los demás: contra el vicio de la envidia. Aquí la envidia que tiene, si la tiene, es virtuosa, deseando imitar las virtudes del prójimo, lo cual es mucha virtud (1N 13,8); las acidas y tedios que actualmente tiene en las cosas espirituales (1N 13,9), ya no son viciosas como antes (1N 7,2-4).

9.- Otros innumerables provechos: suavidad espiritual, amor puro, muy puro, noticias espirituales, a veces muy delicadas, cada una muy de mayor provecho y precio que cuanto antes gustaba (1N 13,10); libertad de espíritu: en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo (1N 13,11). En esta sencilla enunciación relativa a los frutos del Espíritu contrarios a las obras de la carne, encontramos todo el substrato o subsuelo de “hombre viejo y hombre nuevo”: Ga 5,19-22, que son entre sí antagónicos.

Además se libra admirablemente de las manos de los tres enemigos: demonio, mundo y carne. Recuérdese que carne, en cuanto enemigo significa más que nada el “yo”, la sagacidad de la pro-

pia sensualidad egoísta. Es el más tenaz de los tres “y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo” (Cautelas, n.2). Para ser más preciso carne y hombre viejo se encuentran muy identificados.

10.- La riqueza de los capítulos dedicados a estos provechos que no son sino virtudes, cualidades, actitudes, etc., con que se va revistiendo el hombre nuevo en Cristo, puede ser exactamente percibida y valorada por quien los confronte con los capítulos dedicados a las imperfecciones (1N cc.2-7). No se trata de nociones o teorías sino de vivencias o experiencias existenciales atravesadas por estos espirituales.

Puestos frente a frente: cuadro de imperfecciones y cuadro de provechos y bienes se comprende la transformación operada en la persona humana y cómo la “crisis” de la noche oscura haya sido saludable y fructífera. En verdad se ha conseguido lo que Dios pretendía: meterlos en la noche oscura, donde destetándolos “de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores les quita todas estas impertinencias y niñerías y hace gustar las virtudes por medios muy diferentes” (1N 7,5).

11.- La intervención del Señor ha estado en su punto, muy bien calculada y medida, porque, “sintiéndolos ya Dios algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los desarrima del dulce pecho y abajándolos de sus brazos los veza a andar por sus pies” (1N 8,3). Así han podido superar la difícil coyuntura del paso de la meditación a la contemplación, de la vía del sentido a la del espíritu. Para discernimiento de estos momentos difíciles y ayuda a las almas y a los padres espirituales que las gobiernan propone Juan de la Cruz tres famosas señales. A través de ellas se conocerá si el espiritual va por el camino de esta noche y purgación sensitiva o si está aquejado de alguna otra dolencia o carencia que en su sintomatología puede crear equívocos.

12.- La aridez, oscuridad, falta de gusto, dificultad enorme e incapacidad para la meditación y otros fenómenos señalados tan certeramente en 1N 8,3, podrían, hablando en abstracto, proceder no de una intervención particular pedagógico-médico-santificadora de Dios, es decir, de la noche y purificación del apetito o amor imperfecto y desordenado del alma, sino de alguna otra causa. Las tres señales ya quedan transcritas en la Ficha 68 al hablar de la línea esencial de la Noche Oscura.

13.- Uno de los temas prometidos por Juan de la Cruz en el prólogo de Subida-Noche (n.5-6) era el comportamiento que han de tener los así probados por Dios en tales coyunturas. Y aquí en 1N c.10 se pregunta ¿qué hacen? y ¿qué tienen que hacer? Mejor que resumir aquí sus palabras es acercarse a ellas en su totalidad y anotar los ocho o diez consejos que da a estas personas. En suma: dejen que la contemplación siga su curso, su camino en ellos. Dejen hacer a Dios y piensen que este dejar hacer al Señor es ya mucho hacer, no es perder tiempo, sino vivirlo teologalmente (nn. 5-6).

14.- En esta gran crisis de crecimiento se integran algunas curas complementarias de Dios aplicadas a los que han de pasar después a la noche pasiva del espíritu, porque no todos pasan a ella.

En los que han de pasar, la noche del sentido “ordinariamente suele ir acompañada con graves trabajos y tentaciones sensitivas que duran mucho tiempo, aunque en unos más que en otros” (1N 14,1).

15.- Dios tenía que actuar, porque el alma no ha podido purificarse activamente de sus muchas imperfecciones de modo cumplido para estar dispuesta como le conviene para la divina unión de perfección de amor (cfr. 1N 3,3; 1N 2,8; 1N 4,3,8; 1N 6,6,8; 1N 7,5).

Con todo, el alma tenía obligación de hacer cuanto estuviese en su mano para llegar a merecer que Dios la sometiese a las curas divinas de la noche pasiva, mediante las cuales la ha ido sanando de las imperfecciones de que ella no había sido capaz de librarse (1N 3,3; 1N 6,8).

16.- Puesto Juan de la Cruz a hacer un balance de las noches, después de haber tratado de la pasiva del sentido, viene a decir que la auténtica noche es y se da en la pasiva del espíritu, “porque la purgación válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu”. Y es en el espíritu donde hay que buscar las raíces de los hábitos o costumbres buenos y malos (2N 3,1). “La noche del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu”; y “más sirve de acomodar el sentido al espíritu que de unir al espíritu con Dios” (2N 2,1).

17.- En definitiva: la principal parte de la purificación interior, de la purificación de los malos hábitos del hombre viejo es la noche pasiva del espíritu (2N 2,1). Y esto, aunque se trate de malos hábitos que se ejercitan por medio de la parte sensitiva, pues lo que realmente se purifica no son los sentidos sino la persona humana, una persona humana con una vida también sensitiva, ya que las acciones lo mismo que las pasiones hay que atribuir las a todo el compuesto, al individuo, no a la parte que pone la acción o la padece.

18.- En fuerza de ese discernimiento limitativo se reafirma en que, parciales y todo en su alcance y resultados, son necesarias las demás fases de la noche: activa y pasiva del sentido, como es necesaria la puerta y el principio, como es necesario lo que el santo llama el bien moral, sin el cual no puede haber bien espiritual, consistiendo el bien moral en la rienda de las pasiones y freno de los apetitos desordenados (3S 5,1). Y un buen enfrenamiento y reformatión se obtiene particularmente por la noche pasiva del sentido (2N 3,1).

19.- Dios ha intervenido, pues, misericordiosamente y el alma ha salido muy mejorada, llena de riquezas y con los provechos ya referidos en su haber.

Antes de pasar a hablar de la noche pasiva del espíritu, dentro de esta configuración del hombre nuevo hay que recordar que la noche pasiva (sin más aditamentos) es la contemplación que produce en las personas espirituales dos maneras de tinieblas o purgaciones, según las dos partes del hombre: la sensitiva y la espiritual. Es, pues, doble: noche o purgación sensitiva; noche o purgación espiritual.

Será útil que el lector las compare, y organice por sí mismo una visión sinóptica de ambas noches pasivas: la sensitiva y la espiritual (1N 8, 1-2).

LA NOCHE PASIVA DEL ESPÍRITU

1.- Esta es, como ya queda dicho, la noche por antonomasia.

No entramos aquí en consideraciones más o menos estructurales de la misma o en otro tipo de problemas demasiado técnicos. Vamos hablando aquí de ella en orden a la conformación o configuración del hombre nuevo, para cuyo logro interviene Dios, como El sabe y quiere.

2.- Para evidenciar la necesidad de esta noche oscura para aquellos que Dios quiera poner en ella, arma, como en el libro primero, otro cuadro de imperfecciones de esos aprovechados. Imperfecciones habituales y actuales que hay todavía que extirpar y eliminar. *Habituales*, tales como aficiones y hábitos imperfectos, muy radicados en el hombre viejo; además el embotamiento de la mente, la rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado, la distracción y exterioridad del espíritu; por todo esto conviene “que se ilustre, se clarifique, se recoja por la penalidad y aprieto de aquella noche” (2N 2, 2). *Actuales*, imperfecciones y peligros de presunción, soberbia, vanidad, arrogancia, etc., con gran peligro de ser engañada el alma por el demonio. Todas estas imperfecciones “les son más incurables por tenerlas ellos por más espirituales que las primeras, que lo quiero dejar” (2N 2,4).

3.- Con este juicio un poco drástico corta por lo sano, insistiendo al mismo tiempo en la necesidad de la noche pasiva para quitar las afecciones naturales y hábitos imperfectos que, como ha dicho anteriormente (2N 2,2) “todos los que no han pasado de este estado de aprovechados las tienen; las cuales no pueden estar... con el estado de unión de amor”; esto mismo lo reafirma diciendo: “ninguno de estos aprovechados, por bien que le hayan andado las manos, deja de tener muchas de aquellas afecciones naturales y hábitos imperfectos” (2N 2,4).

4.- La batalla de Dios con el hombre imperfecto y necesitado se centra en querer ya “desnudarle de hecho de este hombre viejo y vestirlo del nuevo que según Dios es creado” (Col 3, 10: 2N 3, 3). Aquí se trata de “horrenda noche” (2N 1, 1); “tempestuosa y hórrida noche” (2N 7, 3); “horrenda y espantable” (1N 8, 2).

Esa batalla “de un Dios “estilista” e “influyente” (2N 5, 1) sobre el hombre viejo, se libra no desde fuera y desde lejos, sino desde dentro y desde muy cerca, siendo el alma el sujeto paciente, el campo de batalla entre lo siempre nuevo, reciente, fresco que es Dios y la vetustez y endurecimiento del hombre. Las descripciones de esta experiencia tremenda son impresionantes y parece un duelo a muerte entre: pureza-impureza, fuerza-flaqueza, divino-humano, grandeza-miseria.

Algunos textos más fuertes dejan señalada a fuego esta tremenda experiencia (2N 6, 1)

Es imposible hacer un resumen de todo esto; se tiene la impresión de que se trata de un bautismo místico y de una refundición de toda la persona (Véanse 2N cc.6-8) 163 17º.

5.- Lo que el alma padece en este tiempo es “muy poco menos que en el Purgatorio” (LI B 1, 21). “Cuando estas cosas juntas padece el alma, es de manera el purgatorio que todo encarecimiento se queda corto; porque a veces muy poco menos es que el Purgatorio (LI A, 1, 17). En 2N 7, 7, deriva su discurso desde este purgatorio de noche oscura al Purgatorio diciendo que “los que yacen en el Purgatorio padecen grandes dudas de que han de salir de allí jamás y de que se han de acabar sus penas” (OC, p.504, nota 3 véase lo que allí se dice).

6.- Dios con su intervención tiene “recogidas” todas las energías del hombre “para que toda esta armonía emplee sus fuerzas y virtud en este amor; y así, venga a cumplir de veras con el pri-

mer precepto, que, no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa alguna de este amor, dice (Dt 6, 5) *Amarás a tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu mente, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas*” (2N 11, 4). Después de esta afirmación tan integradora de todo lo humano en la vivencia del precepto del amor, da el perfil del alma así entregada que no vive sino para ese amor en todo lo que emprende, en todo lo que hace y padece (2N 11, 5-7) Aquella especie de duelo a muerte recordada más arriba no es sino para florecer y fructificar en nueva vida.

7.- Concluyendo con esta parte de la noche pasiva y el crecimiento del hombre nuevo y el desarrollo, desarraigo, desalojo, más aún muerte definitiva del hombre viejo, advertimos que todo lo que dice el comentarista Juan de la Cruz como místico y teólogo sobre el particular se lo hace decir y cantar al protagonista en la primera canción, en cuya declaración general puesta en la boca del alma anotamos las palabras finales: “Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgación del hombre, todas se renuevan en temples y deleites divinos” (2N 4, 2).

Acabamos de hablar de muerte definitiva del hombre viejo. Más adelante nos detendremos en el verso: “*matando muerte en vida la has trocado*, fijándonos más en la vida nueva que en la muerte matada”.

Ficha

91

CULMINACIÓN DEL HOMBRE NUEVO EN CRISTO

1.- Dios, como principal protagonista de la unión, no puede estar ausente del momento u etapa culminante del hombre nuevo que se da en la unión perfecta con Dios de un modo antonomástico. Sin Dios no hay ni unión con él, ni hombre nuevo, ni hombre siquiera. El hombre nuevo ha sido creado según Dios y le ha costado a Dios esta nueva creación o re-creación mucho más que la creación del universo, que la creación primera de la nada que no le costó exactamente nada (1S 6, 4).

Lo que le costó a Cristo este hombre nuevo está escrito en la Cruz, modelo de esa otra “viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior” (2S 7, 11), a través de la cual ha de encontrar su vida renovada, siempre renovable, el renacido en el bautismo, el reconquistado en la penitencia, el reconvertido determinadamente a servir a Dios y rescatado siempre por Cristo.

2.- *Muerte trocada en vida*

El Dios protagonista del que hay tantas empresas en las vida del hombre, no es otro que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a quien el hombre nuevo le dice en la Llama. “Matando muerte en vida la has trocado” (canción 2). Una vez más se encuentran los dos contrarios, aquí *muerte y vida*. La teoría de los dos contrarios le tenía un poco avasallada la mente a Juan de la Cruz: (cfr. 1S, 4, 2; 1S 6, 1-2-3; 2N 5, 4; 2N 7, 5; 2N 9, 2), y en el tema del hombre nuevo-hombre viejo encontró un terreno de lo más propicio para aplicarla. Los contrarios, como hemos visto, peleaban unos contra otros en un sujeto paciente que no era sino la persona humana: “Dios que es todas las perfecciones, con-

tra todos los hábitos imperfectos del alma, y curtiendo en ardores al alma, para que, desarraigándolos de ella y disponiéndola, entre él en ella por amor suave, pacífico y glorioso, así como el fuego cuando ha entrado en el madero” (LI A 1, 19).

3.- Esta entrada triunfal de Dios en la vida del hombre nuevo se ha hecho matando la muerte y trocándola en vida. Conviene fijarse en la vida nueva que es cuando habiendo llegado “a esta perfección de unión con Dios” o vida espiritual perfecta que es la posesión de Dios por unión de amor, “todos los apetitos del alma y sus potencias, según sus inclinaciones y operaciones, que de suyo eran operación de muerte y privación de la vida espiritual, se truecan en divinas” (LI B 2, 33).

4.- Lo más importante en este contexto, en el que se da por asentado que lo que el alma llama muerte, es todo el hombre viejo” (LI B, 2, 33), es saber y no olvidar nunca que la Santísima Trinidad es Quien ha trocado la muerte del alma en vida, transformándola en sí (LI B 2, 1), y las grandes mercedes y bienes que vincula o asocia el alma enamorada y Juan de la Cruz *al cauterio*, que es el Espíritu Santo, a *la mano*, que es el Padre y *al toque*, que es el Hijo, a los que corresponden respectivamente: llaga regalada, gusto de vida eterna, deuda o dádiva, con que queda bien pagada, todo esto es posible y real por haberla transformado en sí (LI B 2, 1).

5.- *Los fueros de la vida nueva*

Los fueros de esta vida nueva en plenitud son divinos. Y Juan de la Cruz como en otros casos sale por ellos a base de una experiencia gozosa (CB 22, 6) y del siguiente principio filosófico: “como quiera que cada viviente vive por su operación, como dice los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios, por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios y así se ha trocado su muerte en vida, que es vida animal en vida espiritual” (LI B 2, 34).

Sacando las consecuencias de este principio, va señalando cómo circula esta vida de Dios en el entendimiento, en la voluntad, en la memoria, en el apetito natural, en toda la persona. “El alma, dirá, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el espíritu de Dios, como enseña San Pablo diciendo que los que son movidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios”(Rom 8, 14: LI B 2, 34; 3S 2, 7-16, donde desde ese mismo texto viene a establecerse la equivalencia: hijos de Dios= transformados y unidos con Dios y movidos por su espíritu).

6.- Aquí apunta ya con todo su vigor el hombre nuevo sanjuanista, el hombre nuevo perfecto en Cristo, que no se define simplemente por una rectitud moral, por una perfección moral o psicológica sino que llega mucho más allá en cuanto participante de la vida divina y de la acción de Dios, en virtud de la cual “toda la actividad cognoscitivo-afectiva del alma se hace divina por participación. Una “divinización” de este tipo viene a significar “que todos los actos proceden del alma vitalmente, pero que Dios coopera con ella dando el impulso inicial para obrar, acompañando al alma en la realización y siendo el objeto final al cual el acto se dirige”.

De cómo ejerce Dios este señorío en el hombre nuevo=divinizado deja larga constancia Juan de la Cruz, como puede verse en 3S 2, 8 y 2S 16, 4, etc.,

7.- Muerto, pues, este hombre viejo con una muerte que va mucho más allá del área pura de la falta moral o de los dejos de los apetitos voluntarios desordenados, el hombre nuevo está en toda su pujanza y plétora de vida divina recibiendo, sintiendo y gustando lo divino, no humana y natu-

ralmente, sino divina y espiritualmente, “porque los bienes no van del hombre a Dios, sino vienen de Dios al hombre” (2S 16, 5).

8.- En todo esto hace acto de presencia de un modo impresionante la ya recordada potencia obediencial, disponible y dispuesto el hombre ante Dios como quien se le ofrece y “*obedece* a Dios para recibir en sí todo lo que él quisiere” comunicarle.

Volvemos a aquello de que Dios es pura generosidad y el hombre pura receptividad.

Y nunca más receptividad y acogida cuando hay más generosidad; ni tampoco más generosidad que cuando hay más apertura y acogida para recibir.

Fray Juan tiene la conciencia de que todo este mundo de cosas humano-divinas no es nada fácil, ni es nada fácil tampoco discernir cuándo un apetito, “el apetecer”, los movimientos y acciones interiores, las actividades de la persona humana “son sólo naturales, y cuándo sólo espirituales, y cuando naturales y espirituales acerca del trato con Dios”. Aunque tentado de escribir sobre el tema (2N 16, 6; LI B, 3, 74-75) no llegó a desarrollarlo como nos hubiese gustado.

9.- “*Cristo vive en mí*” (Gal 2, 20)

Con este texto paulino el alma enamorada y Juan de la Cruz, enamorado, teólogo y místico en una sola pieza, manifiestan las grandes vivencias del hombre nuevo en Cristo.

El texto “*vivo yo, ya no yo, mas vive Cristo en mí*” lo cita tres veces (seis, si atendemos a las dos redacciones de Cántico y Llama) CB 12, 7-8; CA 11, 6-7; CB 22, 6; CA 27, 4; LI B 2, 34; LI A 2, 3º). En Llama lo alega inmediatamente al terminar el comentario a *matando muerte en vida la has trocado*. Es, a mi entender, como una traducción cristológica de toda la acción trinitaria de que viene hablando. Conecta así: “de donde puede el alma muy bien decir aquello de san Pablo: *vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo*” (Ga 2,20). Y comenta rápido: “de esta manera está trocada la muerte de esta alma en vida de Dios” (LI B 2,34), “absorta el alma en la vida” (LI A 2,30).

10.- En Cántico (canciones 22 o 27) lo trae a propósito del alma llegada al matrimonio espiritual, tema de las estrofas, asegurando que de esta alma se verifica aquello que dice san Pablo: *vivo, ya no yo, pero vive en mí Cristo*” (Ga 2,20) y comenta también con brevedad: “por tanto, viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida tan sabrosa será esta que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite de gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en él” (CB 22,6).

11.- En el otro paso de Cántico (B 12, A 11) lo cita en el comentario al verso *que tengo en mis entrañas dibujados*. El comentario que es bastante largo hay que leerlo directamente en el texto, atendiendo a lo que es dibujo según el entendimiento y dibujo según la voluntad, y a lo que comporta de vivencia recíproca la vida que alienta en los amantes. Queriendo traducir la experiencia mística del alma a palabras bíblicas aparecen como las más indicadas las de san Pablo, “porque en decir vivo yo, ya no yo, dio a entender que aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él” (CB 12,7).

12.- Al hombre nuevo en Cristo así culminado se aplican estas confesiones paulinas y de él valen y en él se verifican estas afirmaciones sanjuanistas. Cristo presente en el origen del hombre nuevo, viviente y actuante ese mismo Cristo en su etapa de crecimiento, lo ha ido conformando con su propia vida: objeto de consideración y de ejemplaridad para el renacido (1S 13, 3-4)

En esta cumbre de vida espiritual los místicos son también amigos de recordar, como buenos amantes, una especie de adagio o refrán espiritual que dice: “*el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima*” (CB 8, 3), o más simplemente: “*más vive el alma adonde ama que donde anima*” (CB 11, 10).

Aplicado este principio a Cristo viviente en el alma y al alma viviente en Cristo, hay que decir que el alma que le ama vive en Dios y en Cristo más que en el propio cuerpo donde no tiene su vida, pues ella se la da al cuerpo. Este hombre nuevo en Cristo que así ha ido alcanzando la culminación humana y espiritual vive así en Cristo glorificado y escondido en el seno del Padre (CB 1, 3). El constante salir de sí, la continua renovación y “la nueva manera de ser” que caracteriza al hombre nuevo no es otra cosa que la vida de Cristo en él y la de él en Cristo.

Si no estuviera hoy tan manoseada la palabra, diríamos *convivencia*; o, si no, diremos *simbiosis*, siendo los *simbiontes* Cristo y el hombre nuevo.

SEMBLANZA FINAL DEL HOMBRE NUEVO: PERFECTAMENTE DIVINIZADO, DEL CRISTIANO “HOMBRE PERFECTO EN CRISTO”

Ficha

92

1.- Nos hemos detenido, anteriormente, examinando dos textos fundamentales: uno de Juan de la Cruz: *matando muerte en vida la has trocado*; otro, de san Pablo: *vivo yo, ya no yo, pero vive en mi Cristo*. El texto paulino era interpretado y enriquecido por Juan de la Cruz desde su experiencia viva. En la presentación de ambos textos han ido asomando aspectos fundamentales que configuran ya por sí solos el semblante del hombre nuevo, hombre en Cristo. La obra de la Santísima Trinidad en él y su vida asociada, identificada simbióticamente llevada con Cristo son los fundamentos de esta semblanza.

2.- Si por semblanza entendemos bosquejo biográfico, ya queda dicho que el hombre cristiano vive la misma vida de Cristo y que Dios es la vida del alma (CB 2,6). Siendo el bosquejo “traza primera no definitiva”, la semblanza que ofreceremos aquí será imperfecta, por necesidad. El mismo Juan de la Cruz se sentía incapacitado para dar un retrato perfecto del hombre antonomásticamente nuevo.

El cristiano que se ha ido perfeccionando a lo largo del camino espiritual era ya hombre nuevo, peregrino de la novedad perfecta. Todo lo que por partes y sucesivamente ha ido adquiriendo, logrando, recibiendo, alcanza en la unión perfecta con Dios, en esa culminación su última perfección, su significado pleno.

3.- Al alma le sucede aquí lo que se dice en CB c.35 cuando interpreta la palabra *nido, su nido*, que significa descanso y reposo. Descansa uno y se goza, finalmente, en lo que ha ido conquistando y fabricando como el ave en su nido. Todo lo que ha trabajado y todo lo que ha ido ganando lo gozará en la unión con Dios.

Llena, abastecida, rebosante de riquezas de Dios se verifica en esta y de esta alma aquello de que “las cosas y perfecciones divinas no se conocen entienden como ellas son cuando las van buscando y ejercitando, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas” (2N 17,8).

4.- *Trazos para la semblanza*

Damos a continuación una serie de afirmaciones y pormenores que son como otros tantos trazos de la semblanza ideal del cristiano perfectamente divinizado, tal como lo experimentó y lo quiere Juan de la Cruz.

- a) El hombre nuevo posee por participación los mismos bienes que Dios por naturaleza. Verdaderamente es Dios por participación, igual y compañero de Dios mismo (CB 39,6; CB 22,3; 2S 5,7).
- b) Renacido en el Espíritu Santo disfruta del reino de Dios, que es el estado de perfección (2S 5,5). Y porque el alma del hombre nuevo vivificada por el Espíritu Santo tiene perfecto amor y es esposa del Hijo de Dios, en esa igualdad de amistad “todas las cosas de los dos son comunes a entrambos” (CB 28, 1).
- c) Este compartir los bienes divinos es “la adopción de los hijos de Dios, que de veras dirán a Dios lo que el mismo Hijo dijo por san Juan al Eterno Padre diciendo: “todas mis cosas son tuyas y tus cosas son mías” (17,10). El por esencia, por ser Hijo natural, nosotros por participación, por ser hijos adoptivos” (CB 36,5). Adopción alcanzada por los méritos de Cristo y por su gran bondad y benignidad para con nosotros (CB 39,5).
- d) La oración perfecta del hombre nuevo, Dios por participación e hijo adoptivo, le lleva a regocijarse en la posesión de todas las cosas del cielo y de la tierra. Su oración es la del alma enamorada que corona su plegaria exultante diciendo: “... y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí”.
- e) Este hijo adoptivo transformado en la Santísima Trinidad, al ser deiforme y Dios por participación (CB 39,4) obra, por más inexplicable que parezca, acompañadamente con Dios la obra de la Santísima Trinidad (CB 39,5).
- f) Unido con el Padre, Hijo y Espíritu Santo gusta rastro de vida eterna y sabe a qué sabe la vida eterna, gozando un viso de esa misma vida (LB 1,6).
- g) Unido con Dios y hecho un espíritu con él, sus operaciones son del Espíritu divino y son divinas. Al estar bajo esa acción del Espíritu de manera tan perfecta, “todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; y no hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinos, pues están transformadas en ser divino” (3S 2,9). En todo esto que hace Dios en ella y con ella y en todo lo que le va concediendo, lo principal del hombre nuevo es dar “su voluntad y consentimiento” (LB 1,9; 2N 11, 2).
- h) Este hombre nuevo que se presenta como divino, endiosado (CB 27,7) habitado y poseído por el Espíritu Santo, etc., es alguien que se ha entregado de hecho a Dios (CB 27,6; CB c.28), cumple todo por razón de amor (3S 19,6), está de paz edificado (CB 24,8), se ha afirmado de Dios para siempre (CB 27,3), goza nueva manera de vida, deshecha ya y aniquilada de todo lo viejo que antes usaba (CB 26,17), vive él, ya no él, mas vive Cristo en él (Ga

2,20), goza de una ordinaria suavidad y tranquilidad que nunca se le pierde ni le falta (CB 24,5), de voluntad encendida, tocada por Dios (CB 25,6), y unido en perfecta fe, esperanza y caridad (3S 1,1), todo es amor (CB 27,8), recibido en Dios (CB 27,7), vive en suma esperanza (3S 2,3) y en aquel “sumo recogimiento, que consiste en poner toda el alma, según sus potencias, en solo el bien incomprehensible y quitarla de todas las cosas aprehensibles, porque no son bien incomprehensible” (3S 4,2). Es como los viejos amadores de Dios (CB 25,11), lleno de temor perfecto de Dios, porque está perfecto el amor de Dios, “que es cuando se hace la transformación por amor del alma con Dios” (1S 2,4), libre del demonio y del mundo y de su misma sensualidad, ha alcanzado “la libertad preciosa y deseada de todos, del espíritu, y salió de lo bajo a lo alto; de terrestre se hizo celestial, y de humano divino, viniendo a tener su conversación en los cielos” (2N 22,1).

El hombre nuevo ha vuelto, en cierta manera, a la limpieza original-bautismal (CA 37,1-3), pero con la añadidura de tantos y tantos merecimientos y con la victoria de tantas batallas y tribulaciones (CB 34,4) y ya limpio de corazón, en todas las cosas halla noticia de Dios: gozosa y gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa (3S 26,6).

El hombre nuevo, llegado al nono grado de amor, arde ya en Dios suavemente (2N 20,4) y se le deben las bienaventuranzas, especialmente la de la limpieza de corazón y la de la pobreza de espíritu (2N 8,5). Es llamado por el Señor “bienaventurado, lo cual es tanto como decir enamorado”, y sólo por eso se da la bienaventuranza (2N 12,1).

Llegado al santo recogimiento, silencio espiritual, desnudez y pobreza de espíritu, el hombre nuevo goza “del pacífico refrigerio del Espíritu Santo” (Cautelas, n.1); para el hombre nuevo no hay ley (cfr. 1Tm 1,9); él para sí se es ley (cfr. Rm 2,14). El hombre nuevo es el justo por excelencia. Para este hombre justo y nuevo movido por el Espíritu Santo, la ley es el mismo Espíritu Santo que inhabita en su corazón y actúa en él con la eficacia y frecuencia ya señaladas. Esa acción del Espíritu es inefable y múltiple (CB, prólogo 1; CA, prólogo 1).

Puesto en el sentir de Dios, para él todas las cosas le resultan, le son nada, y él mismo para sus ojos es nada: *sólo su Dios para él lo es todo* (LB 1,32).

- i) El auténtico hombre nuevo (“novissimus Adam”) es Cristo, y en virtud de él (del misterio pascual) y a imagen suya se originan, crecen y alcanzan la plenitud todos los hombres nuevos. Si el hombre nuevo es tanto más nuevo cuanto más se hace Dios por participación, tanto más nuevo será también cuanto más y mejor refleje o reproduzca en sí las facciones de Cristo.
- j) La figura de Cristo se ha ido imprimiendo en el hombre nuevo como el sello en la cera blanda y la imagen de la primera mano y dibujo de Cristo (CB 12,1). Se ha ido perfeccionando poco a poco conforme al canon pedagógico divino (2S c.17; CB 23,6). Llega un momento final, y en ese hombre nuevo es ya todo un clamor porque se acabe de pintar y formar Cristo en él perfecta y acabadamente en la gloria (CB 12,6-8).
- k) Aleccionado por su alta experiencia de Dios: toques sustanciales, recuerdos etc., el hombre nuevo capta y atisba tales asomadas de gloria y amor que quedan como a la puerta del alma, “no cabiendo por la angostura de la casa terrestre” y ve que el Espíritu Santo le está provocando y convidando con aquella inmensa gloria que le está proponiendo ante sus ojos que no puede menos de responder a esa invitación, diciendo: “acaba ya, si quieres”. Y comenta: “en lo cual le pide al Esposo aquellas dos peticiones que él nos enseñó en el Evangelio, conviene saber: venga tu reino, hágase tu voluntad (Mt 6,10), y así es como si

dijera: acaba, es a saber, de darme este reino; si quieres, esto es, según es tu voluntad” (LB 1,28).

- l) El hombre nuevo tiene por amiga y esposa (y prometida o novia: CB 11,10) a la muerte y desea pasar por sus estrechuras para unirse con Cristo: aquél que él más quiere (CB c.2). Tiene el mismo deseo del apóstol: *ser desatado del cuerpo y verse con Cristo* (Flp 1,23: CB 37,1: atiéndase a cuán hermosamente expone el deseo del alma y sus propósitos apenas llegue a la presencia de Cristo Jesús).
- m) El alma perfectamente unida con Cristo desea ser trasladada por él “del matrimonio espiritual a que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante al glorioso de la triunfante” (CB 40,7). Su pretensión no es ya otra que el estado beatífico (CB, argumento, n.2). Y es que sólo le queda una cosa que desear: gozarle perfectamente en la vida eterna (CB 36,2).
- n) Ese clamor por la vida eterna en el más allá lo siente el hombre nuevo con todo su ser, en cuanto que sabe a qué sabe la vida eterna hasta con el cuerpo, “por medio de la unción del Espíritu Santo”. Es entonces cuando “goza toda la sustancia sensitiva, todos los miembros y huesos y médulas..., con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta los últimos artejos de pies y manos” (LB 2,22). Y sigue Juan de la Cruz contando como quien trata de expresar una experiencia propia fuerte: “Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece a Dios, sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David dice: *todos mis huesos dirán: Dios ¿quién semejante a ti?*” (Sal 34,16: LB 2,21-22).
- o) El hombre nuevo, el del corazón bien robado o arrobado y enamorado (CB 9,4-7), tan hecho a gozarse en el Dios vivo, este hombre que tiene el oído tan “espabilado” (Is 50,4) y que sabía tan bien captar “el lenguaje y palabras” que trataba Dios con él (LB 1,5), por su condición de alma limpia y enamorada (Ibid.), siente la llamada que le llega desde el día de la eternidad de su Dios, siente la dulce voz del Esposo que le reclama. Y la siente “fin de males y principio de bienes” mayores y definitivos de los que ya está disfrutando: como nueva primavera en libertad y anchura y alegría de espíritu (CB 39,8-9).
- p) El hombre nuevo en este trance no sólo desea morir, sino ser muerto o matado:
- “Gocémonos, Amado,
Y vámonos a ver en tu hermosura”;
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro”;
descubre tu presencia
mátame tu vista y hermosura”;
entremos más adentro en la espesura”.
- q) Estas son las mejores oraciones sálmicas del alma enamorada, que encuentran su eficacia en la madurez de la vida espiritual de quien las dice; no es oración de labios o inmadura, sino vital y capaz de arrancar de Dios lo que pide porque es Dios mismo el que la mueve a pedir esa entrada a la gloria que él ya le quiere dar. Así funciona este universo de la oración del hombre nuevo, totalmente dócil a la acción del Espíritu (3S 2, 9-11).
- r) El hombre nuevo tiene que morir de amor (CB 11,6-11). Muerte preciosa la suya “porque aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí ya tan anchos y represados, que parecen ya mares; juntándose lo primero y lo postrero de sus tesoros para acompañar al justo que va y parte para su reino, oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías,

son gloria del justo (24,16:LB 1,30). Alabanzas y cantos en el texto profético se destinan al Señor; Juan de la Cruz los refiere al hombre hecho Dios por participación de Dios y que va y parte para consumir este “gran negocio” de su endiosamiento o divinización y su adopción de hijo plenamente con la visión de Dios.

- s) Para el hombre nuevo no hay Purgatorio en el otro mundo y así, desatada su alma de la carne luego, es decir, inmediatamente, posee a Dios y se asimila o asemeja totalmente a él, “no porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible, sino porque todo lo que ella es se hará semejante a Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participación” (2N 20,5). Y para que pudiese venir a esta comunicación con Dios la crió a su imagen y semejanza (CB 39,4) y la recreó por medio de su Hijo, “resplandor de su gloria y figura de su sustancia” (Hb 1,3: CB 12).

PERO, ¿ES POSIBLE TODA ESTA DIVINIZACIÓN DEL HOMBRE?

Ficha

93

1.- Juan de la Cruz andaba especialmente ocupado y preocupado por este tema de las comunicaciones divinas, y así habla de esto en dos párrafos añadidos, uno en la segunda redacción del Cántico y otro en la segunda redacción de la Llama (CB 33,8, LI B 1, 15). En Llama introduce el tema diciendo: “Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia son más maravillosas y menos creíbles”, no dudo sino que algunas personas o no las crearán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí, es decir, van a creer que quien lo cuenta es un mentiroso, o un exagerado e hiperbólico, o van a pensar que lo ha explicado perfectamente y que no es más que eso que él ha dicho y ellos han entendido. Esa actitud es debida a no entenderlo por falta de ciencia ni saberlo por experiencia.

2.- Colocándose frente a todos estos posibles enjuiciadores usa un tono decidido, escribiendo en primera persona: “Pero a todos estos yo respondo que *el Padre de las lumbres* (Sant 1, 17), *cuya mano no es abreviada* (Is 59, 1), y con abundancia se difunde, sin aceptación de personas (Ef 6, 9), doquiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también él a ellos en los caminos y vías alegremente (Sab 6, 17) no duda ni tiene en poco *tener sus deleites con los hijos de los hombres* de mancomún *en la redondez de las tierras* (Prov 8,31)”.

3.- En esta apología de los fueros de Dios ha ido pasando de unos pasos bíblicos a otros hasta desembocar una vez más en el texto clásico de Juan 14, 23: “Y no es de tener por increíble que a un alma ya examinada, purgada y probada en el fuego de tribulaciones y trabajos y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene a saber: *que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él* (Jn 14, 23); lo cual es ilustrándola el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándola la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abismal de su dulzura”(n.15).

4.- Todas las palabras están exactamente seleccionadas y dosificadas: el sujeto, el Padre; el verbo, absorber; los adverbios, poderosa y fuertemente; el modo y el resultado de esa absorción: abrazo abismal de su dulzura con lo que ya significa de gratificante no un abrazo cualquiera sino de Dios Padre; abrazo fuerte, estrecho, abisal o abismal de su dulzura “por medio del cual abrazo vive el alma vida de Dios” (CB 22, 6).

5.- Otro ejemplo de este mismo tema encontramos también en las páginas añadidas en el Cántico B en la canción 33, a la que corresponde la 24 en el Cántico A. Hay algo muy sutil en el cambio que imprime a la glosa que hace a un texto del Cantar de los Cantares (1, 4). Donde en CA dice: “lo cual es tanto como si dijera: “hijas de Jerusalén, no os maravilléis...”, en el CB escribe: “Lo cual es decir: almas que no sabéis ni conocéis de estas mercedes, no os maravilléis porque el Rey celestial me las haya hecho a mí tan grandes”(CB 33, 7). Vemos como respira por la misma herida que le estaba doliendo en el texto examinado de la Llama (1, 15-16).

6.- Hecha esta observación en CB añade todo un número(el 8), que arranca con una interrogación ardiente y enaltecadora de la generosidad divina: “¿Quién podrá decir hasta dónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella?”. La expresión “da en” es muy gráfica, algo así como ‘cuando se le mete en la cabeza’, ‘cuando le entra la pasión por’, ‘cuando se chifla por alguien’, frases que desde nuestros antropomorfismos podemos aplicar al Señor Dios. A la pregunta responde él mismo: “No hay poderlo ni aun imaginar; porque en fin, lo hace como Dios, para mostrar quién él es”. Ya se ve como para reflejar la imposibilidad no recurre a la mente, a la inteligencia sino al poder de la imaginación (2S 12, 49) que llega más allá del entendimiento. Ni a base de imaginación se puede decir hasta dónde llega esa acción engrandecedora de Dios. Aunque no se pueda expresar debidamente, sí se puede dar algo a entender. Para ello hay que recurrir a “la condición que Dios tiene de ir dando más a quien más tiene, y lo que le va dando es multiplicadamente según la proporción de lo que antes el alma tiene”. Ya se ve la enorme generosidad de Dios, no va sumando sino multiplicando.

7.- En otra parte proclamará que “la virtud de la liberalidad es una de las principales condiciones de Dios” (3S 20, 2). En fuerza de esa su liberalidad y amor gratuito “los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es más amigo suyo, y lo ordena para más honrarle y glorificarle; así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas” (CB 33, 8). La comparación de la luz grande que está como protegiendo y agrandando e integrando en sí las luces más pequeñas, es también muy reveladora de esa misma generosidad.

8.- La generosidad divina va ligada para Juan de la Cruz a la mano blanda del “piadoso y omnipotente Padre”. Esa mano “es tan dadivosa y generosa, cuanto poderosa y rica”, por eso cuando se abre para hacer mercedes da ricas y poderosas dádivas al alma (LI B 2, 16). En la transformación del alma en Dios se da este fenómeno: “muestra Dios al alma, comunicándosele, un total amor generoso y puro con que amorosísimamente se comunica él todo a ella, transformándola en sí” (CA 37, 3).

9.- Juan de la Cruz no habla de la generosidad y liberalidad divina como un doctrinero sino como un místico experimentado y por eso es tocarle en las niñas de los ojos poner en duda o negar esa condición de Dios. En una página espléndida en que habla como pocas veces de la experiencia de los atributos divinos, hace entrar también la experiencia de este atributo divino. Hablando

con el alma, le dice: "...y como él sea liberal conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interese, sólo por hacerte bien" (LI B 3, 6). En el CB 27, 1, presenta a Dios comunicándose en la interior unión de amor con más amor que una madre, que un hermano, que un amigo, "empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar a su niño, criándole a sus mismos pechos. En lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice: *a los pechos de Dios seréis llevados y sobre sus rodillas seréis regalados*" (66, 12).

10.- En todo este discurso sanjuanista no se trata de fenómenos tales, como visiones, locuciones, etc., sino se trata de vida teologal alentada y vivificada por el Espíritu no sólo en el discurrir cotidiano, sino en esas alturas más altas del matrimonio espiritual. De la madera de las virtudes teologales, especialmente de la caridad, se hacen los santos. Juan de la Cruz es el gran testigo de ese mundo interior de la más alta unión con Dios y se recrea en acariciar ese cúmulo de mercedes del Señor en la vida del hombre nuevo. La energía con que defiende los derechos de Dios y la alegría con que celebra el engrandecimiento de las almas así favorecidas, son una prueba más del valor de la experiencia mística para conocer a Dios y al hombre endiosado. Lamenta la ignorancia y la rudeza de tanta gente en este ámbito de cosas y está convencido del valor apostólico de las vidas repletas de esas riquezas divinas (CB 29, 1-10), y cree que el conocimiento de la concesión de esas gracias a sus hermanos hay que divulgarlo para honra de Dios y bien de los demás.

EL HOMBRE NUEVO EN LA BIENAVENTURANZA CELESTIAL

Ficha

94

1.- En cuanto hemos dicho acerca de la unión del alma con Dios y acerca del hombre nuevo en Cristo en este mundo, hemos tenido que hacer no pocas incursiones en el otro, en el más allá.

Y esto, no por simple explicación o referencia extrínseca, sino por necesidad intrínseca, ya que Juan de la Cruz, siguiendo la marcha y la dirección de la vida de Dios en el hombre se ha constituido en "el gran mensajero" de la línea recta escatológica que une el bautismo con la visión beatífica; la gracia inicial con la gloria terminal; la "compañía de Dios" recibida en la regeneración espiritual con la compañía eterna que se goza en el cielo, el desposorio bautismal, trasunto de la Cruz, con el matrimonio espiritual por antonomasia en este mundo y con el matrimonio beatífico en el otro; fruto inmejorable, también éste, de la Cruz; la comunidad de bienes, que se establece en el bautismo, con la herencia eterna y absolutamente imperdible de esos mismos bienes en la casa del Padre; la mirada inicial de Dios al alma con la visión mutua "cara a cara", en que, finalmente, se carean el Esposo y la esposa; la niñez y menor edad espiritual del recién nacido con la perfecta filiación adoptiva del adulto en la morada del Padre junto al Hijo por naturaleza: Cristo Jesús; la Iglesia militante con la triunfante; lo creído con lo visto.

2.- Se le puede leer progresivamente desde el primer punto de esa línea hasta el último; o regresivamente desde el último hasta el primero. Lo mismo que se puede examinar y admirar en el fruto la fuerza de la semilla que lo produjo y en la semilla se puede adivinar el árbol y el fruto que vendrá.

La vida del hombre nuevo ya perfecto aquí abajo se nos ha aparecido como en una constante tensión final por irrumpir en la otra vida (pueden verse en este último apartado: trazos para la semblanza. Esa tensión no nace, evidentemente, del propio hombre sino que es recibida y padecida por él y actuada por el Espíritu Santo que es siempre el gran Aposentador de Dios, del Hijo, aquí y allí (CB 17, 8, 10).

3.- En la estrofa tercera de la Llama nos hace asistir el santo a la lucha del fuego (=Espíritu Santo) con el aire (=alma). Pudiéramos llamarla danza del fuego; de hecho él habla de “movimientos y llamaradas=los juegos y fiestas alegres”, que hace el Espíritu Santo en el alma, y aquilata: “... en los cuales parece que siempre está queriendo acabar de darle la vida eterna y acabarla de trasladar a su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí; porque todos los bienes primeros y postremos, mayores y menores que Dios hace al alma, siempre se los hace con motivo de llevarla a vida eterna; bien así como la llama todos los movimientos y llamaradas que hace con el aire inflamado son a fin de llevarle consigo al centro de su esfera, y todos aquellos movimientos que hace es porfiar por llevarlo. Mas, así como porque el aire está en su propia esfera, no le lleva, así, aunque estos motivos del Espíritu Santo son eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire de esta vida de carne y pueda entrar en el centro del espíritu de la vida perfecta en Cristo” (LB 3,10; véase también LA 3,10 con algunas variantes muy decidoras).

4.- Además de esta lucha, que en su cubierta literaria tiene el sabor de la relación de un vuelo espacial, existe la voz de la sangre, la llamada del desierto, la llamada del abismo, la llamada de las cumbres, la llamada de la eternidad. Esta última tiene en Juan de la Cruz algo así como la fuerza del apresuramiento, del vértigo. Participa su doctrina, de las características plenas de toda espiritualidad fundada sobre el “ya desde ahora”, pero “todavía no”, que es necesariamente escatológica. La suya es una espiritualidad, una mística, anclada en el presente todo lo que queramos, pero con una fuerte movilidad que hace que, trabajada por el dinamismo amoroso que le es propio, viva en la tensión constante indicada hacia el futuro definitivo.

5.- Tal es la espiritualidad sanjuanista que, macizada de virtudes teologales, agoniza por alcanzar nuevas metas y, a través de éstas, la etapa final ultraterrena: Dios visto cara a cara. Para ser sanjuanísticamente más preciso, a ese “ya desde ahora”, pero “todavía no” habría que anteponer un “ya desde el otro día”; de modo que el tablero de la escatología nos diera estos tiempos: 1. “ya desde el otro día”; 2. “ya desde ahora”; 3. “todavía no”.

¿Qué ventajas introduce ese “¿Ya desde el otro día”? La ventaja segura de tomar de atrás el agua, es decir, desde su altura inicial y terminal y ver luego cómo discurre en el intermedio o entretiem po, siempre en busca de la fuente.

Comentando los tres últimos versos de la canción 38 del Cántico Espiritual: CB: /Y luego me darías/ allí, tú, vida mía,/ aquello que me diste el otro día./

Y, viniendo a la declaración del último, dice: “Por aquel otro día entiende el día de la eternidad de Dios, que es otro que este día temporal. En el cual día de la eternidad predestinó Dios al alma para la gloria, y en esto determinó la gloria que le había de dar, y se la tuvo dada libremente y sin principio antes que la criara. Y de tal manera es ya aquello de la tal alma propio, que ningún caso ni contraste alto ni bajo bastará a quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio vendrá ella a poseer sin fin...; ello, en fin, es ver a Dios” (CB 38,6).

6.- El Dios de la fe y el de la visión, el del camino y el del término no es solamente semejante o parecido, sino que es el mismo: uno, mejor, único e idéntico. “Ser visto o creído”, ésta es la diferencia (2S 9,1); “visto o creído” afecta al vidente o creyente, no al objeto de la visión o de la fe, ya que Dios sigue siendo tan Dios y tan inmutable en un caso como en otro (Ibid., y CB 12,4). Cambia simplemente la situación del sujeto que cree o ve. Culmina su fe en visión, su esperanza se torna posesión cumplida, su amor-caridad logra una operación y unos frutos perfectos y eternos (LB 1,14).

El Dios “visto o creído”, “esperado o poseído”, “amado desde aquí o desde allí” es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo sumamente trascendente e intimísimamente presente y activo y condescendiente en la historia de la salvación universal y en la marcha de la santificación de todos y de cada uno.

7.- Qué sea “aquel aquello” recibido ya “desde el otro día” y que se hará plenamente efectivo en la casa del Padre no es nada fácil de describir con palabras. Es imposible. Ni el propio Cristo, en el Apocalipsis, ha podido decírnoslo de siete veces, a pesar de los “muchos términos y vocablos y comparaciones” de que se sirve (Se trata de textos del Apocalipsis tomados de los capítulos segundo: versículos 7, 10, 17, 26-28, y del capítulo tercero: versículos 5, 12, 21-22). “De manera que nombre que justo cuadre a aquello..., que es la felicidad para que Dios la predestinó, no se halla” (CB 38,9).

Finalmente, la glosa a *aquello que me diste*, después de haber alegado también pasos de los salmos 30, 35 y 20 (Ibid.), desemboca en esta oración: “aquel peso de gloria en que me predestinaste, ¡oh Esposo mío!, en el día de tu eternidad, cuando tuviste por bien de determinar de crearme, me darás luego allí en el mi día de mi desposorio y mis bodas y en el día mío de la alegría de mi corazón, cuando, desatándome de la carne y entrándome en las subidas cavernas de tu tálamo, transformándome en ti gloriosamente, bebamos el mosto de las suaves granadas” (CB 38,9).

8.- Este comentario, además de ser oración y buen resumen de las canciones 37 y 38, es una prueba más de cómo en cuestiones de escatología el futuro es el que gobierna el pasado y el presente, quizá porque ese futuro, al estar fuera del tiempo y del espacio y de las contingencias de estas categorías es inmanente y entrañado en ese pasado y en ese presente.

El alma transformada en Dios y agraciada con la experiencia viva del mismo Dios sabe ya desde aquí algo de aquel *aquello*. Estimulada por esa degustación, convencida y todo como está de habérselas con lo inefable, se emplea en decir “algo de aquella fruición que entonces gozará en la beatífica vista, declarando ella, en cuanto le es posible, qué sea aquello que allí será” (CB 39,1).

Para expresarnos qué es lo que le dará Dios, se sirve de cinco términos:

- La aspiración del Espíritu Santo de Dios a ella y de ella a Dios.
- La jubilación a Dios en la fruición de Dios.
- El conocimiento de las criaturas y de la ordenación de ellas.
- Pura y clara contemplación de la esencia divina.
- Transformación total en el inmenso amor de Dios (CB 39,2).

Las riquezas de esta estrofa 39 del CB hay que saborearlas personalmente sin ninguna clase de explicaciones de intermediarios, dejándose llevar por el santo doctor cuando comenta cada uno de los versos: el aspirar del aire (nn. 3-7); el canto de la dulce filomena (nn. 8-10); el soto y su donaire (n. 14). En el acercamiento a esta canción, como ya dejamos dicho al proponer el consejo final entre los criterios de lectura, “es muy necesaria la empatía, es decir, esa comunión de tipo afectivo e intelectual entre él y sus lectores, entre él y sus seguidores”.

9.- *Complemento bibliográfico sanjuanista*

Como referencias especiales sobre la gloria, el cielo, la bienaventuranza, la fruición, el gozo eterno, la visión de Dios en los textos sanjuanistas pueden consultarse:

- CB 38,5: en qué consiste la gloria esencial. Cfr. CB 14-15,14.
- 2S 4,4: paralelismo entre gracia y gloria.
- CB 11,4: el alma pide a Dios que la glorifique con su manifiesta gloria.
- CB 7,6: “contemplándole en el cielo y gozándole”; *ibid.*, n. 9.
- CB 37,1: conocer y disfrutar el misterio de Cristo “no es la menor parte de su bienaventuranza”, de la bienaventuranza del alma que lo primero que quiere hacer en la casa del Padre es “tratar y ver a quien bien quiere”, es decir, a Cristo Jesús.
- 2S 5,10: en el cielo todos ven a Dios y están contentos, aunque unos vean más y otros menos.

Léanse muy particularmente las cinco últimas canciones del CB, en las que el alma enamorada “se emplea en pedir al Amado” la visión manifiesta de Dios (CB 36,2), de suerte que al comentar los versos o directa o indirectamente se habla no poco de ese más allá definitivo y glorioso, desde unas explicaciones que abarcan, por así decirlo, las dos laderas: la del matrimonio espiritual aquí abajo y la del matrimonio beatífico allá arriba. El santo opera no pocas veces esa especie de inducción y desde una cumbre se asoma a la otra, buscando luz recíprocamente. Dialéctica parecida usa en otras muchas canciones del Cántico: por ejemplo: CB 1, 2,4-5,10; 2,6; 6,1-2; 7 ya citada; 9,2; 10,3-4,7.

Léase toda la canción 11 que sintoniza particularmente con las cinco últimas. También la 12 y la 13, etc.

En general en todo el Cántico el alma está bajo el síndrome de la clara y esencial visión de Dios, de verle, de poseerle ya en la bienaventuranza, y no descansa buscando, suspirando, hablando, soñando con esa ilusión.

En la Llama nos encontramos con un alma enamorada, fronteriza de la gloria y también suspirando y orando por ella, esperando que llegue ya la hora de perfeccionar el matrimonio espiritual que aquí tiene con la beatífica vista de Dios en el cielo (LB 1,27). Al expresar en Cántico y Llama estas vivencias singulares y manifestar el ansia de eternidad beatífica que la consume, va dando pinceladas el alma acerca de lo que será para ella esa su morada celestial y su encuentro con Cristo.

En la Carta 12 a la aspirante a carmelita descalza se habla de la gloria y de cómo hay que hacer “para bien pensar en ella y amarla”.

1.- Ante todo recuerdo al lector dónde hemos hablado ya de Cristo Jesús:

De entre los textos bíblicos presentados con el relieve que se merecen, al tratar de la Biblia como fuente de los escritos sanjuanistas, se señalan varios de ellos referidos a Cristo: nn. 4, 5, 6, 12, 13, 14.

Al formular los criterios hermenéuticos, en los ejemplos que se dan aparece también la figura, la palabra, la persona de Cristo: nn. 2, 4, 6, 9, 11.

Entre las claves de interpretación, la segunda la hemos llamado: cristológica. Como dando razón de la misma queda allí recogida media docena de pasajes sanjuanistas que el estudioso de Juan de la Cruz no puede ignorar. Pero, la persona de Cristo es tan necesaria que se la encuentra prácticamente en las otras claves y en la conclusión allí puesta al tema.

Al comentar levemente, a modo de ejemplo, para el lector, algunos de los poemas sanjuanistas, se habla también de Cristo-Jesús: por ejemplo: Romance sobre el evangelio “in principio erat Verbum”; ¡que bien sé yo la fonte!; un pastorcico.

Lo mismo se diga del comentario a las Obras menores en prosa (Dichos, Cautelas y Avisos, Epistolario...), y nada digamos del comentario a la figura de El Monte de la Perfección, sobre todo si se atiende a la afirmación que allí hacemos, al final (n. 9), de que Cristo, en definitiva, “es el Monte al que hay que subir, transformándose y asemejándose a él” (cfr. CB 36,6-8).

Continúa esa presencia de Cristo a lo largo de lo que hemos llamado la línea esencial de las grandes Obras sanjuanistas; apareciendo esto en grado superlativo en el Cántico Espiritual, en el que con toda riqueza de expresión nos encontramos con Cristo como el Esposo, el Amado, el “Amado-Esposo”, siendo él el verdadero protagonista y con él el alma/la Iglesia. Idéntico, por otra parte, es el Esposo y Amado en Subida-Noche, aunque con menos profusión de datos, pero no con menos profundidad, como dan fe no pocos capítulos de esos libros: por ejemplo: 1S c. 13; 2S c. 22; 2N c. 21.

Ya anteriormente, al hacer la simple reseña de los escritos, hemos tenido que referirnos a él y lo hemos hecho del modo más explícito al escribir sobre el diseño de Cristo muerto en la Cruz, debido a los años de la estancia de Juan de la Cruz en Avila.

2.- Cristo no puede estar más presente de cuanto lo está en la realidad del hombre nuevo y en toda su ascensión y transformación. Lo está ya en la simple posibilidad de abordar la síntesis fijándonos en la “nueva creatura” que va alcanzando su configuración con Cristo o transfiguración en él. Lo está en la semblanza final que damos del hombre nuevo y ya perfectamente logrado, tanto más logrado cuanto más se acerque al modelo supremo o prototipo que es Cristo en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad.

Está presente por dentro en todos los demás temas capitales relativos a la unión o comunión con Dios, ya que el Dios del que se trata no es otro que el Dios de Jesucristo, no el Dios de los simples filósofos. Está particularmente presente al tener que hablar de la unión hipostática y por otro lado de la unión por gracia, tal como las entendía Juan de la Cruz y tal como las careaba, tratándose en la primera del misterio personal de Cristo y en la segunda de algo doblemente referido a Cristo: por lo de unión y por lo de gracia, viniendo, ambas a dos, al hombre: de Cristo y por Cristo, recibéndolas en el bautismo que lo configura con él. En el largo análisis de la condescendencia de Dios se nos va desbordando, poco a poco, esa presencia de Cristo hasta culminar en la conclusión definitiva: “Felizmente, borrado el tema como simple tema, sobrenada o queda siempre a flote y sobrevuela lo que más interesa: *Jesucristo condescendencia de Dios hecha hombre para siempre*”.

3.- Que Cristo Jesús sea la clave del segundo protagonista de la unión con Dios: *el hombre*, se percibe por todos los poros de lo escrito al plantear el caso del hombre nuevo: “hombre en Cristo”, en cuyo origen fontal está Cristo, en cuyo crecimiento y desarrollo quien va creciendo y desarrollándose en él es Cristo, y en cuya culminación se da esa eclosión de vida conjunta: Cristo y el hombre nuevo.

Hechas estas señalizaciones de lo ya tratado sobre la realidad de Cristo, -que podrán ser identificadas por el lector-, en plan de complemento amanojo aquí algunos puntos, esperando que este hacecillo de cosas sirva para lo que se pone:

- a) Juan de la Cruz, contemporáneo de grandes teólogos y escritores de temas espirituales, no escribió: de LOS NOMBRES DE CRISTO, como hizo su maestro y cornpoeta fray Luis de León (1527-1591),. muerto en Madrigal en las Altas Torres el mismo año que Juan de la Cruz. Ni siquiera esquemáticamente hizo un programa de vida espiritual en el que se diera mucho espacio a la consideración de la vida, Pasión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo, como hizo, por ejemplo, Ignacio de Loyola (1491-1556) en la segunda, tercera y cuarta semana de sus Ejercicios.

Mucho menos preparó una obra en la que propusiera ordenadamente a la consideración, meditación y contemplación de los fieles lo que hizo, enseñó, padeció Cristo, como hicieron, por ejemplo Luis de Granada (1504-1588) o el Ven. Luis de la Puente (1554-1624).

No se empeñó tampoco el doctor místico en describirnos sus propias visiones, locuciones, revelaciones o experiencias espirituales de Cristo, como lo hizo santa Teresa de Jesús (1515-1582).

- b) Nada de esto hizo Juan de la Cruz o con el modo o método o con la amplitud con que lo hicieron los autores señalados. Con todo, nos dejó escritas muchas cosas acerca de los Nombres de Cristo, de sus misterios, de sus dolores, de la consideración de su vida, de su seguimiento, etc., de todo esto y de otras cosas más ha hablado con la moderación, sobriedad, profundidad que le caracterizan. Ciertos capítulos de sus libros valen por bibliotecas enteras.
- c) La misión de Cristo en la economía de la salvación-santificación (historia de la salvación) brilla como concentrada en las varias denominases o títulos o nombres con que Juan de la Cruz designa la persona del Señor Jesús.

Estos nombres, generalmente no inventados por él, conservan su fuerza nativa y significativa como en la Biblia de la que tantos de ellos están tomados o en la que se inspiran. Con esto quiero decir que, al estilo oriental bíblico, expresan el ser de la persona, su misión, su quehacer, su papel en el universo y en la historia. El nombre no es puramente convencional y arbitrario, sino que es la persona misma. En el caso de Cristo, no sólo su nombre propio: Jesús, sino otros nombres son él mismo. Ya fray Luis de León, en libro citado, acertó a decirlo de esta manera:

“El nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. El nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento”.

En la pluma de Juan de la Cruz, cada uno de estos nombres se torna, de verdad, como una síntesis luminosa para la mente y estimulante para el corazón y la conducta. Con un ejemplo sencillo se entenderá muy bien. Que el alma llame al Hijo de Dios el Amado, ha de ser para ella un compromiso de autenticidad, es decir: se le puede llamar así cuando es el Amado de hecho, aquella persona en la que se ha puesto entero el corazón (CB 1,13).

d) Selección de nombres:

- El Mesías: Anunciado, prometido, suspirado, llegado en la plenitud los tiempos (Romance sobre el evangelio “in principio erat Verbum”; (2S 19,7).
- Rey: rey celestial (2S 19,7-8; 2N 21,10; CB 17,8; CB 24,7; 30,6; CB 33,7-9; LB 2,31-35; LB 3,50; LB 4,13).
- Libertador: liberador (2S 19,7-8: aunque no use la palabra así de explícita, maneja el verbo “librar” en ese sentido).
- Rey-Esposo-Cabeza de la Iglesia coronado (CB 30,6-7, 10).
- Pastor (poema: un pastorcico, y CB 22,1: Qué entienda él por pastor lo explica del modo más elemental: “pastor quiere decir apacentador”).
- Maestro: (1S 4,6; 1S 5,2; 3S 25,4; 3S 44,4, etc., etc.,).
- Redentor: (2S 7,11; 2S 19,8-9; CB c. 23; CA c. 28; poema: un pastorcico).
- El Amado, el Esposo: ¿Citas? Todo el Cántico, Subida-Noche, Llama, escritos cortos o breves usan constantemente la palabra y rebosan el contenido que no son capaces de agotar.
- La piedra (CB 37,3).
- Santificador: ¿Citas? Todas las Obras del santo, aunque no use la palabra: cfr. especialmente LB canción 2.a.
- Pacificador (2S 19,7; 3S 3,6; CB 23,2; 2S 7,11: ‘reconciliador’).
- Elevador-ensalzador y heroseador de todo el universo, no sólo del hombre (CB 5,4; CB 23,4).
- Modelo-guía-luz (15 c. 13; 2S c. 7; 2S c. 22).
- Camino (2S 7,8-9).
- Hermano, compañero, precio, premio (2S 22,5: véase OC, p. 297, nota 3).
- Cordero (CB 10,8; CB 26,1).
- León (CB 24,4: el Esposo Cristo “como fuerte león”).

e) Todos estos nombres y otras apelaciones que omitimos aquí, por ejemplo: Cristo, Jesús, el Hijo de Dios, Carillo, Querido, el Señor, se resuelven, se resumen, cómodamente, en el de Palabra, la Palabra, la única y sola Palabra del Padre.

Para quien haya pasado y repasado el famoso 2S c. 22, siempre le resultará una gozada escuchar una vez más cómo el Padre, “en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar” (Ibid., n. 3).

Y esta otra afirmación no menos definitiva: “Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo, dándonos al *Todo*, que es *su Hijo*” (Ibid., 3-4).

f) Se le pueden dar a Cristo sin escrúpulos, prácticamente, todos los nombres y atributos que Juan de la Cruz señala en Dios, viendo cómo él mismo nos enseña a leer así la Biblia y a leerle a él, cuando dice: “Y era que estas profecías (Salmo 71, etc.) se habían de entender espiritualmente de Cristo; según el cual sentido eran verdaderísimas; porque Cristo no sólo era señor de la tierra sola, sino del cielo, pues era Dios” (2S 19,8).

- g) Podríamos cerrar estas páginas complementarias sobre Cristo Jesús, fijándonos en la realidad de su misterio, tal como, desde Juan de la Cruz, se lo presentó en el Concilio Vaticano II en la sesión 92 del día 1 de octubre de 1964.

Se estaba hablando del esquema de la Constitución *de divina revelatione: Dei Verbum DV*. Interviene el Cardenal Zoungrana, arzobispo de Uagadugu en el Alto Volta que hablaba en nombre de 67 obispos africanos. Alaba el esquema, particularmente por la índole bíblica del capítulo primero, pero cree que se puede puntualizar aún mejor desde la Biblia la naturaleza de la divina revelación. Lo más fundamental de su intervención es lo siguiente:

- *El Cristo* prometido en el Antiguo Testamento, nacido en la plenitud de los tiempos y transmitido en la Iglesia, es fundamentalmente la divina revelación. El es la Revelación: la vida eterna, etc. Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y de María, él en persona, él mismo es la revelación de Dios.

Alegadas palabras de la 1.a Carta de san Juan, de su evangelio, de san Pablo, de san Mateo, dice refiriéndose ya a san Juan de la Cruz:

“Dios hace una revelación, dice una Palabra y en esa Palabra se dicen todas las cosas. El Padre nos manda que oigamos a su Hijo para conocer las verdades, su voluntad y todos los medios de la gracia, cuando dice con ocasión de la transfiguración: “Este es mi amado Hijo, en que me he complacido; a él oíd...”.

Por lo mismo, pedir al Padre que nos revele algo nuevo es hacer una injuria al Padre y al Hijo. Nada se puede revelar que sea más que *Cristo*, ni hay nada que revelar que no esté contenido en *Cristo*. Así nos lo enseña san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, cuando habla de las revelaciones en sus escritos espirituales” (2S c.22).

Y continúa la intervención: “Por todo esto..., desearía que en el esquema se dijese que la persona de CRISTO es la revelación misma”, la revelación en persona.

- Todo esto lo cree como plenamente conforme con la índole y los fines pastorales del Concilio y con la mentalidad contemporánea, pues: “Las verdades que hay que creer y los mandamientos que hay que cumplir necesitan ser considerados más y más en relación con la persona viviente de Cristo”.

Y concluye en tono profético: “Decid al mundo, Padres conciliares, que *Jesucristo es la revelación divina*, “para que el mundo entero oyendo crea, creyendo espere y esperando ame” (S. Agustín: De catechizandis rudibus 4,8: PL 40,316).

Pienso que esta postura patrocinada por este grupo de padres conciliares con la autoridad de san Juan de la Cruz fue la que prevaleció en la redacción definitiva del texto. Así puede verse en la *Dei Verbum* (nn. 1-4).

En esta misma línea se mueve Juan Pablo II en su gran Discurso-homenaje a san Juan de la Cruz en Segovia, el 4 de noviembre de 1982 cuando proclamaba:

“El acto de la fe se concentra, según el Santo, en Jesucristo, el cual, ha afirmado el Vaticano II, “es a la vez el mediador y la plenitud de toda la Revelación (cf DV 2).

En las enseñanzas del Doctor Místico, puntualizaba: “encontramos una doctrina de absoluta coherencia y modernidad. Al hombre de hoy, angustiado por el sentido de la existencia, indiferente a veces ante la predicación de la Iglesia, escéptico quizá ante las mediaciones de la revelación de Dios, Juan de la Cruz invita a una búsqueda honesta, que lo conduzca hasta la Fuente misma de la Revelación que es Cristo, la Palabra y el Don del Padre. Lo persuade a prescindir de todo aquello que podría ser un obstáculo para

la fe, y lo coloca ante Cristo. Ante El que revela y ofrece la verdad y la vida divinas en la Iglesia, que en su visibilidad y en su humanidad es siempre Esposa de Cristo, su Cuerpo Místico, garantía absoluta de la verdad de la fe”.

MARÍA EN LOS ESCRITOS DE SAN JUAN DE LA CRUZ (I)

Ficha

96

1.- Desde la perspectiva de Cristo y en orden a él y a toda su obra, a todos sus nombres, hay que ver la vida y el misterio de la Virgen María, cuya existencia se caracteriza por lo teológico, lo cristológico, lo pneumatológico.

Hay que verla también, y ya está dicho equivalentemente bajo estas dimensiones apuntadas, bajo la perspectiva de la “nueva creatura”, del “hombre nuevo”, siendo ella la expresión más eximia y lograda de esa novedad en una pura creatura de nuestra familia humana.

2.- Textos Marianos

En las obras de Juan de la Cruz no aparece la Virgen María tantas veces como alguien acaso pudiera esperar. Pero aparece lo suficiente como para darnos cuenta de lo que pensaba de ella, y de cómo se la integra en la historia de la salvación en su síntesis doctrinal y espiritual y en la vivencia cristiana del creyente.

Recojo aquí, de entrada los lugares explícitos donde habla de ella:

- En *Romance* sobre el evangelio “*in principio erat Verbum*” acerca de la Santísima Trinidad, aparece explícitamente cuando habla de: la *Anunciación* (versos 267-286) y del *Nacimiento* (versos 287-310).
- Letrilla navideña: 4 versos del estribillo.
- “Oración de alma enamorada”: ya comentada anteriormente, aparece la Madre de Dios como un bien, una riqueza del alma.
- 3S 2,10: el texto fundamental más profundo. Examen del mismo más adelante.
- 3S 36,1: hablando de imágenes. Véase 3S 42,5.
- CB 2,8=CA 2,8: sobre la intervención de María en las bodas de Caná de Galilea.
- Llama B, 3,12; Llama A, 3,12: explica la palabra y la realidad de “la obumbración”. Se comenta más adelante.
- CB 20,10: acerca de los sufrimientos de la Virgen y el por qué de ellos.
- Carta 12 a una aspirante a carmelita descalza: le aconseja que tome por abogada a “Nuestra Señora y a san José en ello”: en aquella coyuntura vocacional.
- Carta 8 a las descalzas de Beas inicia con “JESUS-MARIA sea en sus almas”; lo mismo en la carta 20.
- CB comenzaba con IHS+MAR.

- Cuatro avisos a un religioso comienza con IESUS MARIAE FILIUS.

Esta escasez de citas literales-nominales no tiene que engañarnos, pues puede haber muchas cosas implícitas dichas de ella, aunque no se escriba su nombre.

3.- No está la cosa en decir o escribir mucho sino en lo mucho que acaso dice en pocos períodos. El lugar estratégico que ocupan en la exposición algunos de los pasos sanjuanistas es de la mayor importancia.

Si quisiéramos establecer una especie de orden cronológico en los textos en cuanto a la cronología de los mismos sino en cuanto a la cronología a en la vida de la Virgen, tendríamos que comenzar por el más denso y doctrinal de 3S 2,10, ya que en él se alude al primer instante de la vida de María, asegurando que ya desde ese primer instante, “desde el principio” ella estaba elevada a la unión perfecta con Dios. Aquí implícitamente se afirma la inmaculada concepción, cosa, por otra parte, defendida tradicionalmente por la Orden del Carmen.

4.- **La Anunciación** (Romance: versos 267-286)

Cuando en el seno de la Trinidad, en esa especie de consejo eterno de Dios, se acuerda la Encarnación del Hijo, se está pensando, sin duda, en la Madre, pero no se hace explícita memoria de *Ella* hasta el momento de la *Anunciación*:

*Entonces llamó a un arcángel
que san Gabriel se decía
y enviólo a una doncella
que se llamaba MARIA
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía;
y aunque TRES hacen la obra,
en el uno se hacía;
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María
Y el que tenía sólo Padre
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía,
que de las entrañas de ella
él su carne recibía;
por lo cual Hijo de Dios
y de el hombre se decía.*

5.- Adquiere particular relieve el consentimiento personal y libre de María para la realización del misterio de la Encarnación, que es obra de las Tres Personas de la Santísima Trinidad.

Se afirma asimismo la concepción virginal de Cristo y la maternidad divina de María.

Del modo más sencillo y en verso popular se engarzan los diversos misterios de la doctrina cristiana, tal y como Juan de la Cruz la pudo enseñar en los pueblos cercanos a Duruelo o en el barrio de Ajates de Avila.

6.- Obumbraciones del Espíritu (Llama B 3,12 - Llama A 3,12).

Contexto: está hablando de los resplandores de las lámparas de fuego (=atributos divinos) y dice cómo “estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma” (Llama A 3,12) y que por otro nombre se llaman obumbraciones, obumbramientos, lo cual “quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar, favorecer y hacer mercedes, porque, cubriendo la sombra, es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar”.

Texto: Y ahora llega la aplicación mariana: “por eso, aquella gran merced que hizo Dios a la *Virgen María* en la concepción del Hijo de Dios la llamó el ángel san Gabriel obumbración del Espíritu Santo, diciendo:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra” (Lc 1,35).

Así en Llama B 3,12; en Llama A, 3,12: “la virtud del Altísimo la haría sombra, porque había de llegar tan cerca de *Ella* el Espíritu Santo que había de venir sobre *Ella*”.

En orden a esclarecer el tema, el lector ha de fijarse en ciertas afirmaciones sanjuanistas: “cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa”; “... la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz”; la sombra y las sombras de Dios “han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen; y así, estas sombras, serán resplandores” (LB 3,13-14).

La Virgen María será algo así como Dios en sombra y, añadimos nosotros, Madre de la Luz, de la Sabiduría, de la Hermosura, etc., que es su Hijo Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

7.- Juan de la Cruz se pregunta, como quien se abre a un horizonte de posibilidades y perspectivas sin término: “Según esto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo a esta alma de las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella, que no sólo la toca en sombras, mas está unida con ellas en sombras y resplandores, entendiendo y estando en cada una de ellas a Dios, según la propiedad y talle de él en cada una de ellas?” (Ibid. n. 15).

La Virgen María llena de la sombra luminosa de Dios y hecha Dios por participación de Dios, conforme a la terminología sanjuanista, es o queda constituida en imagen viva y revelación de Dios, de modo que por ella y en ella rastreamos un poco más y mejor qué será el mismo Dios. Así subimos desde esta gran realización divina al prototipo que es el mismo Dios. Subimos desde ella y mucho más desde su Hijo concebido por obra y gracia del Espíritu Santo que la *obumbró*.

8.- Estudiando la Escritura y reflexionando sobre lo que significa la sombra en la Biblia se recuerde cómo “a la idea de protección se añade, a veces, (1Re 8,12) la de presencia íntima de Dios; en este sentido Jerusalén, como la Esposa del Cantar, puede “sentarse a su, sombra deseada” (Cant 2,3). En María se hizo el sueño realidad cuando le hizo sombra el poder del Altísimo (Lc 1,35) y ella concibió a aquel sobre el que reposaría la nube en la transfiguración”.

9.- El Nacimiento de Cristo (Romance: versos 287-310)

*Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había
así como desposado
de su tálamo salía
abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía
al cual la graciosa Madre
en un pesebre ponía
entre unos animales
que a la sazón allí había.
Los hombres decían cantares,
los ángeles melodía
festejando el desposorio
que entre tales dos había;
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía,
que eran joyas que la Esposa
al desposorio traía;
y la Madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía:
el llanto de el hombre en Dios
y en el hombre la alegría,
lo cual del uno y de el otro
tan ajeno ser solía.*

En estos versos se une la religiosidad popular del “belén” con la profundidad del teólogo contemplativo y místico. Una vez que los hayamos leído atentamente, hay que preguntarse y contestarse:

- a) ¿Qué hace la Virgen María? ¿En qué se fija? ¿Qué epíteto especial se le da?
- b) ¿Se habla de joyas? ¿Cuáles son? ¿Qué significan?
- c) ¿Qué hacen los hombres, qué hacen los ángeles?
- d) ¿Qué hace Dios en el pesebre?
- e) ¿Qué era lo ajeno de Dios, qué era lo ajeno del hombre?

Por debajo de esto más cercano a los sentidos y a la representación, hay en los versos de Juan de la Cruz un profundo repensamiento, algunos de cuyos detalles conviene no perder de vista:

- La Encarnación es como un desposorio entre la Persona del Hijo y la naturaleza humana. Desposorio entre esas dos naturalezas en la única Persona del Verbo. Aludiendo sin duda a la liturgia, a los textos litúrgicos, y al salmo 18,6, compara a Jesús naciente a ese esposo que sale de su tálamo: ese tálamo es el vientre de María, donde se desposaron. Es ella, la Virgen-Madre, quien toma a estos desposados en sus brazos, es decir, al Hijo hecho hombre y hecho niño y lo pone en el pesebre, lo deposita sobre las pajas;

- este que llamaríamos desposorio hipostático hecho en el tálamo de María será como modelo o ejemplar del desposorio-matrimonio espiritual entre los hombres y Dios;
- el desposorio de Dios con la humanidad en la Persona del Verbo es celebrado y festejado en Belén por hombres y ángeles con cantares y melodías. Cuando el alma enamorada llega a la perfección en el matrimonio espiritual, es el mismo Esposo, Cristo el Hijo de Dios, quien convoca a “los ángeles y almas santas” a que participen de su gozo, llamando al alma “su corona, su esposa y la alegría de su corazón, trayéndola ya en sus brazos y procediendo con ella como Esposo de su tálamo” (CB 22,1). Es bien significativo que por dos veces, citando Juan de la Cruz el texto del Cantar de los Cantares: 3,11, alusivo al Rey Salomón y a la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, lo aplique del modo más pleno a Cristo coronado de almas (CB 22,1; CB 30,7). En la aplicación, esa madre del nuevo Salomón=Cristo ¿quién es: la Virgen María, la Iglesia?; o ¿es pura cita sin mayor captación de su trascendencia?

Leído todo en clave mariana, se amplía nuestra visión de un modo sorprendente y creo que, según el santo, el tálamo del que Cristo sale o procede coronado es el mismo del que salió cuando vino a este mundo.

10.- ¿No es María Madre de la Iglesia?

La íntima unión con Cristo, Pablo VI la proclamó como la “esencia íntima de la Iglesia, y la principal fuente de su eficacia santificadora” y subrayó que esa unión “no podemos pensarla separada de aquélla que es Madre del Verbo Encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación” (Con. Vat., 21 noviembre de 1964).

Y ¿no alcanza la Iglesia una alta cumbre mariana cuando alguien llega a la más elevada comunión con Dios?. En relación con el Nacimiento tenemos la letrilla sanjuanista. Véase en OC, p.90, y la nota 93. Véase también BMC 14,25, donde un testigo ocular refiere cómo celebrada la noche del Nacimiento Juan le la Cruz en Baeza, con procesión y villancicos.

11.- María en las bodas de Caná: CB-CA 2,8

Contexto: anda comentando la segunda canción de su Cántico: *pastores los que fuerdes* y al llegar al verso “que adolezco, peno y muero, explica cómo la dolencia, pena y muerte se fundan en las tres virtudes teologales. Y configurando al orante que “discretamente ama” dice de él que “no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: *no tienen vino* (Jn 2,3)”. A continuación da las razones de la eficacia de este modo de orar (CB 2, 8)

LOS SUFRIMIENTOS DE MARÍA (CB 20,10-CA 29,7) - (II)

Su estado de unión altísima con Dios (3S 2, 10)

1.- Juan de la Cruz no suele abandonarse a teorías que luego vayan a ser desmentidas por la vida real. Pero en el caso que vamos a comentar sí le pasa algo de esto. Anda él soñando con la semblanza del alma santa llegada a la unión o comunión perfecta con Dios. Y, por lo que se refiere al dolor, piensa que debería desaparecer de la vida de estas personas perfectas, cuando, espiritualmente hablando, hayan superado el pecado que lo producía o causaba.

Así se forja él la teoría. Pero de inmediato se le ocurren las excepciones que él mismo identifica «aunque algunas veces y en algunas cosas dispensa Dios con ella, dándosele a sentir y dejándola padecer porque merezca más, como hizo con la Madre Virgen, pero el estado de suyo no lo lleva.» Así se lee el texto en CA. de Sanlúcar de Barrameda. Y allí mismo le sorprendemos añadiendo a mano: *y con San Pablo*. En el texto definitivo del CB, sin desvirtuar su teoría, añade nuevas excepciones, al decir “como hizo con la Madre Virgen y con San Pablo y otros, pero el estado de suyo no lo lleva».

2.- El texto con breve alusión mariana se puede prestar a largos comentarios. Valgan unas indicaciones:

- Dentro de su teoría del dolor y de la dispensa del mismo la primera y acaso la única persona que aparece en el horizonte de su mente es la Virgen María. A San Pablo, y a otros da cabida posteriormente.
- Afirma decididamente por este camino y en este contexto que la Virgen María estaba exenta del mal y del pecado. Con toda seguridad en su mente está recordando hasta la falta de pecado original de la Señora.
- Con ella el Señor hace la gran excepción de implantar el sufrimiento en su vida. Ese padecer en cosas (CA) y en algunas sazones (CB) está apuntando al arco de la vida de María entreverada de tales cosas y sazones que han dado carta de ciudadanía al dolor más serio y profundo vinculado a la suerte de su Hijo.
- Los dolores de la Señora que la piedad cristiana ha encerrado en siete principales, se pueden desdoblar, sin duda, en setenta veces siete.
- Los motivos divinos de estos dolores y sufrimientos los deja indicados: para que merezca más; para que se afervore en el amor (cfr. LB-prólogo, n. 3); por otros respetos, como pueden ser la ejemplaridad para nosotros, para toda la Iglesia, para que sepa por experiencia lo que cuesta obedecer y sufrir, para que se asocie a la Cruz de su Hijo Jesucristo, para la salvación del mundo, etc.

3.- Si desde el magisterio sanjuanista quisiéramos configurar, por ejemplo, las noches pasivas en la vida de la Virgen María, tendríamos un gran campo de acción; pero, en esto habría que proceder con este presupuesto cierto y seguro: lo que queremos llamar noche pasiva en María, sea de la amplitud y extensión que queramos, no puede tener en ella de ninguna manera el carácter de purificación de pecados o defectos propios o apetitos desordenados, por haber carecido totalmente de ellos. No podrían ser tampoco, según Juan de la Cruz, tales noches disposiciones para alcanzar la unión o comunión con Dios, ya que la Virgen es presentada por él como levantada desde el principio de su ser al más alto estado de unión con Dios (Cfr. 3S 2,10).

4.- Las pruebas a que fue sujeta la Virgen fueron, sirvieron para más afervorarla en el amor y por esos otros motivos divinos ya indicados. Las pruebas, oscuridades, sequedades, sufrimientos únicos que cayeron sobre María a lo largo de su existencia tenían en ella una referencia precisa y necesaria a su vida teologal, en la que se inscribe la que llamamos noche oscura, «noche de la fe», englobando aquí también la esperanza y la caridad.

Con las cautelas anteriormente señaladas y teniendo en cuenta porqué y para qué de tales noches oscuras se puede hablar perfectamente de ellas en la vida de Nuestra Señora, como se puede hablar desde unos criterios precisos de noche oscura de Cristo puesto en la cruz y «aniquilado»= vaciado en todo: acerca de la reputación de los hombres acerca de la naturaleza, acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, «pues en aquel tiempo le desamparó porque puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios» (2S 7,11).

5.- Y, ¿no es acaso María la más cercana a la cruz de su Hijo en tanta noche oscura? El Concilio Vaticano II, recogiendo siglos de teología y de piedad cristiana, afirma resuelto: «Padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente singular a la obra del Salvador» (LG, n. 61); «sufriendo profundamente con su Unigénito asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG, n. 58). Puede consultarse también la encíclica de Juan Pablo II “Redemptoris Mater”, donde se remite a 2S 3, 4-6, para hablar de “la noche de la fe” que fue fortísima para la Señora al pie de la Cruz, siendo “testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido” de las palabras y promesas recibidas en el día de la Anunciación”.

Texto mariano principal

6.- Lo primero va a ser transcribirlo en su literalidad: *«Tales eran las (obras y ruego, oraciones) de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma alguna de criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.»*

El paso sanjuanista anterior (CB 20, 10-CA 29,7), en su exigüidad se prestaba a no pocas consideraciones y aplicaciones. El texto presente que es considerado como el más principal acerca de nuestra Señora ofrece no poca materia para la reflexión. Sustancialmente me voy a atener al comentario que me ha merecido ya en otra ocasión, tratando de perfeccionarlo en algún punto y ampliarlo.

7.- Ante todo el texto se presenta como claro al lector en algunas partes; en otras da inmediatamente la impresión de ser más oscuro y difícil. Hay que situarlo exactamente en el contexto que es el siguiente: ha comenzado Juan de la Cruz a hablar de la noche oscura activa de la memoria y quiere explicar lo más claramente posible cómo el alma ha de vaciarse de las aprensiones o noticias naturales de la memoria, es decir, de las que le vienen de los objetos de los cinco sentidos corporales: ver-oír-oler-gustar-palpar. Insiste fuertemente en ello, en la necesidad de ese vacío para que la memoria se una perfectamente con Dios.

8.- Fundamenta, a mi ver, esta necesidad de ir trabajando activamente (es decir, libre y voluntariamente), en lo que sucede a las personas cuando la memoria está unida con Dios; mejor, cuando anda uniéndose con Dios: grandes olvidos de otras cosas, suspensión de la imaginación, etc.

Quiere ir, para decirlo de alguna manera, preparando y entrenando a la persona espiritual para que cuando se dé la intervención de Dios le resulte más fácil entenderla y acogerla sobre todo.

9.- Para que Dios se comunique por este camino a la memoria, la persona humana ha de tratar de desunirla de todas las noticias aprensibles. A este punto se propone una duda u objeción, cuya dureza no disimula lo más mínimo:

«Dirá alguno que bueno parece esto; pero que de aquí se sigue la destrucción del uso natural y curso de las potencias, y que quede el hombre como bestia, olvidado, y aún peor, sin discutir ni acordarse de las necesidades y operaciones naturales; y que Dios no destruye la naturaleza, antes la perfecciona; y de aquí necesariamente se sigue su destrucción, pues se olvida de lo moral y racional para obrarlo y de lo natural para ejercitarlo, porque de nada de esto se puede acordar, pues se priva de las noticias y formas que son el medio de la reminiscencia» (n. 7).

Responde a la duda que presiona por varias partes (*y que quede; y que Dios; y de aquí*) y testifica que los olvidos, despistes, etc., acerca de las cosas son pasajeros, pues cuando llega ya a tener hábito de unión, todos esos inconvenientes van desapareciendo (n. 8). De aquí se sigue que «en habiendo hábito de unión, que es ya estado sobrenatural, desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural» (n. 8).

10.- Acaso la consecuencia que saca sea más clara, o al menos más explicativa desde Dios:

«Por lo cual, dice, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad. Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas; que, por cuanto, como dice San Pablo (1 Cor 6,17), *el que se une con Dios, un espíritu se hace con él*, de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu divino, y son divinas.»

Transformadas en ser divino las potencias del alma, se sigue que todas sus operaciones sean divinas, con estas connotaciones: Obras convenientes y razonables. El Espíritu de Dios las hace a esas personas: saber lo que han de saber; ignorar lo que conviene ignorar; acordarse de lo que se han de acordar; olvidar lo que es de olvidar; amar lo que han de amar; no amar lo que no es en Dios, según Dios.

A continuación pone ejemplos: de oración de una persona por otras. Rogará por ellas, si esa es voluntad de Dios, que, en ese caso le moverá la voluntad para que haga esa oración, pues él la va a escuchar y atender.

11.- Da de nuevo la razón del porqué de todo esto: «Y es porque Dios, sólo mueve las potencias de estas almas, para aquellas obras que conviene según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto» (n. 10). Aquí en este contexto es donde se integra el texto sanjuanista transcrito que calificamos de principal.

Puntos claros, o claramente deducibles

- La Virgen María estuvo elevada desde el primer instante de su ser a la unión perfecta con Dios.
- Esta unión inicial implica, sin falta, la inmaculada concepción.

- La perfecta prerredimida, o «redimida de modo eminente» (LG, n. 53), que es María queda así de un plumazo puesta por Juan de la Cruz como una cima de perfección; y, como «cuando uno obra y hace bien a otro, hácele bien y ámale según su condición y propiedades» (LB 3,6), de aquí la eficacia y valor de la vida y acciones de la Señora tan capacitada por Dios desde siempre y para siempre.
- Se señala, pues, perfectamente de dónde se origina la eficacia de su oración y ruegos. Si leemos desde aquí la intervención orante de la Señora en las bodas de Caná —y en otras circunstancias que nos es dado intuir— no nos sorprenderá la respuesta positiva y eficaz por parte de Cristo y de Dios, que estaban alentando con su Espíritu la oración misma que querían atender.
- Así y desde estos postulados deja configurada Juan de la Cruz a María como orante, la perfecta orante, más que su oración. En ella sí que se daba lo que se decía de San Francisco: más que hacer oración era oración. En el caso de María, porque en ella como en nadie el Espíritu del Señor que ayuda nuestra flaqueza (Rom 8,26) morando en ella, pedía con gemidos inefables hasta lo que ella no podía «bien entender ni comprender para lo manifestar» (CB-prólogo, n. 1).
- Además de los ruegos y oraciones de María, menciona sus obras como llenas de eficacia. Podemos pensarla así en su cooperación y colaboración con Cristo en la historia de la salvación, sabiendo que «todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible (= «non ex aliqua rei necessitate»), sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder» (LG, n. 60).
- Sin forzar para nada el texto sanjuanista sino más bien ciñéndonos a él, resulta claro que no hay que reservar sólo la eficacia de sus obras, ruegos, oraciones, a los momentos más solemnes de su vida: Anunciación, Nacimiento de Cristo, presencia ante la Cruz, en el Cenáculo. Todas sus obras, ruegos, oraciones, significa lo que dicen las palabras: todas, hasta las que, humanamente hablando, catalogamos como menos importantes. Cuando el Concilio se mete de alguna manera a proclamar la colaboración de María lo va haciendo como por sus pasos contados y como con aire histórico y sucesivo: Anunciación, Visitación etc.,(LG 57) Podemos hacernos una pregunta en este orden de cosas. Estando el Espíritu Santo tan presente y operante en María aun antes de la Encarnación y estando ya ella gozando anticipadamente, y desde siempre de los frutos de la redención, ¿no habrá que considerar ya todas su obras, ruegos, oraciones como una aportación a la redención futura de todos los hombres? ¿Por qué no vamos a poder llamar también todo ese mundo mariano anterior una colaboración estrecha con el Hijo Redentor que vendrá, sobre todo desde la acción del Espíritu en ella? ¿Es que la categoría de espacio y tiempo son un impedimento insuperable?
- Sin caer en ninguna clase de pietismo nos podemos seguir preguntando: María en el cenáculo con los apóstoles «imploraba con sus oraciones el don del Espíritu» (LG, n. 59), ¿movida por el Espíritu Santo no habrá implorado anteriormente la venida del Mesías? Nada raro en esto cuando patriarcas y profetas y hombres de Dios lo han deseado tanto, como Juan de la Cruz pinta preciosamente en sus versos (Romance: 167-202). Además de implorar, es decir, pedir, rogar, ¿no lo habrá impetrado, es decir, obtenido, conseguido lo que pedía? Si creemos en la doctrina sanjuanista de la eficacia de la oración, de María por las razones dadas, en el caso de ella, orar, implorar, equivalía a impetrar.

- De la acción del Espíritu Santo en María ha hablado ya Juan de la Cruz al recoger la realidad de la obumbración sobre ella, como ya dejamos explicado. En este otro texto cumbre se recuerda la más pura docilidad de María a la acción del Espíritu. Ya al final del mismo capítulo, aunque no la nombre explícitamente, habla de nuevo de modo claro de ella, diciendo: «Y, aunque es verdad que apenas se hallará alma que en todo y por todo tiempo sea movida de Dios, teniendo tan continua unión con Dios que sin medio de alguna forma sean sus potencias siempre movidas divinamente, todavía hay almas que muy ordinariamente son movidas de Dios en sus operaciones, y ellas no son las que se mueven, según aquello de San Pablo: que los hijos de Dios, son éstos, transformados y unidos en Dios, son movidos del espíritu de Dios, esto es, a divinas obras en sus potencias (Rom 8,14). Y no es maravilla que las operaciones sean divinas, pues la unión del alma es divina» (3S 2,16). Conforme a lo dicho anteriormente en 3S 2,10, María es esa criatura siempre movida por el Espíritu Santo y en ella se ha realizado de modo perfecto esa filiación divina.
- Hay que tener en cuenta que «la nueva criatura perfecta», cual es en el caso la Virgen María, «no se define simplemente por una rectitud moral, por una perfección moral o psicológica sino que llega mucho más allá en cuanto participante de la vida divina y de la acción de Dios, en virtud de la cual “toda la actividad cognoscitivo-afectiva del alma se hace divina por participación”; esta “divinización”, significa que todos los actos proceden del alma vitalmente, pero que Dios coopera con ella dando el impulso inicial para obrar, acompañando al alma en la realización y siendo el objeto final al cual el acto se dirige».
- Se ha escrito con toda razón, en referencia a este que hemos llamado principal texto mariano sanjuanista: 3S 2,10: «Creo que no es posible decir más sobre la perfección de María con menos palabras. El Espíritu Santo es el motor divino y el principal agente de cuanto se refiere a nuestra Señora y lo es en el modo más eminente y en el grado máximo que realiza el Espíritu en las almas. Porque ninguna otra estuvo exenta de toda forma de criatura desde el origen y ninguna otra había de recibir en sí el don supremo de la Encarnación del Verbo».

12.- ¿MUERTE DE AMOR?

En no pocos casos Juan de la Cruz elabora sus explicaciones de tal manera que a uno le parece que está como invitando al lector a que ponga allí el nombre de María, pues la realidad ilustrada se le puede aplicar, de hecho, a ella de un modo perfecto. Así nos pasa con el tema tan sanjuanista de la muerte de amor, de que habla en Llama B 1,30; y en Llama A 1,24.

Pienso que en la mente de Juan de la Cruz la discusión moderna surgida entre teólogos —que Pío XII no quiso dirimir al definir el dogma de la Asunción— de si María murió o no murió antes de ser asunta a la gloria, no tenía lugar. Para él la muerte de la Señora era algo incuestionable. Aunque quisiera haber cuestionado la muerte de María por las razones teóricas por las que abogaba por la desaparición del sufrimiento y del dolor, como hemos visto más arriba en CB 20, hubiera terminado por ponerla como una excepción y hubiera podido en este caso poner como razón de la misma la semejanza más perfecta con Cristo su Hijo que quiso someterse a la muerte.

13.- La muerte de Cristo la piensa Juan de la Cruz como «muerte de amor» y la muerte de los que han llegado al estado más alto de unión con Dios la presenta como producida por lo que llama «algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma». La podemos llamar muerte de amor. Y

muerte «muy suave y muy dulce más que les fue la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor». Y remitiéndose al salmo llamará «preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios» (Sal 115,15). Preciosa ¿por qué? Y lo explica el doctor místico con un poderío de concepto y de lenguaje perfecto:

«Porque aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí ya tan anchos y represados que parecen ya mares; juntándose lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo, que va y parte para su reino, oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías, son gloria del justo (24,16)». ¿No pensaría más que en nadie en María al extender esta página?

Una vida tan llena de Dios, de su presencia, de su Espíritu como fue la vida de María, no podía terminar sino con una muerte de amor.

14.- Uno de los que mejor estudió este tema desde la doctrina sanjuanista, dejó escrito con la sagacidad que le caracterizaba: «Todas las características del amor de muerte y de la muerte de amor que indica Juan de la Cruz en la Llama pueden aplicarse a María, si bien la intensidad de su amor fue incomparablemente mayor que en ninguna otra alma mística. Supuesta la mortalidad de María, no podemos menos de admitir que la muerte de amor entraba dentro del desarrollo de la vida de la gracia en la Santísima Virgen y que puede aplicársele con mayor razón que a ningún otro santo cuanto de ella escribió San Juan de la Cruz».

15.- Concluyendo

La presencia de María en los escritos de Juan de la Cruz ilumina grandes zonas de su pensamiento:

- La comunión con Dios;
- la oración eficaz;
- la presencia del sufrimiento en la vida;
- la docilidad al Espíritu Santo;
- la peregrinación de la fe;
- el consentimiento más pleno en las manos de Dios, etc.

Si de su discurso explícitamente mariano pasásemos a una expansión de sus ideas al campo de la mariología, tendríamos que hacer confluir en ella realidades tan vivas como la Iglesia, el enamoramiento de Cristo, la aspiración a la bienaventuranza eterna, el espíritu de las bienaventuranzas, el culto, el agradecimiento por los beneficios divinos, la experiencia de Dios, el amor puro (CB 29 1-3), el camino teologal, el nuevo Adán y la nueva Eva, y otros parecidos.

Es tal la importancia que Juan de la Cruz atribuye a la presencia dinámica del Espíritu Santo en el universo espiritual de las almas que conviene presentar a Quien, siendo el Amor que une al Padre y al Hijo (Romances, versos 21-26), opera también la unidad en la Iglesia. De hecho él es quien « a la Iglesia que guía a la plenitud de la verdad y la unifica en la comunión y en el ministerio, la instruye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos »(LG 4)

Por otra parte parece innecesario hablar más del Espíritu Santo cuando, a lo largo de toda la síntesis, no hemos hecho sino tenerle presente. La visión de conjunto que ofrecemos ahora hará ver cómo, siendo él el alma increada de la Iglesia, no puede estar ausente de ninguno de sus pasos y acontecimientos vitales. De hecho advertimos la presencia del Espíritu Santo, siempre según la doctrina sanjuanista:

- 1) En el diálogo-proyecto del Padre y del Hijo que departen acerca de la Iglesia « en aquel amor inmenso que de los dos procedía » (Romance, versos 47-48).
- 2) En la realización progresiva del plan divino: creación de cielo y tierra con sus respectivos moradores ángeles y hombres hechos una sola Iglesia-Esposa por el amor de un solo Esposo.
- 3) En el anuncio-promesa a la humanidad de la Encarnación del Hijo de Dios y de cuanto de ella depende, en la captación del mensaje divino y en las ansias y clamores que va encendiendo en sus destinatarios (Romance, versos 99-202) Responde al « buen viejo Simeón » y le da su palabra de hacerle ver, tocar y abrazar al Mesías. (Romance 211-220) Presente con su obumbración en el misterio de la Encarnación en el seno de María, habiendo también movido la voluntad de la « gloriosísima Virgen nuestra Señora » a pronunciar su « fiat » a aquella obra convenientísima según la voluntad y ordenación de Dios. Siendo dueño y señor absoluto de todas las potencias de María las mandaba y movía divinamente desde el primer instante de su concepción inmaculada (3S 2,10; LI B 3, 12).
- 4) Presente en el Hijo de Dios encarnado, con la máxima efusión de sus dones, según el mismo Espíritu de Cristo había hecho profetizar a Isaías. Por siempre y para siempre sobre el Mesías en todo su hacer y padecer: en todas las realizaciones teándricas que interesan el ser, la vida y el desarrollo de la Iglesia.
- 5) Su presencia invisible se descubre sensiblemente como aire vehemente y fuego abrasador cuando el día de Pentecostés baja sobre la Iglesia recogida en oración en el cenáculo; y se manifiesta carismáticamente con grande frecuencia en las jornadas apostólicas de los evangelizadores del reino que, movidos por su acción interior, le ruegan que intervenga por medio de ellos para plantar y difundir la Iglesia.
- 6) El fuego de Pentecostés era también agua limpia, según el anuncio profético. Lavada continuamente con agua, purificada con fuego, amparada y refrigerada con la sombra del Espíritu Santo, perpetúa la Iglesia la obra de Cristo. Así realiza ella su misión y existencia de madre que concibe, da a luz, enseña y alimenta a los hijos tenidos de Cristo y del Espíritu Santo. Hijos del Padre y hermanos del Hijo de quienes procede el Espíritu Santo.
- 7) Renacidos del agua y del Espíritu Santo, los bautizados siguen renovándose sin cesar y van alcanzando la filiación perfecta bajo la acción del Espíritu Santo; se van adueñando cada vez más personalmente de las riquezas inmensas depositadas en ellos por el bautismo. La infusión de los dones divinos se regula por la condición de Dios que se complace en « ir dando más a quien más tiene, y lo que le va dando es multiplicadamente » según la proporción de lo que antes tenía; « de donde los mejores y principales bienes de su casa, esto

es, de su Iglesia -así militante como triunfante- acumula Dios en el que es más amigo suyo»(CB 33, 8).

- 8) Enseñador interior, «el Espíritu Santo alumbrá al entendimiento recogido» en fe. El santo escalona así sus afirmaciones:
- Le alumbrá al modo de su recogimiento;
 - el entendimiento no puede hallar otro mayor recogimiento que en fe;
 - y así no la alumbrará en otra cosa más que en fe;
 - y esto, porque cuanto más pura y esmerada está el alma en fe más tiene de caridad infusa de Dios;
 - y cuanto más caridad tiene, tanto más la alumbrá y comunica los dones del Espíritu Santo, porque la caridad es la causa y el medio por donde se les comunica;
 - en esta fe viva se le comunica al alma la sabiduría divina generalmente, que es el Hijo de Dios;
 - el Hijo-Sabiduría y Palabra del Padre se comunica en fe a la Iglesia militante y por consiguiente a cualquiera alma por obra del Espíritu Santo(2S 29, 6, 2S 24, 8-9) Esa comunicación « le es noche, pues está privada de la clara sabiduría beatífica y, en presencia de la fe, de su luz natural está ciega »(2S 3, 5). Mozo de ciego será para el alma, lo veremos en seguida, el Espíritu Santo.
- 9) El Espíritu Santo es «el río resplandeciente de agua viva que nace de la silla de Dios y del Cordero »(Ap 22, 1; CB 26, 1). Es « el corriente » que nace de la fuente del Padre y del Hijo; es, además, el agua impetuosa que reciben en su fe los creyentes; como impetuosa y venida de lo alto no puede menos de elevar y hacer saltar consigo hasta la vida eterna a cuantos creen, esperan y aman al Padre y al Hijo; no lograrán amarles perfectamente sino por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo « porque, así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios »(CB 14-15, 11).
- 10) Escondido con el Padre y el Hijo en la Eucaristía, el Espíritu Santo –recordando y actualizando siempre la llamada del Verbo encarnado– llama y congrega a las almas para que se nutran del pan del cielo, se sacien de este « adobado vino » y se harten, aunque a oscuras y porque a oscuras, del agua de la divinidad.
- 11) El camino por donde el Espíritu Santo remonta a la Iglesia-Esposa hasta las alturas de donde él y ella proceden, o la abisma hasta lo n profundo de su manantial, es decir, hasta el Padre y el Hijo, es uno solo el mismo por donde bajó que le sirve para volver a subir: Cristo, «de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (LG 3) Los varios tramos que forman el itinerario en Cristo y los pasos que se dan en él se forman y se dan en virtud del mismo Espíritu inmanente en el amor que sintetiza todo el caminar; y es tanto más activo en él cuanto el grado de amor es más alto. Lo íntimo de ese amor es la unión o transformación perfecta en Dios. «El último y más estrecho grado en que el alma puede situarse en esta vida» lo llama ella «interior bodega, es a saber la más interior» (CB 26, 3). Por las otras no tan interiores se sube hasta esta última; « estos grados o bodegas de amor son siete, los cuales se vienen a tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección» (CB 26, 1) Sobre la marcha se van granjeando los doce frutos (1N 13, 11).
- 12) Grados de amor, centros, mansiones, moradas, bodegas, aposento todo es la misma cosa. Para denotar el oficio del Espíritu Santo que va disponiendo al alma para acoger a Cristo y ser acogida por El usa nuestro místico un término que hoy nos cuesta entender en su pleni-

tud de significado pero que en su tiempo y en su ambiente estaba cargado de expresividad: llama al Espíritu Santo el Aposentador del Esposo Hijo de Dios; por eso Cristo le envía primero «para que le prepare la posada del alma esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto a gesto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias y riquezas» (CB 17, 8). Interpretando una visión del profeta Ezequiel distingue fray Juan varios aposentos en el alma: entendimiento, voluntad y memoria. La estancia o morada reservada o el templo de Dios en el alma es «la recta razón del alma, la cual no admite en sí cosa de criatura» (1S 9, 6); es el espíritu o «la porción superior del alma que tiene respecto y comunicación con Dios» (3S 26, 4) El alma del justo en quien habita el Espíritu Santo «en una sola perfección, que es la rectitud del alma, tiene innumerables dones riquísimos y muchas virtudes hermosísimas, cada una diferente y graciosa en su manera según la multitud y diferencia en los afectos de amor que ha tenido en Dios» (1S 9, 4) Ordenador y aposentador de esta posada es el Espíritu Santo; quien se deja trabajar por él y va renunciando a los gozos creados va teniendo «conveniencia angelical con Dios, haciendo a su alma y cuerpo digno templo del Espíritu Santo» (3S 23, 4; 3S 26, 3; CB 39, 14) Esta dignidad que va adquiriendo aumenta el esplendor de la Iglesia entera que es la casa de Dios, en la que el divino aposentador reparte las moradas, y las va disponiendo y adecentando.

- 13) Otro filón de ideas para ver el cometido que se asigna al Espíritu Santo se encuentra en el símbolo del fuego, de la llama que va transformando y purificando al alma. Bastaría recordar esta afirmación fundamental: la llama es el Espíritu Santo; es el amor del Espíritu Santo (LI B1, 1, 3, 19) Lo que hace el fuego material en el madero hace el Espíritu Santo en el alma. Dentro de la actividad de este fuego divino sobre el alma encuadra el santo toda su doctrina de las noches con sus tormentos y angustias y con los frutos y bonanzas que nacen de ellas (2N c. 10-13) La merced más estimada es el cumplimiento de la promesa del Hijo de Dios: la inhabitación dinámica de la Santísima Trinidad (LI B, 1, 15; Llama, prólogo 2; 2S 26, 10). Almas llegadas a estas cumbres de intimidad con Dios forman las complacencias del Señor y de Juan de la Cruz que descubre en ellas lo más precioso y útil que se puede imaginar para el bien e interés de la Iglesia (CB 29, 2-3).
- 14) Conviene recordar la especie de definición que da de hijos de Dios, tomándola de san Pablo: « los que son movidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios » ((Rom 8, 14; 3S 2, 16; LI B 2, 34) Toda la moción del Espíritu Santo tiende a transformar la muerte en vida, acrecentando la vida de Cristo en el alma, la vida de Cristo que hablando de la Iglesia-Esposa decía al Padre: « ... y porque ella vida tenga, yo por ella moriré » (Romance versos 263-264).
- 15) Movedor, principal agente y guía de las almas en todo el negocio de la santificación. En relación con todos estos apelativos dados al Espíritu Santo, se sirve san Juan de la Cruz del antropomorfismo de la mano de Dios. Así sus ideas adquieren una plasticidad especial. De aquí nace el tema: *el Espíritu Santo mozo de ciego del alma*. La línea mental se desarrolla dialécticamente así: el apetito es de suyo ciego. La razón ha de ser siempre su mozo de ciego (1S 8, 3). La fe es el mozo de ciego de la razón.

Fe y amor son los dos mozos del ciego que guiarán al alma a la morada de Dios (CB 1, 11) Así toma Dios la mano del alma con su mano para guiarla por donde ella no ve ni sabe « a donde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales » (LI B 3, 28; 2N 16, 7-8) que la trascienden y la desbordan infinitamente. Soltarse de la mano del Espíritu Santo es perder la guía, es salirse del camino de la ley de Dios y de la fe. Así adquiere todo su sentido la digresión de los tres ciegos que pueden hacer caer en la hoya al alma: el padre espiritual con sus ignorancias, arbitrariedades temerarias o mala fe en lugar de colaborar con el

Espíritu Santo no hace sino impedir la acción divina, no hace sino soltar la mano del alma de la mano guiona del Espíritu Santo. El demonio que intenta y tantas veces logra con suma facilidad lo mismo, ayudado por la misma alma —el tercer ciego— y el padre espiritual. Tres enemigos del Espíritu Santo.

La mano del Espíritu Santo guía al alma como mozo de ciego y también la trabaja como la mano del obrero, modelador y artista supremo. El padre espiritual ciego en lugar de ayudar, con sus toscas manos compromete o estropea la obra (LI B 3, 42, 54, 56-58).

No sólo quiere Dios llevar al alma de la mano sino tomarla brazos. Y nace la porfía inútil y dañosa: en lo cual «el alma es como el muchacho que, queriéndole llevar su madre en brazos, él va gritando y pateando por irse por su pie, y así ni anda él ni deja andar a la madre o como cuando, queriendo el pintor pintar una imagen y otro se la estuviese maneando, que no se haría nada, o se borraría la pintura»(LI B 3, 66; Subida, prólogo 3) Todos estos daños son daños no sólo para el alma en cuanto persona particular sino para toda la sociedad eclesial. Cuanto más alta o próspera iba alma arruinada por uno de los tres ciegos o por los tres juntos tanto mayor es el daño. Habla el santo de «preciosas almas» y de cómo el demonio precia más derribar una de estas que muchas otras (LI B 3, 63-64).

La meta final a que empuja la acción o moción del Espíritu San está más allá de la etapa terrena de la Iglesia y de la vida mortal de lo hombres, como lo está el más profundo centro o grado de amor. «Todo los bienes primeros y postreros, mayores y menores que Dios hace al alma siempre se los hace con motivo de llevarla a vida eterna» (LI B 3, 10). Y aunque la acción del Espíritu Santo en quienes están perfectamente unidos con él sea eficazísima «en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire de esta vida de carne y pueda entrar en el centro del espíritu de la vida perfecta en Cristo» (LI B 3, 10).

- 16) Siendo el Espíritu Santo llama viva y llameando en el alma «la hace saber a qué sabe la vida eterna» (LB 1, 6) Experiencia ardua para ser tratada. El alma, fundándose en estas prendas y rastros que siente en sí se esfuerza por decir algo de «aquel aquello» que Dios le tiene reservado para la visión beatífica. Se aborda el tema al hablar de la pretensión del alma y entonces el santo descompone sucesivamente los bienes que ella pretende y que recibirá conjuntamente de Dios. El Espíritu Santo «supone y suple en ella, por razón de tal transformación de gloria, lo que falta en ella» para que pueda amar a Dios con igualdad de amor (CB 38, 3) Por eso y para eso le dará el Esposo el aspirar del aire, que no es sino “la aspiración del Espíritu Santo de Dios a ella y de ella a Dios”(CB 39, 3-4).
- 17) Estas maravillas que no pueden ser comprendidas fueron objeto de la oración sacerdotal de Cristo por toda su Iglesia (CB 39, 4) Para que los hijos adoptivos puedan clamar en oración al Padre instándole para que los traslade a la vida eterna, Dios ha enviado en sus corazones el Espíritu de su Hijo (Ibid.,) Así ayuda el Espíritu la flaqueza humana y «morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables, lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para lo manifestar. Porque ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde El mora hace entender?, ¿y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir?, ¿y quién, finalmente, lo que las hace desear?» (CB prólogo 1) Cuando la llama del Espíritu Santo se hace más viva y provoca y convida al alma con la gloria inmensa que le está proponiendo, al alma provocada le nacen alas para responder y orar: «acaba ya si quieres; en lo cual le pide al Esposo aquellas dos peticiones que él nos enseñó en el Evangelio, conviene saber: *adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua*; y así, es como si dijera: acaba, es a saber, de darme este reino; si quieres, esto es, según es tu voluntad» (LL B 1,

28). Sólo ayudados por el Espíritu Santo se puede pronunciar con esa plenitud de amor el Pater noster enseñado por Cristo y repropuesto continuamente a los fieles por su Iglesia, madre y maestra de oración (3S 44, 4).

- 18) Todas estas provocaciones se van a resolver en un encuentro de amor « mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso » que acabará por romper la tela de la vida y llevarse la joya del alma.(LI B 1, 30). Así van pasando estas almas de la Iglesia militante a la triunfante, del reino de Dios en su estadio terreno al de Dios en su estadio celestial. Llevados por la corriente del Espíritu Santo que los hace desembocar en el mar divino.

Conclusión

Acaso el lector podrá entrar en la espesura y profundidad del magisterio sanjuanista más fácilmente a través de estas páginas sobre la acción del Espíritu Santo, que por el camino de las noches oscuras. Juan de la Cruz conocía la doctrina teológica de los dones del Espíritu Santo; pero él apenas los nombra (CB 36, 3) y no se ha embarcado en todas aquellas explicaciones escolásticas. Ha preferido hablar más directamente de la persona del Espíritu Santo y de su actividad transformadora y santificadora en las almas y en la Iglesia.

Ficha

99

VIDA RELIGIOSA. ALGUNOS PENSAMIENTOS DE JUAN DE LA CRUZ

1.- Juan de la Cruz vivió su vocación religiosa en plenitud; y la vivió aspirando a la unión con Dios, a una siempre mayor unión con Dios, “núcleo” “centro más profundo” de su existencia personal y de todo su magisterio oral y escrito. La vivió deseando configurarse más y mejor con Cristo “pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena”, como sentencia en una de sus cartas (6 julio 1591).

Su vida se iba transfundiendo a su hablar y a su escribir; por lo mismo la vida religiosa quedó inscrita entre los temas más y mejor tratados por él de viva voz y por escrito.

Digo “temas más y mejor tratados”, por no decir que la vida religiosa es el tema pleno de sus enseñanzas. Con un sencilla aclaración se entenderá todo muy bien. A veces, se ha podido plantear si la doctrina sanjuanista era o no era para personas que vivieran fuera de la vida religiosa, fuera del claustro. Si era para esas personas, hasta qué punto y desde qué perspectivas; pero nunca se ha puesto, legítimamente, en tela de juicio, que sus enseñanzas fuesen para religiosos y religiosas del Carmelo. Esto hablando en general.

2.- Ateniéndonos a la génesis de sus libros, a la persona de sus destinatarios, se llega a la misma conclusión o comprobación histórica.

Sin repetir lo ya dicho, basta recordar algunos datos:

Subida-Noche fue escrito especialmente para algunos carmelitas y para algunas carmelitas descalzas que se lo habían pedido (Subida-prólogo, n. 9); Cautelas, inicialmente, para las descalzas carmelitas de Beas Segura (Jaén); Avisos a un religioso, ya lo dice claramente el título y el contenido; “Dichos de Luz y Amor”, para ellas y para ellos; Cántico Espiritual, para la madre Ana de Jesús (Lobera) y en ella para el Carmelo entero; Epistolario, para ellos y para ellas: como dejamos dicho en la sección y en los comentarios correspondientes. De las 33 cartas, todas, menos siete, van dirigidas a religiosos y religiosas del Carmen. Añádase Censura y Parecer, que tiene que ver, como dejamos explicado, con una carmelita descalza, cuyo espíritu examina y discierne. De los 29 números que abarcan las cartas perdidas de las que se da noticia en OC, pp. 1110ss., todas, menos siete también, son igualmente para miembros de la familia carmelitana. Acerca del diseño de El Monte ya queda dicho cómo se servía de él para adoctrinar a monjas y a frailes.

3.- Si de estas comprobaciones y testimonios pasásemos al examen interno de textos y contextos, de ejemplos, situaciones anunciadas y denunciadas en los libros (me refiero ahora a las grandes obras) la cosa aparecería aún más clara. Por ejemplo: apego a libros, a celda, a modos y maneras de devociones y penitencias, etc., muchos de estos defectos son típicamente frailunos y monjiles. Es ese ganado o ganadillo, caza mayor o menor, de que habla en CB 26,18-19; véase asimismo 1S 11,4-5 y 7-8).

Aunque ya en Fichas anteriores, en concreto al presentar y comentar Cautelas y Avisos, Censura y Parecer, Epistolario, hemos dicho no pocas cosas sobre el magisterio sanjuanista acerca de la vida religiosa, parece oportuno añadir aquí esta Ficha para que se redondee su mensaje sobre este género de vida consagrada a Dios, al servicio de la Iglesia y al bien de los demás.

4.- *Vida religiosa obra de Dios*

¿Desde dónde y cómo mira o considera Juan de la Cruz la vida religiosa?

En la respuesta deberá quedar encuadrada la vida religiosa como referida a las grandes ideas o líneas mentales del doctor místico. La respuesta, simplificada y radical, a la primera parte: ¿desde dónde?, no puede ser sino ésta: desde Dios. Y a la segunda: ¿cómo?, es la siguiente: considera la vida religiosa como obra de Dios. Y para ser más completos: como obra conjunta de Dios y del alma; de Dios que llama y del vocacionado o llamado que trata de seguir y de responder o corresponder, ya que todas nuestras respuestas a Dios son, han de ser, de hecho, correspondencia.

Trataremos de ilustrar la segunda parte de la pregunta y de la respuesta y quedará así iluminada la primera parte de ambas.

5.- Distingue el santo lo que él llama las obras menores de Dios (CB 5,3), las más bajas obras de Dios (CB 7,2): la creación, las criaturas, y las obras mayores de Dios (CB 5,3) y que mayor amor encierran en sí (CB 7,3). En estas últimas es en las que “más se mostró (=se manifestó, se reveló) y en que más él reparaba (es decir, más se fijaba, más se detenía, ponía mayor atención); eran las de la Encarnación del Verbo (=encarnación redentiva) y misterios de la fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso, con apresuramiento” (CB 5,3), “con presura” (CB 5, verso segundo).

6.- Cristo, puesto en el aprieto, desamparo, angustia, soledad, abandono de la Cruz “hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir el género humano por gracia con Dios” (2S 7,11).

En CB 23,1, se habla de la Encarnación redentiva como “del principal de todos” los misterios del Señor y se la llama “una de las más altas obras de Dios”. Y al hablar, en la misma canción 23, de la redención, del momento y del acontecimiento salvífico de esa obra superior a todas en grandeza, se viene a establecer el axioma ya comentado al tratar del hombre nuevo: *redimir es desposar*, es unir. La santificación en marcha no es sino el desarrollo de esa unión, de ese desposorio-alianza inicial establecido con cada sujeto en el día de su bautismo.

7.- La Iglesia al mismo tiempo que es Esposa de Cristo, es esa sociedad de redención, esa sociedad de redimidos, y es una de esas grandes obras de Dios y de Cristo. Y dentro de la Iglesia, la vida religiosa es una parte de esas obras más grandes Dios. Como dice enérgicamente el Papa Juan Pablo II en la *Redemptionis donum* a los religiosos y religiosas sobre su consagración, a la luz del misterio de la redención: “vuestra vocación específica y el conjunto de vuestra vida en la Iglesia y en el mundo reciben su carácter y su fuerza espiritual de la profundidad misma del misterio de la Redención” (n. 1).

Llevar adelante la vida de esos llamados le cuesta a Dios grandes fatigas y sudores. Le cuesta no poco formar, modelar a sus redimidos y llamados, porque tiene que batallar con la libertad del alma, sin quitársela. Batallar con las personas interesadas, vencerlas y convencerlas; sobre todo, esto último. Lo que se afirma en general es grandísima verdad en relación con la vida de los religiosos. No hacen falta muchas razones teóricas, sobra la experiencia personal de todos y de cada uno de los consagrados.

8.- Dios hace más en librar al alma de las contrariedades de sus apetitos desordenados que en criarla de la nada (1S 6,4), porque la nada, por el mero hecho de que no existe, no resiste a la acción soberana de Dios; pero las imperfecciones de la gente existen, resisten y persisten; y las de la gente espiritual son, tantas veces, de lo más tenaz, porque no hay peores defectos que los canonizados como virtudes (cfr. 2N 2,4).

Desglosando un tanto estas grandes afirmaciones sanjuanistas se pueden señalar las varias etapas de tantos trabajos y sudores de Dios. Sin sujetarnos estrictamente a fases o etapas sucesivas, lo que más importa es acercarnos a algunos textos, cuyos contextos lógicos, literales y espirituales son muy concretos y muy claros.

9.- Vocación religiosa

En LI B 3,62 y en LI A 3,53 presenta la vocación religiosa como trabajo de Dios, estorbado y estropeado, insensatamente, por el hombre falto del sentido de Dios y de su espíritu iluminador y discernidor. Hace ver Juan de la Cruz cómo y con cuánta atención y detenimiento trabaja y trabaja Dios a quienes escoge para la vida religiosa, esforzándolos, animándolos para que opten por ella.

La situación es ésta: “... acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con ungüentos de santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar la vida o estilo, y servir a Dios, despreciando el siglo, lo cual tiene Dios en mucho, haber acabado con ellas de llegarlas hasta esto”. Así y aquí queda bien reflejado el esfuerzo activo de Dios, la acción de Dios orientada y motivada hacia la consecución de ese fin bien concreto.

Y continúa, dando la vuelta a la moneda:

“... y ellos (padres espirituales ciegos u obcecados) allá con unas razones humanas o respetos hartos contrarios a la doctrina de Cristo y su humildad y desprecio de todas las cosas, estri-

bando en su propio interés o gusto, o por temer donde no hay que temer: o se lo dificultan, o se lo dilatan, o, lo que es peor, por quitárselo del corazón trabajan”.

10.- Aquí se echa de ver el trabajo incalificable de éstos contra el trabajo y esfuerzo desinteresado de Dios. Y prosigue Juan de la Cruz señalando motivaciones y actitudes situacionales de tales guías: “que, teniendo ellos el espíritu poco devoto, muy vestido del mundo y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, tampoco dejan entrar a los otros, a los cuales amenaza nuestro Salvador por san Lucas diciendo: *Ay de vosotros, que tomasteis la llave de la ciencia y no entráis vosotros ni dejáis entrar a los demás* (11,52)”.

El comentario que hace de este paso evangélico es de lo más enérgico y duro en ambas redacciones, como puede verse en la transcripción del mismo paso, donde se pueden apreciar diversos matices o variantes:

- LI A 353: “Porque éstos, a la verdad, están puestos como tropiezo y tranca a la puerta del cielo no advirtiendo que los tiene Dios allí para que compelan a entrar a los que Dios llama, como se lo tiene mandado por san Lucas (14,24), y ellos, por el contrario, están compeliendo que no entren por la puerta angosta que guía a la vida” (Mt 7,14).
- LI B 3, 62: “Porque éstos, a la verdad, están puestos en la tranca y tropiezo de la puerta del cielo impidiendo que no entren los que les piden consejo, sabiendo que les tiene Dios mandado no sólo que los dejen y ayuden a entrar, diciendo por san Lucas: porfía, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados (14,24). Ellos, por el contrario, están compeliendo que no entren”.

11.- Queda claro cómo dificultar, dilatar, sin motivos razonables, y sobre todo trabajar por intereses bastardos o injustificables por quitar del corazón la vocación en ciernes o a punto de cuajarse, es un atentado manifiesto contra la obra, contra la mano trabajadora de Dios. Desde un punto de vista eclesial típicamente sanjuanista, malograr una vocación religiosa auténtica significa comprometer en flor grandes frutos para la Iglesia.

Sin forzar la letra ni la marcha de las ideas y preocupaciones de Juan de la Cruz, vemos cómo en este pasaje vocacional opera esa especie de transposición con empalme o identificación de las siguientes realidades: vida religiosa=vida de cielo; senda-puerta estrecha=puerta del cielo; casa de Dios=vida religiosa=vida de cielo; religiosos = convidados =llamados = convocados.

12.- Además de esta comprobación y de esa otra más ruda y dura: padres espirituales=tranca y tropiezo en la puerta, no entran ni dejan entrar, hay que anotar con gran cuidado, cómo no se trata simplemente de entender unos pasos evangélicos más o menos claros o aplicables a la vida religiosa desde la radicalidad del Evangelio, y de desvirtuarlos y dificultar su cumplimiento y, si queremos, hasta hacerlos imposibles, sino lo más grave es que se oponen estos hombres-tropiezo, estos hombres-tranca a la acción, a la actividad salvífica de Dios, en acto ahora mismo en la vida de los que anda ungiendo y llamando: anda el Señor predicando actualmente a esas almas el evangelio de su seguimiento.

No sólo le estropean a Dios la obra sobre esas personas sino cuanto depende de que ellas se logren y contribuyan a la salvación de los demás y a la extensión del reino de Dios. Es, pues, esa actitud de tales padres espirituales una actitud anti-eclesial y cargada de responsabilidades.

13.- Tierra de promisión=vida religiosa: vicisitudes diversas. Otra vena o filón de ideas o reflexión sanjuanista sobre esta etapa previa, pre-noviado en el que Dios mismo es el preparador, el seleccionador, el formador se halla en: 1S 11,4-8: =la tierra bíblica de promisión se identifica con la unión con Dios y esta a conseguir por los llamados o incorporados a la vida religiosa. Los trabajos de Dios a favor de esas personas, antes de incorporarlos a la vida religiosa han consistido en haberles “muerto (=matado) los gigantes de sus pecados y acabado la multitud de sus enemigos que son las ocasiones que en el mundo tenían, sólo porque ellos entraran con más libertad en esta tierra de promisión de la unión divina” (Ibid.7).

Le deben también no sólo el haberlos quitado todos esos impedimentos sino el haberlos, de hecho, “él sacado del mundo” (Ibid.).

14.- Si en LI B 3,62, el lamento iba contra padres y directores espirituales (=superiores religiosos tantas veces, dada la estructura de la casa religiosa de entonces, de la cuenta de conciencia, etc.), aquí en Subida va más directo a los protagonistas: las propias personas religiosas que, beneficiadas con tantos esfuerzos divinos anteriores, luego cuando están ya dentro se vienen abajo, no son capaces de romper *un hilo y un pelo*. El tono es lastimero y ya en sí mismo es un testimonio fuerte de la gravedad de la cosa y de la compasión que le inspira ese desastre, esa sinrazón o contrasentido:

“... harto es de dolerse que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones y vanidades y por no desasirse de una niñería que les dijo Dios que venciesen por amor de él, que no es más que un hilo y un pelo, dejen de ir a tanto bien” (Ibid., n. 5).

15.- El bien tan grande que impiden y del que se privan es llegar “al puerto de la perfección, que no estaba en más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito” (Ibid., n. 4 donde se puede leer la comparación de la rémora y la nao, la del hilo sutil y el pajarillo impedido en su vuelo, todo en un contexto total en el que se delatan defectos propios o exclusivos algunos de la vida y comunidad religiosa, como dejamos advertido anteriormente (cfr. 1S 11,4-8). El lamento y la denuncia sanjuanista se extienden a base de la dialéctica de: el no ir adelante es volver atrás (S. Bernardo, ML 183,369),y el no ir ganando es ir perdiendo...; y “perdiendo lo que en tanto tiempo con tanto trabajo han caminado y ganado” (Ibid., 5). Y lo peor es que se va perdiendo lo que Dios mismo había ganado para esas personas él solo, y él conjuntamente con ellas, mejor aún, ellas conjuntamente con Dios.

16.- Y habla de justos castigos de Dios contra personas tan favorecidas por él y que, después, “traban amistad y alianza con gente menuda de imperfecciones, no acabándolas de mortificar; por eso enojado nuestro Señor, les deja ir cayendo en sus apetitos de peor en peor” (Ibid., n. 7). Es aconsejable una lectura total y atenta de este capítulo 11 de 1S, todo él volcado sobre ese “núcleo” de la unión con Dios en relación con la fidelidad y perseverancia y aprovechamiento continuo que exige la vida religiosa, señalando, además, tan claramente los inconvenientes de no vivirla como se requiere para que sea un camino, el camino del religioso para alcanzar esa unión con Dios.

Todos estos efectos o intervenciones de Dios en la vida de las almas y la falta de correspondencia de los llamados, llamados a contentarse con Dios y no codiciar nada fuera de él le llevan a decir: “para entrar en esta divina unión (=tierra prometida, tierra de promisión) ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande, y el alma ha de quedar sin codicia de todo ello, y tan desasida, como si ello no fuese para ella, ni ella para ello” (1S 11,8). =cfr. algo parecido en

Carta 9 a Leonor Bautista: 8-2-88, carta citada por el Papa Juan Pablo II en el Discurso a los religiosos en Madrid, el 2 de noviembre de 1982.

17.- Himno a la acción vocacional del Señor

La intervención de Dios, de Cristo que trazan a cada uno su camino y empujan y arrastran a recorrerlo -se puede empujar y se puede atraer, arrastrar- en concreto a no pocos a la vida religiosa o al seguimiento Cristo: obediente, casto, pobre, en ese estilo peculiar de vida cristiana, esta acción divina tiene su himno en la canción 25 del CB, canción 16 CA:

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

La canción-himno la entona el alma agradecida que no sólo agradece y alaba al Señor por lo que ella ha recibido sino que lo hace pensando también en las demás personas, objeto de la benevolencia divina.

Qué entienda por discurrir al camino lo explica en el n. 4 y hace las diferencias y la gran variedad en ese seguimiento: “cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado, con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales, (discurren) al camino de la vida eterna (=recorren el camino de la vida eterna), que es la perfección evangélica.

18.- Hay que recordar cómo enloquecían a santa Teresita del Niño Jesús estos versos que se los aplicaba a sí misma y a su hermana Celina con todo derecho (Ms. autobiográficos, ms. “A”, fol. 47v-48r), pues aunque no hable exclusivamente de la vida religiosa, habla eminentemente de ella, sin duda, poniendo Juan de la Cruz de relieve cómo el movimiento para el bien (en el caso para la vida religiosa) ha de venir de Dios, pero el correr, el recorrer el camino es el obrar de Dios y del alma conjuntamente (CB 25,4: la teología de la “atracción”, de la “imantación”, como adelante hablará del “movimiento para el bien” que tiene que “venir de Dios”, aunque la carrera sea de entrambos (CB 30,6).

19.- Las intervenciones de un Dios trabajador, hacendoso, infatigable en insinuarse, en llamar, en preparar gente para la vida religiosa y empeñado en que los llamados caminen y maduren, etc., servirían no sólo para mostrar el origen de la vida religiosa como algo que viene de Dios sino también para hacer ver la atención particular que le presta el mismo Dios, paso por paso, y momento por momento.

Dios reparaba, como hemos dicho (cfr. CB 5,3), más en la redención que en la creación; en la santificación, tan obligatoria en la vida religiosa, redobla esos cuidados, no se apresura ni precipita sino que quiere llevar a cabo obras de arte y sigue, ordinariamente, las reglas de su condescendencia pedagógica a base de orden, suavidad, y acomodarse y adaptarse al modo del alma, de cada persona humana (2S 17,2ss).

20.- Recreación de otros temas de vida religiosa

Encuadrada la vida religiosa entre las grandes obras de Dios y puesta al servicio de la Iglesia y habida cuenta de su importancia, por pertenecer, no a la estructura jerárquica de la Iglesia, pero

sí “de manera indiscutible a su vida y santidad” (LG 44), será útil recrear algunos puntos del pensamiento sanjuanista en torno a la vida religiosa o del religioso:

- a) Ante todo, la vida religiosa, en cuanto estilo de vivir el cristianismo dentro de la Iglesia, la ve Juan de la Cruz como “un estado prometido a Dios” (Avisos a un religioso, n. 1). Quien promete algo a Dios tiene que dárselo con generosidad que imite la generosidad del mismo Dios que promete y cumple sobreabundantemente lo prometido.

La espiritualidad del alma, así prometida a Dios, tiene la persona religiosa que vivirla desde la dimensión nupcial de la Iglesia y de su propia vida. Las raíces más profundas y las exigencias radicales se las descubre Juan de la Cruz al comentar su verso “allí le prometí de ser su esposa” (CB 27,7-8).

- b) Si redimir es desposar, como hemos repetido varias veces, profesar la vida religiosa es dar a la redención una plenitud dentro de las dimensiones del misterio de Cristo, que, en su realidad eclesial es un misterio nupcial. La sustancia eclesial de este matrimonio, alianza, consagración es puesta de relieve por Juan de la Cruz en Carta del 18-XI-1586 a las carmelitas descalzas de Beas, en la que les recuerda que “con gran facilidad pueden ser santas, y con mucho deleite y amparo seguro andar en deleite del Amado-Esposo”. Desea ir a verlas para comprobar “las riquezas ganadas en el amor puro y sendas de la vida eterna y los pasos hermosos que dan en Cristo, cuyos deleites y corona son sus esposas: cosa digna de no andar por el suelo rodando, sino de ser tomada en las manos de los ángeles y serafines, y con reverencia y aprecio la pongan en la cabeza de su Señor” (Léase toda la Carta y compárese con CB 30,7, anotando la perspectiva explícitamente eclesial de ese paso del Cántico).
- c) Toda la espiritualidad nupcial, toda la mística nupcial y las renunciaciones evangélicas constantes que comporta ese amor único, miran a una grande intimidad con Cristo, con el misterio de Cristo. Para entrar más adentro en la espesura de las maravillosas obras y profundos juicios Dios, no sólo en el otro mundo sino en este es necesario entrar en la espesura de la cruz (CB 36,10-13). Cuanto más cruz, más deleites y provechos, en definitiva. Y “estas aguas de deleites interiores no nacen en la tierra”, recordará a las esposas de Cristo, animándolas (en la misma carta a que sigan a Cristo, “en toda paciencia, en todo silencio y en todas ganas de padecer”).
- d) La obediencia es considerada por Juan de la Cruz como “penitencia de razón y discreción y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio que todos los demás” (1N 6,2). Mucho más acepto al Señor el sacrificio de la obediencia que el de la penitencia corporal que, cuando es contra la obediencia o al margen de ella, por propio capricho, “no es más que penitencia de bestias” (Ibid.). Y no hay por qué sacar de esta noción auténtica de obediencia que aquí da el doctor místico: la obediencia-holocausto del religioso, que se configura sobre la obediencia de Cristo Jesús al Padre en el cumplimiento de su misión salvadora y redentora (1S 13,4).

Entrar en esta dinámica de imitar a Cristo, haciendo que el cumplimiento de la voluntad del Padre sea para el vocacionado tan indispensable como el alimento para el cuerpo, es ir reproduciendo en sí la imagen de Cristo, es ir transfigurándose en él (cfr. CB 11,12-14). Para realizar este designio eterno de Dios sobre los que llama a la vida religiosa, los pone, en el ámbito conventual, en la precisión de ser labrados, de labrarse unos a otros. Labrados como se labra una imagen, como se pinta un cuadro, como se prepara y pulimenta una piedra “antes de que la asienten en el edificio”. De aquí todos los avisos y llamadas a la conciencia del consagrado que le llegan desde libros tan típicos como Las Cautelas y Avisos.

e) Llegar a ser imagen perfecta de Cristo, piedra viva en el edificio, mejor, en la edificación de la Iglesia, oro fino, son otras tantas finalidades positivas de la vida religiosa que se van consiguiendo a través de la renuncia evangélica (en el magisterio sanjuanista no cabe otro tipo de renuncia sino la evangélica), actuada en todas sus dimensiones a base de virtudes teologales.

f) El cumplimiento de los votos y de todas las demás obligaciones a través y en función de las virtudes teologales hace de la vida religiosa el camino más expedito, derecho y breve que lleva a la cima de la perfección, unión, comunicación, comunión con Dios, y hace posible la victoria sobre todos los enemigos: Las relaciones son éstas: =fe-obediencia-demonio =esperanza-pobreza-mundo :=caridad-castidad-carne.

El esquema no echa en olvido la interdependencia de las tres virtudes (2S 24,8; 2S 29,6; 2S c. 6; 2N c. 21) y su relación con Cristo (2N c. 21: de modo que se las puede llamar con todo derecho y verdad “virtudes cristologales”.

No se olvida tampoco el acuerdo entre los tres enemigos (Cautelas n. 3; cfr. 2N 9,9; CB 3,9; CB 16,6). Se ha de tener en cuenta también la vía y vida única que encarnan los tres votos, en cuanto a reforma, liberación y promoción auténtica de la persona humana.

g) En los conceptos anteriores está ya presente el caminar nocturno, la noche oscura del alma. El religioso está llamado a caminar por esa senda. Dejar el mundo con el debido conocimiento de causa, con la más entera opción voluntaria y amorosa, y con la conciencia de seguir a Cristo que llama y atrae a la vida religiosa (Llama B 3,62; 1S 11,7), es entrar por la puerta, entrar ya por la puerta: Cristo, es iniciar ya la noche; tener capacidad específica para entender el lenguaje evangélico de Juan de Cruz sobre el particular, y contar con una disposición más íntima y creciente para los demás tramos del camino (Llama B, 3,32; Subida-prólogo, 8; 1N 8,4).

h) Todo este itinerario conjunto: virtudes teologales, votos, renuncia evangélica, noche oscura, imitación de Cristo, servicio a la Iglesia y piedra viva en ella, etc; hacen del religioso un enamorado de Cristo, por vocación, no simplemente por algo circunstancial o episódico.

i) Juan de la Cruz, el gran enamorado de Dios, ha cantado como pocos al amor; y ha acertado a configurar la vida del alma como un prendarse de amor por la persona amada, por Cristo Jesús (cfr. por ejemplo CB 13,11-12; CB 9,4-7; IS 14,2, etc.). La concentración (=consagración, dedicación) de toda la persona humana en Dios constituye como la razón de ser de la vida religiosa. Y no se trata de una concentración cualquiera sino de “enamorados”, como lo demuestran sobradamente las expresiones conciliares: “una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas” (LG 44); “vivan únicamente para Dios” (PC 5) o las palabra del nuevo Código: “siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo (c. 573,1).

j) Si antes hablábamos del himno-canción a la acción vocacional Dios, podemos también hablar del himno que entona el alma ya lograda en perfección y en el seguimiento de Cristo. Es la canción 28 de CB y la 19 de CA.

*Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio
que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

Ciertamente se trata de una persona enamorada, de hecho, de Dios: “ya todo es ejercicio de amor; ya sólo en amar es mi ejercicio” (n. 9). Es un canto que pone Juan de la Cruz, sin duda, en boca del alma religiosa, si consideramos qué tipo de ganado era ese que antes seguía y que ya ha dejado, ya ha perdido. Se evidencia tratarse de imperfecciones muy propias y típicas de almas consagradas leyendo el comentario al verso: *y el ganado perdí que antes seguía* de CB 26,18-19.

- k) Teniendo esta ilusión y este ideal y moviéndose siempre a la conquista del mismo, la persona consagrada sabe que a la tarde la examinarán en el amor (“Dichos de Luz y Amor”, n. 64) y que la cuenta será más estrecha (Avisos a un religioso, n. 8), pues a la obligación de fiel cristiano por los beneficios generales de la creación y de la redención (CB 1,1; cfr. CB 4,3; CB 34,4; CB 39,7), se sobrepone la obligación personal por el beneficio de la vocación y profesión-consagración religiosa.

En esto mismo se cifra plenamente el programa de vida que, extendía Juan de la Cruz a una futura carmelita diciéndole:

“Dele Dios, hija mía, siempre su santa gracia, para que toda en todo se emplee en su santo amor y servicio, como tiene la obligación, pues sólo para esto la crió y redimió” (Carta n. 12).

Este es el tipo de religioso que desea Juan de la Cruz y al que contempla como a alguien entregado por oficio y profesión de amor a Dios sumamente amable y sumamente amado.

Ficha 100

JUAN DE LA CRUZ Y EL CARMELO

1.- En Juan de la Cruz pudieron contemplar la imagen viva del carmelita descalzo cuantos y cuantas de la Orden le conocieron y trataron de cerca, y se fue haciendo cada vez más luminosa con el correr de sus veintitrés años de carmelita descalzo.

2.- La primera la Madre Teresa que, como buena lapidaria, o conocedora de piedras preciosas, supo apreciar los quilates de aquel frailecillo con que se entrevistó en Medina del Campo, y con el que pudo compartir su gran espíritu y beneficiarse de su trato en los años que pasarán juntos en Ávila y en otras oportunidades. Su aprecio por el primer descalzo se lo comunicaba constantemente a sus hijas de Beas, Caravaca, Segovia, etc.,

3.- Situándonos exactamente en la realidad histórica, tenemos que Juan de la Cruz no ocupó nunca el primer puesto, jerárquicamente hablando, en la nueva familia carmelitana de la que fue el primer descalzo. Su misión real histórica dentro de la misma familia no es por eso ni menos importante ni menos significativa. El título de primer descalzo, por voluntad de Dios y querer de santa Teresa, con todas las dimensiones y matices de la expresión explica todas sus actividades en la Reforma. Como a cabeza de un movimiento espiritual, que ha de tener una sucesión e influjo notabilísimo en la Iglesia, Dios le confiere las primicias, las riquezas y el valor del espíritu carmelitano (LL B, 2, 12).

4.- Poseedor de ese espíritu en plenitud, sabe comunicarlo a sus hijos e hijas como padre, maestro y doctor. Un conjunto de dotes naturales, preternaturales y sobrenaturales, su santidad personal, su gran ascendiente moral, su modo de gobierno, su magisterio oral y escrito le capacitaron y potenciaron hasta lo inverosímil en el desempeño de su misión educadora y formadora dentro de la Descalcez carmelitana.

Como padre y guía de los conventos de frailes en Castilla y Andalucía ¿cómo configuraba a sus religiosos, qué es lo que les pedía más que nada?

Quiero pensar que Juan de la Cruz no se perdía en especulaciones sobre la santidad cuando hablaba a sus frailes. Hacía, seguramente, en este caso lo mismo que propone en 3S 16, 1, cuando comienza a tratar de la noche activa de la voluntad y se despacha con esta afirmación: "...para haber ahora de tratar de la noche y desnudez activa de esta potencia, para enterarla y formarla en esta virtud de la caridad de Dios, no hallé autoridad más conveniente que la que se escribe en el Deuteronomio, Capítulo 6 (v.5), donde dice Moisés. *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu anima, y de toda tu fortaleza.* En la cual se contiene todo lo que el hombre espiritual debe hacer y lo que yo aquí le tengo de enseñar para que de veras llegue a Dios por unión de voluntad por medio de la caridad".

5.- A cada uno de sus hijos e hijas en el Carmelo, lo mismo que a cualquier lector esto es lo que le enseñaba. Tenemos justamente entre las Cartas del Santo una dirigida a un carmelita, en la que le da una de las lecciones más altas de la trascendencia de Dios y del camino que hay que seguir para alcanzarle (Carta 13 escrita desde Segovia). Ya le hemos examinado en la F77, al tratar de la trascendencia de Dios.

Estamos ante una instrucción y exhortación de alto valor teológico para hacer de un carmelita descalzo un hombre teológico de veras. Una frase muy densa es la siguiente: el alma ha de ir a Dios "creyendo y amando sobre todo lo que puede entender", "con la voluntad fundada en vacío de fe y caridad".

En esta carta recurren palabras tan sanjuanistas como "despegarse", "desapegarse", "ocuparse", "emplearse", "en vacío y a oscuras"..., que están como subrayando algo de lo más típico sanjuanista de la vida teológica.

6.- Para llegar lo antes posible a la perfección en el amor a Dios con esa entrega de toda la persona, el camino más corto es el de la caridad fraterna, como explica fuertemente en CB 13, 12, citando el himno paulino a la caridad.

Por eso todo lo referente a la caridad fraterna lo mimaba Juan de la Cruz, y todo su magisterio escrito sobre el camino teológico por el que caminaba y hacia caminar, se puede enriquecer sobre manera si nos fijamos en cómo él vivía esta dimensión de la vida cristiana y religiosa y cómo hacía que se viviese en sus comunidades. La caridad o el amor al prójimo en el seno de la comunidad se manifestaba en un tono singular en su modo de atender al enfermo. Seleccionando algunos de los testimonios sobre este particular, traigo aquí un par de ellos que "hablan de las terapias de la risa y de la música que le gustaba aplicar a sus pacientes. La geloterapia y la meloterapia". Uno de los frailes declara:

"Era grandísima su caridad, especial con los enfermos y muy necesitados; él mismo iba a darles de comer y les decía cuentos para alegrarles y decía que aquellos, aunque eran del mundo, no eran ociosos, sino de provecho pues alegraban y aliviaban al enfermo; y así nos avisaba los podíamos hacer sin escrúpulo, siendo como eran cuentos muy honestos y dichos muy agudos,

porque no nos escandalizásemos él decía aquellos cuentos de los sucesos del mundo”(BMC 26, p. 403: Juan de Santa Ana).

Personas raras que todavía hay, no sé lo que pensarán de este dulce santo, no arrebatado en éxtasis, sino contando chistes como ejercicio de caridad y exquisitez fraterna. Otro de sus compañeros dirá también:

“Tenía mucha caridad con los enfermos principalmente y procuraba curarlos y regalarlos con mucho cuidado sin reparar en costa y se iba él mismo a entretenerlos y se hacía con ellos, si era menester, como criatura por aliviarlos, y él, que era tan remirado en las cosas de la religión, gustaba de que se les diesen músicas a los enfermos, si era tal que podía alentarlos y que de lo necesario y regalo nada les faltase.

Si los veía desganados de comer, les traía a la memoria cuantos géneros de guisados sabía y de cosas comestibles por incitarles el apetito, y si apuntaban a señalar algo a que se inclinaban, aunque fuese dudando si lo comerían, se lo procuraba y hacía haber; y este cuidado igualmente le ponía con el corista, lego o donado”(BMC 26, p.448: Jerónimo de la Cruz).

7.- En 1580, año del *catarro universal*, volviendo de Beas de Segura a su colegio de Baeza se encontró con todos sus religiosos en cama sin que hubiese ninguno en pie que pudiese acudir a nada. Los encamados consideran su llegada providencial. Uno de los enfermos refiere:

“Cuando volvió nos halló a todos en cama enfermos, sin haber quedado alguno en pie que pudiese acudir a los demás. Él llegó a tal tiempo, que es cierto si no viniera entonces muriéramos algunos. De mí digo lo tengo por muy cierto muriera, porque ya estaba sin poder comer bocado. Llegó él muy afligido e hizo luego traer un cuarto de carne y lo hizo aderezar, y él mismo iba a llevarlo y hacernos comer, aunque sin gana, poniéndonos delante el mérito de la obediencia; y fue con tanto cuidado y caridad que en pocos días estábamos todos buenos, y con la afabilidad que trataba a todos y las pláticas de espíritu que nos hacía”(BMC 12, p. 403: Juan de Santa Ana).

En el texto que acabamos de transcribir es de advertir la frase “hizo *luego* traer”, que significa inmediatamente, es decir no se quedó mascullando su aflicción sino enseguida, rápido, manos a la obra. Así cuidaba fray Juan el antiguo enfermero de Medina y Salamanca a sus enfermos.

8.- Si quisiéramos añadir todavía algunas de las enseñanzas sanjuanistas en lo que se refiere a la caridad en las comunidades religiosas, tendríamos que recordar que en las Cautelas lo que, en verdad, pretende Juan de la Cruz es enseñar a vivir el amor, la caridad fraterna, muy en concreto en el seno de la comunidad religiosa y en relación a las personas de fuera: véanse especialmente los números: 5, 6, 8-9 (caridad en pensamientos, palabras y obras), 11, 12, 13, 15. Igualmente en Cuatro avisos a un religioso, con un cierto paralelismo con Cautelas: véanse los números: 2, 3, 6...

9.- La caridad de Juan de la Cruz en sus conventos se manifestaba también con gran riqueza en su magisterio carismático, instruyendo, educando, formando en el ejercicio y en las etapas de la oración, corrigiendo, aplicando algún correctivo. Daba también importancia singular a la vida litúrgica en todos sus aspectos (BMC 14, pp. 62, 282-283). Cada uno de estos apartados daría para no pocas páginas. Ya hemos visto en las Fichas 46-47 algo sobre los métodos pedagógicos de fray Juan y los contenidos de los mismos. Así alimentaba a sus frailes doctrinal y espiritualmente hablando, sirviéndose máximamente del pan de la Biblia. Pueden verse también en la Ficha anterior algunos de los pensamientos del santo sobre la vida religiosa. En la Ficha 37, n.12, se puede ver

el ejemplo inmenso de caridad fraterna que dio un par de días antes de morir. Así con sus ejemplos iba siempre rubricando su doctrina.

10.- Un espacio privilegiado para la formación era la recreación en común, pues no todo ha de ser orar ni trabajar. Aquellas recreaciones con fray Juan no perdían nunca el carácter de alivio y encuentro de hermandad, tal como le había enseñado la Madre Teresa en Valladolid (F8). Aquellos encuentros fraternos se singularizaban por la altura espiritual animadísima, con “sal y gracia” por parte del santo y por los sabrosos diálogos con sus frailes. Además de las recreaciones, dos horas cada día, fray Juan favorece las recreaciones extraordinarias por el campo. Días de “huelgas” las llaman, con sus comidas extraordinarias y sus meriendas (BMC 23, p.492; 25, p.353).

De las recreaciones organizadas y pasadas con Juan de la Cruz decían los religiosos que “les servía más la hora de recreación que la de oración”.

11.- Lo mismo en este acto de comunidad como en cualquiera otro allí estaba dando este santo padre a todo *el ser* con su grande ejemplo y doctrina del cielo” (BMC 14, p.61).

No se puede olvidar el temperamento de fray Juan para entender las mil facetas de la vida carmelitana que vivía y que enseñaba. Alguien que convivió tres años con él en Segovia le retrata así: “Apacible, alegre y enemigo de ver a sus súbditos melancólicos; jamás le vio reírse descompuestamente; mas en lugar de risa, mostraba en el rostro y semblante una alegría apacible; ni tampoco jamás le vio melancólico o con rostro torcido para consigo o para con sus súbditos”(BMC 14, p.283). Y otro más que convivió con él en Baeza dirá: “no se reía descompuestamente, sino con una apacibilidad que tocaba alegría” (BMC 14, p.28). Este verbo “tocar” en su séptima acepción significa: “acercar algo a otra cosa, para que le comunique cierta virtud, como un hierro al imán”. “Tocar alegría” quería decir que Juan de la Cruz la tenía y la comunicaba, pegaba alegría. No en vano Pablo VI en su Exhortación apostólica *Gaudete in Domino* [Alegraos en el Señor] del 9 de mayo de 1975, en el IV apartado que se titula: *La alegría en el corazón de los santos*. entre aquellos que han hecho escuela en el camino de la santidad y de la alegría cita a san Juan de la Cruz junto a Santa Teresa y a otros.

En esa escuela sanjuanista de la alegría y de la santidad iba forjando a los hijos del Carmelo durante su vida y ahora sigue abierta esa misma escuela

12.- Aquel magisterio sanjuanista, con los aspectos múltiples que lo configuran, directa e indirectamente se centraba en el amor a Dios y al prójimo.

A sus hijos e hijas Juan de la Cruz andaba repitiendo uno de sus dichos más famosos y más conocidos: *A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición* (D 5).

Con esta pedagogía miraba Juan de la Cruz a hacer de sus discípulos y hermanos verdaderos enamorados del Amado y sabían de sobra cómo habían de ganárselo, cómo tenían que ganarle la voluntad a Cristo (2N 21,3); ese era el camino y esa la meta del gran mistagogo Juan de la Cruz en la formación de los hijos del Carmelo.

13.- Efigie de Juan de la Cruz

Quien conocía muy bien al santo, Eliseo de los Mártires(1550-1629), nos ha dejado este retrato del mismo, firmado en 1618 en Mexico: “conocí al padre fray Juan de la Cruz y le traté y comuniqué muchas y diversas veces. Fue hombre de mediano cuerpo, de rostro grave y venerable, algo moreno y de buena fisonomía. Su trato y conversación, apacible, muy espiritual y provechoso para los que le oían y comunicaban. Y en esto fue tan singular y proficuo que los que le trataban, hom-

bres y mujeres, salían espiritualizados, devotos y aficionados a la virtud. Supo y sintió altamente de la oración y trato con Dios, y, a todas las dudas que le proponían acerca de estos puntos, respondía con alteza de sabiduría, dejando a los que le consultaban muy satisfechos y aprovechados” (Dictámenes de espíritu: OC, p.1120).

Así era el padre del Carmelo, con sus cualidades físicas y morales y su categoría de maestro y oráculo.

Conclusión

Con toda razón se dice en las Constituciones de los Padres Carmelitas Descalzos: “Dios preparó a la santa Madre con una vida y experiencia espiritual, que la iban a convertir en maestra y egregio modelo de nuestra vida. *Pero hemos de ver la imagen viva del auténtico carmelita en nuestro padre san Juan de la Cruz, quien puede repetirnos aquella invitación del Apóstol: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*” (1Cor 4, 16; 11, 1), *ya que en su existencia se manifiesta esplendorosa la vocación del Carmelo renovado a través de hechos y la doctrina*” (n.12).

Juan de la Cruz sigue siendo el gran maestro del Carmelo. “Sobrepuesto a todos los antiguos maestros de la vida espiritual por lo completo y ordenado de su doctrina, el gran Doctor tiene tantos discípulos como escritores místicos cuenta la historia desde su tiempo” (Crisógono). Los discípulos que tiene Juan de la Cruz en el Carmelo son sus hijos y dirigidos que beben en su fuente sin intermisión. Y difunden su magisterio. Revistas especializadas, casas de Espiritualidad, Congresos, Semanas de estudio, cursos, libros, artículos sobre la vida y escritos del santo, etc., son como altavoces del espíritu de este gran doctor de la Iglesia. Juan Pablo II en su visita a Segovia el 4 de noviembre de 1982 nos dejó esta encomienda: “Recomiendo a sus hijos, los Carmelitas Descalzos, fieles custodios de este convento y animadores del Centro de Espiritualidad dedicado al Santo, la fidelidad a su doctrina y la dedicación a la dirección espiritual de las almas, así como el estudio y profundización de la Teología Espiritual”.